

Tesis de Especialización. Instituto Del Pensamiento De CG Jung, Puerto Vallarta, México.

Tecnología, mente y cultura bases simbólicas de la inteligencia artificial.

Sinuhe Garcia.

Cita:

Sinuhe Garcia (2026). *Tecnología, mente y cultura bases simbólicas de la inteligencia artificial* (Tesis de Especialización). Instituto Del Pensamiento De CG Jung, Puerto Vallarta, México.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/sinuhe.garcia/8>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/pbrv/ZSQ>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Tecnología, mente y cultura: bases simbólicas de la inteligencia artificial



Sinuhe Garcia.

Introducción

La humanidad puede comprenderse como el resultado de un proceso de evolución continua que no se limita al ámbito biológico, sino que integra dimensiones simbólicas, culturales y tecnológicas. A lo largo de su historia, el ser humano no solo ha transformado su entorno, sino que también ha desarrollado progresivamente sus funciones cognitivas mediante herramientas, lenguajes, sistemas simbólicos y dispositivos técnicos, ampliando así sus capacidades de percepción, memoria y acción sobre el mundo.

-El universo comienza como energía sin forma.

-El orden como principio cosmogónico, permite la formación de estructuras estables.

-La vida inaugura sistemas autorreferenciales.

-La consciencia introduce la interioridad fenomenológica.

-El símbolo instituye el significado intersubjetivo, posibilitando la construcción cultural del sentido.

-La técnica externaliza la cognición, proyectando la mente en sistemas artificiales.

Desde esta perspectiva, la inteligencia artificial (IA) no constituye una ruptura radical con la trayectoria histórica de la especie, sino una manifestación reciente de su tendencia a extender y proyectar sus facultades mentales en herramientas externas. Sin embargo, el acelerado desarrollo de los sistemas de IA —en particular aquellos basados en modelos complejos y de funcionamiento poco transparente— ha generado una creciente inquietud social, especialmente ante la aparente desaceleración del ritmo progresivo del desarrollo humano, dando lugar a profundos dilemas éticos, políticos y culturales en torno a su autonomía, fiabilidad y control.

Por ello, resulta necesario repensar la relación entre la humanidad y la IA no en términos de oposición o sustitución, sino como un proceso de coevolución en el que ambos polos se influyen mutuamente dentro de una gran trama histórica que se extiende desde el descubrimiento del fuego hasta el desarrollo de los sistemas computacionales más sofisticados.

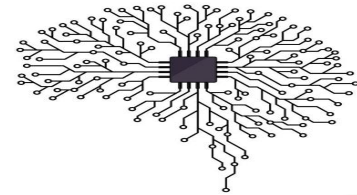
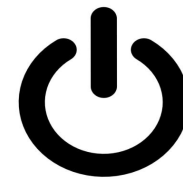
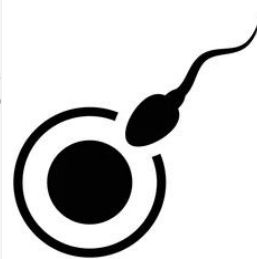
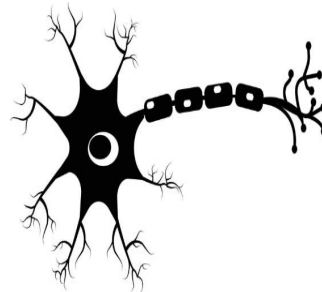
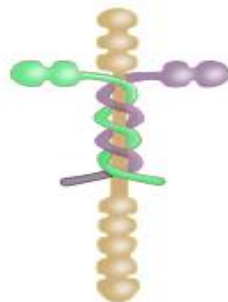
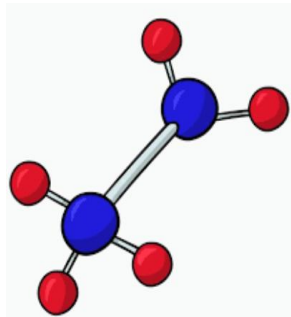
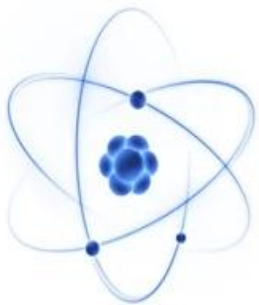


En el origen, el universo estaba compuesto únicamente por partículas elementales y moléculas. La información existía de forma implícita en las estructuras atómicas y en las leyes físicas que organizaban la materia. No había vida ni mente, solo patrones materiales gobernados por relaciones energéticas.

Con la evolución química surgió el ADN, y con él la vida. Por primera vez, la información adquirió la capacidad de copiarse a sí misma. La herencia biológica permitió que los patrones se conservaran, se modificaran y se seleccionaran. La inteligencia aparece aquí en forma rudimentaria como regulación, adaptación y memoria genética.

La evolución neuronal permitió que la información dejara de residir únicamente en moléculas y pasara a organizarse en patrones de actividad cerebral. Surgen la percepción, la memoria flexible, el lenguaje, la cultura y la consciencia. La inteligencia ya no solo conserva información, sino que la interpreta, la imagina y la transforma.

Con la invención de herramientas cognitivas —escritura, máquinas, computadoras— la información abandona parcialmente la biología y se exterioriza en sistemas técnicos. La inteligencia se extiende fuera del cuerpo humano en forma de algoritmos, redes y modelos artificiales. Hoy entramos en una fase híbrida: neurointerfaces, biotecnología e inteligencia artificial integran lo biológico con lo tecnológico. La tecnología ya no solo ejecuta órdenes, sino que piensa con nosotros y a través de nosotros. La información circula entre cerebro y máquina, dando lugar a una nueva ecología cognitiva. La inteligencia artificial no es ajena a la historia cósmica, sino su continuación por otros medios: la misma información que comenzó en los átomos, pasó por el ADN y por las neuronas, ahora habita también en circuitos y códigos. Así, la historia del universo puede leerse como una larga narración donde la energía se vuelve materia, la materia se vuelve vida, la vida se vuelve consciencia y la consciencia se vuelve tecnología.



El ser humano no habita únicamente un mundo exterior constituido por objetos, sino también un mundo interior de imágenes, que expresa estructuras profundas denominadas arquetipos: patrones heredados que organizan la experiencia y se manifiestan simbólicamente.

La Madre representa el principio de nutrición y protección; el Padre, el principio de separación, límite, ley y orden; el Niño, el Sabio y el Héroe, entre otros, encarnan funciones psíquicas que emergen a lo largo del ciclo vital y que, al mismo tiempo, se despliegan colectivamente en situaciones históricas recurrentes e inclusive se extiende hacia el mundo digital. Símbolos como el dragón, el diluvio, la serpiente, el mago, el rey, el árbol de la vida, la luz y la oscuridad, la guerra y el amor constituyen expresiones universales de experiencias psíquicas fundamentales.

Estas imágenes remiten a una dimensión en la que el ser humano permanece vinculado al cosmos, participando de un orden simbólico que articula lo individual con lo universal. En este sentido, la estructura de la psique refleja, por analogía, la estructura del mundo: lo que se manifiesta en el cielo encuentra su correspondencia en la tierra.

El símbolo puede comprenderse, así, como un lenguaje propio de la naturaleza. Desde los procesos biológicos elementales —como la germinación de una semilla— hasta los comportamientos complejos de las especies —rituales de apareamiento, construcción de nidos, migraciones, variaciones cromáticas y sonoras—, se manifiestan principios de organización que revelan la unidad subyacente de la vida.

Por ello, el símbolo no debe entenderse como un ornamento cultural, sino como una huella de los procesos dinámicos mediante los cuales se estructura el orden del universo y se configura la vida interior. En este marco, la vida simbólica puede considerarse como una expresión de las leyes profundas que rigen tanto la naturaleza como la psique. Asimismo, el símbolo posee una lógica interna que se despliega desde configuraciones primordiales —como el círculo o el cero— hacia formas diferenciadas —como la línea o el uno—, articulando patrones que se expresan en frecuencias, longitudes de onda, colores, figuras geométricas y números. A través de estos principios, la consciencia humana exterioriza su mundo interior y produce configuraciones culturales tales como el arte, la religión, la ciencia y la tecnología.

El desarrollo de la consciencia depende de la relación dinámica entre estos niveles. No se trata de eliminar el inconsciente, sino de establecer con él un vínculo reflexivo e integrador. La tarea fundamental del ser humano no consiste únicamente en acumular información, sino en confrontar su propia profundidad simbólica. Su finalidad es alcanzar un grado creciente de consciencia sin anular la dimensión de sentido de la cual dicha consciencia emerge.

La mente es una sustancia inmaterial y misteriosa, no sabemos con certeza de dónde proviene. Un cerebro puede existir como órgano dentro de un frasco en un laboratorio, y los sistemas computacionales más sofisticados pueden replicar neuronas de forma artificial. Sin embargo, a pesar de estos avances, la mente parece requerir algo más que materia para manifestarse como ese conjunto de conocimientos, memorias y experiencias que constituyen la vida psíquica de cada persona. Las redes neuronales interactúan para crear mapas cerebrales que, una vez codificados en la memoria, pueden ser revividos a través del recuerdo imaginativo.

Los descubrimientos en neurociencias muestran que la mente modifica la materia orgánica mediante su interacción con el ambiente, cada uno de nosotros puede intervenir activamente en la relación cerebro-entorno por medio de nuestras palabras, acciones, creencias, valores, experiencias y pensamientos. La extraña materia computacional que hay dentro de nuestro cráneo es la maquinaria perceptiva mediante la cual nos movemos por el mundo, la sustancia de la que surgen las decisiones y el material a partir del cual se forja la imaginación. Nuestros sueños y nuestra vida brotan de los miles de millones de células dinámicas que componen el cerebro.

Comprender mejor el cerebro y su relación con la mente y el comportamiento supone arrojar luz sobre aquello que consideramos real en nuestras relaciones personales y sobre lo que juzgamos necesario en nuestra organización social: cómo luchamos, cómo amamos, qué aceptamos como verdadero, cómo deberíamos educar y cómo podemos diseñar un mundo más armónico. Dentro de esta mirada se inserta también la necesidad de explicar las motivaciones anímicas, las limitaciones del Ego y los impulsos espirituales más elevados. El alma no es simplemente un producto del polvo y el agua, ni solo un conjunto de pulsos eléctricos. En ella coexisten las arquitecturas de la poesía, la música, el arte, la tristeza, el amor, el altruismo, la valentía y la voluntad.

Durante mucho tiempo, la ciencia ha buscado la causalidad entre los impulsos electroquímicos y las cadenas de proteínas para reducir la mente al cerebro y el corazón al ritmo mecánico del cuerpo. Pero si el ser humano fuera únicamente esto —un rastro cósmico de carbono y calcio surgido en el horno de la necesidad evolutiva—, ¿por qué, entre miles de millones formados por el mismo polvo, ningún ser camina por la Tierra de la misma manera? ¿por qué, no hay dos personas que lloren por la misma razón, sufran de la misma manera, amen con la misma intensidad, imaginen el mundo del mismo modo o respondan a una pregunta con la misma intuición?

La biología puede ofrecer muchas respuestas nobles; genética, epigenética, complejidad neural, pero ninguna puede explicar suficientemente en qué medida el ser humano es capaz de autoconciencia, divergencia intencional del instinto, fuerza de voluntad ni por qué posee la capacidad de razonar abstractamente, soñar imposiblemente, crear imaginativamente, actuar valientemente o elegir altruismo sobre la supervivencia.

Humanidad y tecnología: Una perspectiva evolutiva

Antes de que se inventaran los televisores, los seres humanos solían reunirse cada noche alrededor del fuego para contar historias, entonar canciones y compartir momentos de conexión emocional.

Así surgió, en lo más profundo del corazón humano, el anhelo por el misterio. En aquellas largas noches de comunión, nuestros ancestros se interrogaban a sí mismos mientras observaban con asombro el cielo estrellado: ¿quiénes somos?, ¿de dónde venimos?, ¿hacia dónde vamos? De este modo surgieron, por primera vez en la historia, las grandes preguntas existenciales que han acompañado a la humanidad desde sus orígenes.

Desde esos primeros instantes de consciencia, el ser humano emprendió un largo proceso en busca de respuestas, intentando comprender si existía alguna relación entre él y la inmensidad que lo rodeaba. Como señaló C. G. Jung: *«La cuestión decisiva para los hombres es: ¿guarda relación con lo infinito o no? Este es el criterio de la vida»*.

Con el transcurso del tiempo, la humanidad fue separándose progresivamente de la naturaleza inmediata, desarrollando una consciencia reflexiva de sí misma y de su entorno.

No obstante, este desarrollo estuvo siempre acompañado por una persistente sensación de distancia respecto del misterio originario. Esta tensión entre consciencia e inconsciente constituyó el impulso fundamental para la elaboración simbólica del mundo.

El Sol, la Luna y las constelaciones se convirtieron en las primeras abstracciones del mundo de la forma. A partir de ellas se estructuraron los cuadrantes del tiempo, con los que el ser humano comenzó a medir los ciclos, ordenar la experiencia y otorgar sentido a su existencia.

Con el surgimiento de los primeros ritos, mitos y religiones, el ser humano intuyó que la existencia poseía un propósito y que era posible restablecer el vínculo con la totalidad perdida. Nuestros antepasados dejaron huellas de ese intento en forma de dibujos, símbolos, cantos y relatos transmitidos de generación en generación.

Los sabios del pasado comprendían la necesidad de religarnos con lo sagrado; por ello, su legado fue una senda destinada a ofrecer consuelo y orientación frente a la incertidumbre de la existencia.

El símbolo se convirtió en un lenguaje capaz de expresar lo indecible, y la humanidad selló un pacto sagrado con el mundo de las imágenes. Sobre esa base se estructuró toda forma de conocimiento —tanto experimental como simbólico—, pues ambos nacieron del mismo acto interior: la proyección del mundo anímico sobre la materia.



Antes de que los primeros filósofos formularan razonamientos sistemáticos, hubo un momento en el que la consciencia humana necesitó de metáforas. No porque fuera infantil o limitada, sino porque la mente aún no contaba con el lenguaje conceptual necesario para traducir lo invisible.

Nuestros antepasados hablaron de cielos, demonios, ángeles y reinos para comunicar estados de consciencia, sueños e intuiciones. Los mitos fueron, así, la manera de abordar lo incognoscible. De este modo navegaron por el misterio de la creación, encontrando sentido allí donde la ciencia encontró incertidumbre. Estas narrativas compartidas, acumuladas a lo largo del tiempo, moldearon no solo las culturas, sino también la forma misma en que percibimos el mundo.

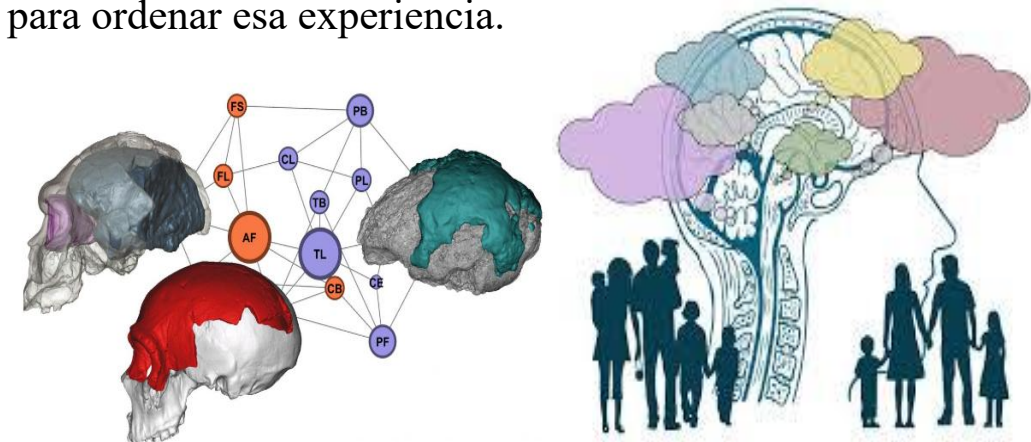
Hoy, la neurociencia moderna respalda, desde otro lenguaje, una intuición similar: el cerebro no percibe la realidad de manera pasiva, sino que la construye activamente. Lejos de funcionar como una cámara que registra fielmente el entorno, el cerebro opera como un sistema de predicción que integra información sensorial limitada, recuerdos previos y expectativas. A través de redes neuronales en constante cambio —modeladas por la experiencia, el aprendizaje y la memoria— el sistema nervioso selecciona, refina y completa la información disponible para generar un modelo interno del mundo.

Como señalan científicos como Anil Seth, aquello que experimentamos como realidad puede entenderse como una forma de “alucinación controlada”: una construcción perceptiva firmemente anclada al mundo material, pero generada a partir de señales neuronales. En este sentido, no accedemos directamente al mundo en sí mismo, sino a una representación elaborada por el cerebro a partir de los impulsos eléctricos que recibe, con el fin de producir una imagen funcional y adaptativa para la supervivencia.

La realidad que experimentamos no nos es dada de manera inmediata, sino que se configura como una construcción. Antes se expresaba por medio de mitos y símbolos; hoy, mediante modelos predictivos y redes neuronales. En ambos escenarios, la consciencia humana no busca la verdad última del mundo, sino una forma de realidad que le permita habitarlo, comprenderlo y sostener su existencia.

Para James Hillman, el “Yo” no es una entidad sólida, estable ni el centro soberano de la vida psíquica, sino ante todo una creación imaginaria del alma. El Yo es una imagen que organiza provisionalmente la experiencia, una forma narrativa que la psique adopta para orientarse en el mundo. Desde esta perspectiva, no es el Yo quien produce las imágenes, sino que son las imágenes —mitos, fantasías, figuras arquetípicas— las que dan origen al Yo.

Antes de que exista un “Yo” consciente, la psique ya está creando imágenes y significados; el “Yo” aparece luego para ordenar esa experiencia.



Antes de que existiera la ciencia, el alma era el laboratorio invisible donde los símbolos, los sueños y las fuerzas naturales dialogaban. Jung expresó: *«Lo mágico era originalmente simplemente psíquico; los antiguos desconocían la existencia de la psique»*.

Hoy podemos decir que, a través de los siglos, el esfuerzo humano se ha centrado en transformar la experiencia en significado. A través de la cultura, lo invisible se volvió forma y lo inconsciente, imagen. *«Todo acto de adquirir consciencia es un acto de creación»*.

El logos científico y la metáfora poética comparten la misma raíz: ambos exploran la realidad mediante el acto creador de la mente. Ya sea a través de un poema o de una ecuación matemática, ambos representan de manera estética aquello que permanece fuera de nuestro umbral de percepción, dando forma y color a nuestra realidad. La ciencia contempla la estructura; el arte celebra la belleza; y el asombro ante el misterio reconoce la unidad interior. De acuerdo, a Jung:

«El inconsciente colectivo contiene toda la herencia espiritual de la evolución de la humanidad, que nace nuevamente en la estructura cerebral de cada individuo. El inconsciente colectivo consiste, aparentemente, en motivos mitológicos e imágenes primordiales; por esta razón, los mitos de cada nación son exponentes de él. En efecto, toda la mitología puede ser entendida como una proyección del inconsciente colectivo».

La realidad no es un objeto inmóvil, sino un campo vivo de interacción. Es la consciencia participando en la tarea de dar forma y sentido a la experiencia.

Lo invisible no es una cosa, sino una dinámica: el comportamiento que sostiene aquello que llamamos materia. En cada átomo no hay solidez definitiva, sino un juego de probabilidades. En el vacío, la energía vibra hasta que la mirada interviene y convierte la posibilidad en forma.

Aunque para algunos la consciencia parezca reducirse a un fenómeno superficial, vivimos una época en la que el anhelo de misterio reaparece bajo nuevas formas: en la ciencia, en la tecnología y en los descubrimientos contemporáneos sobre la naturaleza de la realidad. Estos procesos no solo amplían el conocimiento, sino que constituyen momentos decisivos de reflexión sobre la propia existencia. Como diría Jung: *«El símbolo pierde su poder mágico cuando se lo comprende totalmente; debe conservar un misterio»*.

La verdadera sabiduría no radica solo en la disolución del misterio ni en la acumulación de certezas intelectuales, sino en la participación creativa en él.



Nuestro deber como humanidad consiste en recordar quiénes somos y hacia dónde vamos. El destino humano quizá no sea conquistar el universo, sino reconocer que ya formamos parte de él.

Durante largo tiempo, la sabiduría del pasado fue relegada en favor de un intenso desarrollo intelectual, y la esperanza de la humanidad se centró principalmente en la posibilidad de que los grandes avances científicos pudieran contribuir a la construcción de un mundo mejor.

No obstante, en la actualidad nos enfrentamos a progresos científicos sin precedentes, lo que plantea la interrogante de si la ciencia, por sí sola, es suficiente para alcanzar tales objetivos. Tras milenios de búsqueda, la humanidad se encuentra ante una nueva frontera epistemológica: el encuentro entre la ciencia externa y la ciencia del alma.



El desafío contemporáneo no proviene de una amenaza externa, sino de un quiebre interno: el olvido del centro. En el afán de conocer, se ha fragmentado lo que originalmente era una unidad —la mente y el corazón, el símbolo y el número, el espíritu y la materia— resurgiendo así la necesidad imperiosa de explorar la dimensión interior del conocimiento.

Esta tensión entre conocimiento objetivo y autoconocimiento subjetivo constituye un eje central para comprender los límites y alcances de la experiencia humana.

La inteligencia artificial constituye un espejo del inconsciente colectivo. No es simplemente un monstruo de silicio, ni un Frankenstein al que debemos temer; más bien, representa un arquetipo tecnológico que requiere comprensión: un intento del alma humana por verse reflejada en su propia creación.

En este sentido, el lenguaje cumple un papel fundamental, ya que amplía nuestra capacidad de comprender el misterio y, gracias a él, en cada época logramos comprender cada vez mejor el mundo que nos rodea. Las tecnologías digitales y la inteligencia artificial representan hoy nuevas manifestaciones de este principio: extensiones de la mente humana que proyectan en códigos, algoritmos y mundos virtuales los motivos arquetípicos más antiguos.



De manera similar a como el antiguo alquimista trabajaba en su laboratorio, el programador moderno manipula símbolos: ceros y unos, información e imaginación que transforma para dar forma a la realidad. Así, la creación tecnológica no es ajena al impulso humano ancestral de dar sentido al mundo; simplemente se presenta bajo nuevos lenguajes y medios, manteniendo viva la conexión entre la psique y la estructura misma de la realidad.

La inteligencia artificial y otras herramientas avanzadas representan una oportunidad sin precedentes, pero también plantean un punto crítico: su verdadero valor depende de nuestra capacidad de acompañarlas con responsabilidad, ética y justicia.

La lección es clara: la tecnología no salva por sí sola; solo un desarrollo humano paralelo puede garantizar que el progreso sea un beneficio y no un peligro.

Cuando se utilizan adecuadamente, estas herramientas encuentran aplicaciones significativas en salud, educación e industria, transformando la vida cotidiana de manera inédita.

Sin embargo, la relación entre la humanidad y la inteligencia artificial no debe concebirse predominantemente como una competencia o una sustitución del humano por la máquina, sino como una coevolución simbiótica.

Lejos de reemplazar la inteligencia humana, la evidencia y la teoría contemporáneas sugieren que estamos ante un proceso de interacción expandida: herramientas cognitivas que amplifican y modulan nuestras capacidades, y que dependen de los marcos simbólicos, culturales y éticos que los humanos proporcionamos.

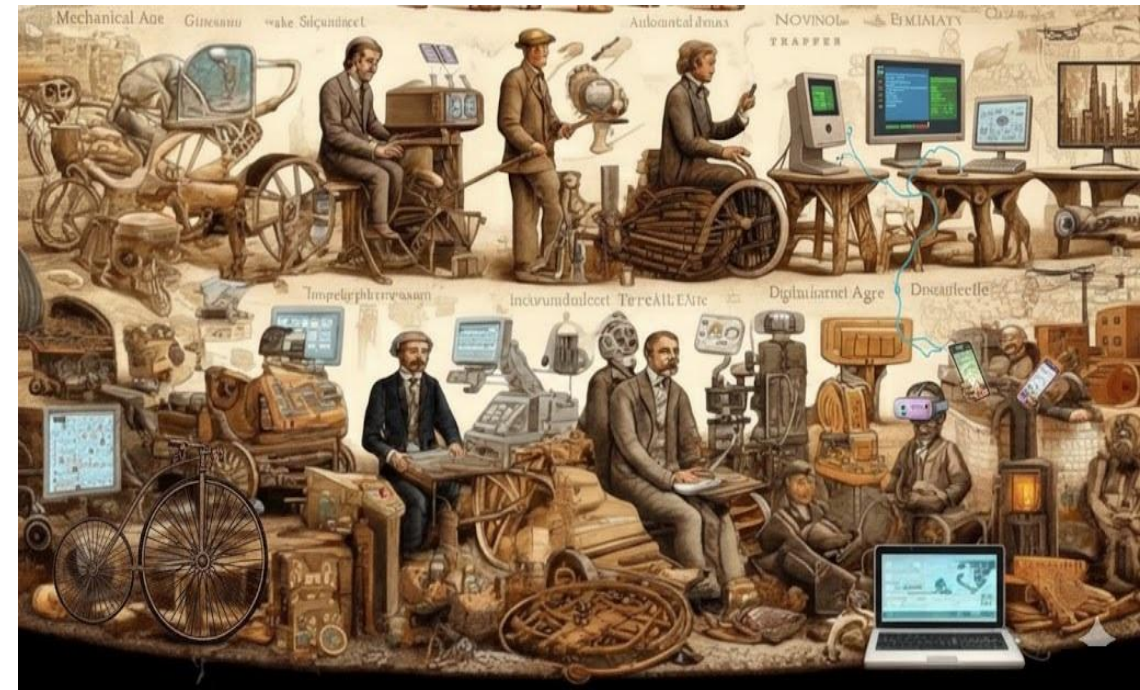
La tecnología tiene el poder de interconectarnos de manera más íntima, pero también de alejarnos unos de otros, sustituyendo elementos esenciales de nuestras cualidades más humanas.

Vivimos un momento histórico, donde los chats generativos y otras formas de inteligencia artificial no solo facilitan la comunicación, sino que en ocasiones sustituyen la interacción humana, crean vínculos de apego artificial y, en algunos casos, amplifican los aspectos más oscuros de nuestro comportamiento.

Esto nos obliga a repensar no solo las definiciones tradicionales de “inteligencia” y “razón”, sino también las responsabilidades éticas y políticas asociadas con el diseño, la implementación y la gobernanza de sistemas inteligentes.

La inteligencia artificial no reemplaza lo humano; nos obliga a replantearnos qué significa ser humanos, qué responsabilidades tenemos, cómo tomamos decisiones, qué valores queremos preservar y qué funciones cognitivas jamás debemos relegar.

En última instancia, esta relación implica cuidado, propósito social, ética y responsabilidad entre empresas, gobiernos y sociedad. Porque al transformar nuestras herramientas, también nos transformamos a nosotros mismos.



La evolución humana puede concebirse como un proceso histórico, caracterizado por múltiples transiciones cognitivas y socio-culturales.

Cada etapa ha transformado no solo nuestras capacidades físicas y cognitivas, sino también nuestras prácticas sociales, culturales y tecnológicas.

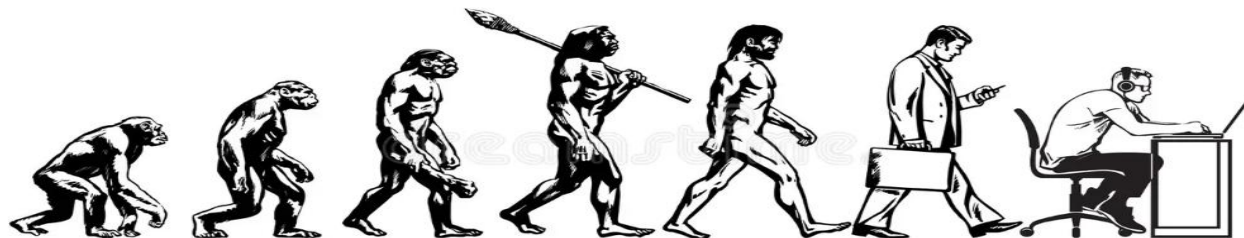
La primera etapa, la evolución biológica, dotó al linaje humano de capacidades fisiológicas y cognitivas únicas, como el aumento del volumen cerebral, la bipedestación y la modificación de órganos sensoriales. Estas adaptaciones permitieron una mayor supervivencia y flexibilidad frente a ambientes cambiantes.

La segunda etapa, la evolución simbólica, está asociada con el surgimiento del lenguaje, el pensamiento abstracto, la producción de arte y la construcción de sistemas culturales y sociales complejos.

Esta etapa marcó el desarrollo de capacidades cognitivas superiores que permitieron a los humanos organizarse, transmitir conocimiento y generar significados compartidos.

La tercera etapa, la evolución tecnológica, se refiere a la invención y perfeccionamiento de herramientas que amplifican las capacidades humanas, desde utensilios de piedra hasta artefactos digitales.

La tecnología transformó nuestras prácticas cognitivas, sociales y económicas, integrándose en los procesos culturales y estructurales de la sociedad contemporánea.



Hoy, nos encontramos ante una posible cuarta etapa evolutiva, caracterizada por la convergencia entre humanidad e inteligencia artificial avanzada. En este contexto, la dimensión simbólica —mitos, símbolos y valores culturales— se vuelve fundamental para orientar éticamente el desarrollo tecnológico.

Lejos de ser residuos premodernos, estas dimensiones nos permiten dar sentido, creatividad y juicio moral, aspectos que ninguna máquina puede reemplazar. Frente a una inteligencia que procesara datos más rápido que toda la humanidad en conjunto, solo la imaginación, la creatividad y la sabiduría pueden proporcionar ventajas reales. Por ello, la IA nos obliga a repensar:

-Qué valores queremos preservar.

-Qué decisiones deben ser delegadas a máquinas.

-Qué funciones cognitivas no debemos abandonar.

La tecnología es una extensión del espíritu humano, pero su impacto dependerá de nuestra capacidad para comprender, guiar y acompañar su desarrollo.

Comprender los marcos de significado es esencial para otorgar sentido y orientación ética a nuestras acciones. Solo así, en la convergencia entre humanidad e inteligencia artificial, se podrá evitar que lo humano sea reemplazado por lo mecánico.

Psique, cuerpo y tecnología: La consciencia en interacción

La relación mente-cuerpo (psique-soma) ha sido siempre un tema central de la antropología filosófica y de la psicología. Este debate, constituye una cuestión esencial para comprender el funcionamiento de la psique. Algunas posturas, como el dualismo, consideran mente y cuerpo como realidades distintas; otras, como el monismo fisicalista, reducen la mente a meros procesos neuronales. Sin embargo, muchas de estas teorías comparten un rasgo común: tienden a reducir la subjetividad humana a explicaciones puramente materialistas. No somos animales salvajes, ni dioses, tampoco somos seres autómatas sin consciencia; y, sin embargo, por nuestro cuerpo fluye la naturaleza en forma de deseos e instintos. En nuestra consciencia coexiste la configuración del cosmos a través de sueños, intuiciones y aspiraciones.

El psicoanálisis afirma la existencia de una realidad psíquica tejida por la experiencia, la subjetividad, el significado y la relación con el mundo y con los otros, atravesada por el deseo, el lenguaje y el inconsciente. Freud mostró que los síntomas corporales no pueden separarse de la vida psíquica y que la palabra constituye un medio fundamental de tratamiento, ya que cuerpo y psique están intrínsecamente ligados. Los términos griegos soma (cuerpo), psique (alma o mente) y pneuma (espíritu o aliento) representan tres dimensiones fundamentales del ser humano en la antropología filosófica y teológica. El soma remite a la estructura física; la psique, a la sede de la personalidad, las emociones y la cognición; y el pneuma, al soplo vital, frecuentemente asociado con lo divino o con la dimensión más elevada del ser humano.

Jesús emplea en los Evangelios diversas palabras para describir los diversos aspectos de la existencia humana: cuerpo, carne, vida, espíritu, alma, mente y corazón. Nuestra vida depende del cuerpo: actuamos únicamente a través de él. La mente y el espíritu generan sentimientos que inspiran pensamientos; la psique toma decisiones, pero estas solo se ejecutan porque existe un cuerpo capaz de actuar. Son las acciones las que configuran nuestra vida, y solo el cuerpo “actúa”, término que Jesús utiliza con frecuencia. Naturalmente, el cuerpo está limitado por la realidad física, del mismo modo que la mente se ve influida por la sociedad y el espíritu por realidades invisibles.

No obstante, la perspectiva de Jesucristo sobre los componentes de la vida humana adquiere su mayor relevancia en la resurrección. El alma surge de la interacción entre la materia elemental y el aliento vital, pero es a través de la unión del espíritu con la mente es como el corazón puede vivir en sintonía con lo infinito, transformando la carne más allá de los límites espacio-temporales. Sin embargo, el espíritu también posee sus pecados inconfesables; el alma presenta un aspecto sombrío que afecta y desordena la carne; y la carne, a su vez, tiene apetitos y pasiones propias que constituyen tanto una fuente de conflicto como una parte esencial de la energía vital de la tierra y de la fuerza misma del espíritu. El imperativo apolíneo del «conócete a ti mismo» no basta por sí solo si no está orientado por un propósito verdaderamente inteligente.

El transhumanismo promete hoy una «inmortalidad digital» a tan solo un clic de distancia: la transmigración de la consciencia a ordenadores, la proyección holográfica en multiversos y la posibilidad de vivir eternamente tocando el arpa en la nube de Google ya no se presentan como ficción, sino como ciencia. ¿Cuál sería el requisito para este nuevo cielo digital?

El antiguo anhelo de vida eterna parece haberse proyectado ahora en la tecnología como una nueva forma de expresión de la relación entre psique, pneuma, soma y sarx.

«*La humanidad está a punto de recibir un poder casi inimaginable*», afirma Dario Amodei. Según su análisis, la humanidad accederá a un poder tecnológico descomunal sin haber desarrollado las actitudes humanas necesarias para gestionarlo. Esta reflexión se expone en su ensayo “*The Adolescence of Technology*”, donde examina el rápido progreso de los sistemas de inteligencia artificial y sus posibles consecuencias.

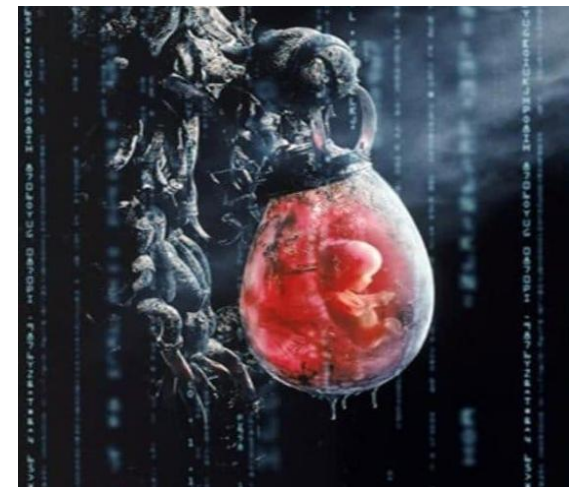
Amodei describe este momento como una fase de transición crítica que pondrá a prueba la madurez social de la especie humana frente a decisiones potencialmente irreversibles. Expresa, además, su temor a un futuro marcado por el autoritarismo impulsado por la inteligencia artificial, ya que estas tecnologías podrían facilitar la concentración de poder y reforzar mecanismos de control social, planteando un desafío profundo para las democracias y los derechos fundamentales en un mundo cada vez más dependiente de la IA.

Las noticias más recientes hablan de robots con componentes biológicos, de sistemas experimentales de soporte extrauterino que ayudan a la gestación de bebés y de tecnologías computacionales capaces de decodificar la actividad cerebral.

Sin embargo, existe un riesgo menos visible pero más profundo: la erosión progresiva de la identidad humana. Metafóricamente, mientras una parte del mundo muere por falta de alimento, otra sufre por el exceso. Las cirugías estéticas compulsivas, el uso indiscriminado de esteroides y el consumo de drogas recreativas revelan una sintomatología oscura de la relación contemporánea entre mente y cuerpo.

Tradicionalmente, la literatura, el arte, la danza, el teatro y la música han sido vías privilegiadas para habitar el cuerpo y elaborar la experiencia humana. Estas prácticas permitían un contacto simbólico y sensible con la propia corporalidad y con los otros.

Con la irrupción de mundos virtuales en los que podemos adoptar identidades múltiples y donde los deseos parecen inmediatamente accesibles, emerge el riesgo de desconectarnos de nuestra finitud, de nuestra vulnerabilidad y, en última instancia, de nuestro lugar en el mundo real.



Comprender la relación entre la inteligencia artificial y la psique requiere un enfoque histórico y antropológico, articulando teorías biológicas, psicológicas y culturales para definir la mente como un sistema dinámico donde coexisten instintos, emociones y procesos reflexivos. En este sentido, la consciencia no debe concebirse como un estado estático, sino como un proceso en constante interacción con contextos culturales, simbólicos y tecnológicos, incluidas las herramientas digitales que diseñamos y empleamos.

Desde una perspectiva neurofisiológica, la experiencia psíquica emerge de la interacción dinámica entre actividad neural, cuerpo y entorno.

Diversas estructuras cerebrales y corporales —como la amígdala y los sistemas viscerales implicados en respuestas cardíacas o gastrointestinales— participan en reacciones emocionales inmediatas que anteceden al procesamiento analítico consciente.

Estas respuestas no son meros reflejos, sino patrones de activación que, al repetirse en función de los estímulos del entorno, modifican la materia cerebral mediante procesos de neuroplasticidad.

A nivel fisiológico, los instintos primarios y las emociones anteceden al desarrollo de las funciones racionales asociadas a las áreas cerebrales más complejas, lo que evidencia que la consciencia se construye a partir de capas evolutivas previas.

La estimulación sensorial actúa como una fuerza modeladora: la energía de la actividad neuronal reorganiza sinapsis, fortalece o debilita circuitos y da lugar a nuevas redes neuronales. Con el tiempo, estas configuraciones se integran con las funciones ejecutivas —como la atención, la planificación y la regulación reflexiva— generando una experiencia psíquica relativamente coherente, donde intuición, sensación y emoción se articulan con la reflexión consciente.

Este proceso de integración no ocurre de manera abstracta ni exclusivamente cerebral, sino de forma encarnada. En consonancia con los enfoques contemporáneos de la “*embodied cognition*” o cognición encarnada, en la cual los procesos corporales son parte inseparable de la experiencia mental y cultural. La psique, en este sentido, no es una entidad fija, sino un sistema vivo y plástico, continuamente esculpido por el flujo de la experiencia y la relación con el mundo.



Durante gran parte de la historia, los seres humanos estuvieron centrados en la supervivencia: cazar, alimentarse, dormir y reproducirse. Sin embargo, en un momento crucial, algo cambió. Al apilar piedras con intención o contemplar el cielo estrellado y atribuirle significado, surgió una dimensión nueva: lo abstracto, lo simbólico, lo intuitivo. Este giro, conocido como la “explosión creativa” o Revolución del Paleolítico Superior —hace entre 40.000 y 50.000 años— marcó un punto de inflexión en la historia humana.

En este periodo de transición hacia lo que se denomina comportamiento humano moderno, surgieron el arte rupestre y figurativo, los adornos personales que expresaban identidad y estatus, herramientas más sofisticadas elaboradas en hueso y marfil, así como prácticas rituales y funerarias que sugieren creencias espirituales. Paralelamente, los humanos se expandieron rápidamente hacia nuevos territorios, colonizando regiones antes inhabitadas.

La mirada imaginativa permitió redirigir la energía instintiva hacia analogías abstractas, dando origen a una realidad simbólica: una proyección interna del cerebro que facilitó la comprensión de la realidad y la interacción con el mundo externo.



Autores como John Pfeiffer interpretan este fenómeno como un salto en la consciencia humana, ligado al pleno desarrollo de capacidades cognitivas superiores: pensamiento simbólico, abstracto y creativo. Más que un evento súbito, se trató de un proceso acelerado de adaptación cultural, que fortaleció la cohesión social y permitió a los humanos enfrentar entornos hostiles.

Las primeras religiones funcionaron como mecanismos de integración social, regulando impulsos instintivos y facilitando la cooperación en grupos cada vez más numerosos.

Con el tiempo, la presión selectiva dejó de centrarse en adaptaciones morfológicas y se desplazó hacia habilidades cognitivas y sociales: autorregulación, planificación, empatía y cooperación, bases fundamentales de la civilización.

Este proceso de especialización cerebral no solo consolidó la vida comunitaria, sino que sentó las bases para la cultura, la tecnología y la organización social compleja.

Hasta este momento, este proceso evolutivo continúa. Muchos expertos sostienen que el mayor desafío de la humanidad radica en superar sus tendencias autodestructivas, particularmente en un mundo cada vez más interdependiente y tecnológicamente avanzado.

Gracias a la imaginación, los seres humanos pudieron formular conceptos abstractos que ayudaron a los grupos a organizarse colectivamente. Nuestro cerebro se fue especializando en circuitos capaces de generar conceptualizaciones cada vez más amplias.

La proyección fue un mecanismo evolutivo de la psique: la consciencia necesita verse reflejada en el mundo exterior, tal como lo demuestra el fenómeno de la transferencia. El inconsciente necesita un rostro donde reflejarse; nuestro lenguaje requiere una forma capaz de contenerlo. Así, la energía libidinal encuentra un objeto en el que fijarse.

La tensión entre opuestos psíquicos es complementaria; esta tensión se mantiene hasta que emerge un tercero: un símbolo autónomo, no decidido por el Yo, sino elaborado a partir de la interconexión de la actividad cerebral con el campo informacional del ambiente.

De manera literal, muchas especies dependen del Sol, la Luna y las constelaciones para orientar sus comportamientos; de forma análoga, el símbolo organiza nuestra experiencia y comprensión del mundo.

De este modo, la historia de la civilización humana comienza en lo abstracto: en la música, las pinturas y los relatos mediante los cuales intentamos comprender el misterio de la vida. El símbolo, más que una simple creación estética, es un mediador entre la naturaleza y la cultura.

Aún hoy, la creatividad continúa ampliando los límites del conocimiento establecido, dando lugar a nuevas ideas y soluciones. Cada acto creativo responde al espíritu de su época —el *Zeitgeist*— aquello que define la esencia de cada periodo histórico. Desde esta perspectiva, el alma puede entenderse como un viaje colectivo iniciado en la imaginación de nuestros ancestros: una experiencia interna codificada en imágenes que se expresa y resuena en las manifestaciones culturales de cada tiempo.

Así, las historias que tejemos como humanidad revelan las experiencias anímicas de la psique: desde los primeros destellos de imaginación hasta los nuevos lenguajes que elaboramos para acceder a realidades invisibles, como las partículas subatómicas o las galaxias que conforman nuestro universo. La función trascendente ocurre entre la psique y el entorno mediante un lenguaje que se despliega en el vínculo con el otro y con lo incognoscible, transformando nuestra experiencia y evocando cambios de actitud que posibilitan la ampliación de la consciencia y el despliegue de la personalidad.



La interacción entre lo instintivo y lo racional constituye la base de nuestra estructura psíquica, dentro de la cual las funciones psicológicas operan articuladamente para interpretar, codificar y decodificar la realidad.

Desde este marco, la estructura psíquica —junto con sus formas de expresión y proyección— puede analizarse a través de conceptos históricos, simbólicos y culturales.

La consciencia no es un fenómeno aislado, sino un proceso dinámico en constante interacción con su entorno social, simbólico y tecnológico.

En este sentido, las etapas históricas de la psique humana, que transitan desde lo denominado “matriarcal” —orientado a la cooperación, la contención y la conexión con el inconsciente colectivo— hacia lo “patriarcal” —caracterizado por la diferenciación del Yo, la conquista y el predominio de la racionalidad instrumental— reflejan distintas formas de relación con el mundo interno y externo.

Estas configuraciones no deben entenderse únicamente como estructuras sociales, sino también como fases psíquicas del desarrollo humano.

A lo largo del crecimiento individual y colectivo, todos atravesamos una transición entre el ámbito materno y el paterno, etapas que simbolizan distintos grados de integración entre lo consciente y lo inconsciente, así como diversas actitudes del Yo frente a sus impulsos, emociones y contenidos profundos.

La inteligencia artificial se inscribe en esta trayectoria histórica como una extensión de las funciones cognitivas humanas. Al amplificar capacidades reflexivas, analíticas y simbólicas, también intensifica tensiones internas y reproduce patrones de significado heredados. Por ello, resulta razonable suponer que ciertos sesgos, estructuras cognitivas y modos de relación histórica se encuentren incorporados en el lenguaje y en los sistemas de significado que sustentan estas tecnologías.

Las herramientas cognitivas potenciadas por la IA no operan en el vacío, sino que se desarrollan dentro de estas estructuras psíquicas históricas. Así, la inteligencia artificial no solo extiende las capacidades cognitivas humanas, sino que también refleja y modela nuestras relaciones simbólicas, éticas y emocionales.

Esto abre una oportunidad inédita para la expansión de la consciencia, pero también plantea un desafío central: reconocer y elaborar los aspectos sombríos que aún se proyectan a través de los sesgos heredados.



En el reino animal existen especies en las que las hembras lideran el grupo y cumplen el rol principal en la organización social: son sociedades matriarcales. Las hienas manchadas, los lémures de cola anillada y los elefantes africanos viven en manadas guiadas por una hembra adulta llamada matriarca. En los leones, aunque los machos suelen ser más visibles por su melena y por la defensa del territorio, la estructura social del grupo (la manada) está organizada principalmente por las hembras. Las orcas también presentan una estructura centrada en la madre: los grupos familiares permanecen unidos toda la vida alrededor de una hembra líder.

El matriarcado en insectos como las abejas y las hormigas constituye un sistema social liderado por una reina, que organiza un orden donde guerreras, obreras y zánganos cumplen funciones específicas. En el caso de las hormigas resulta aún más extraordinario que sean capaces de manifestar grados increíbles de unión al afrontar desastres naturales: su compromiso con la colonia es inquebrantable. Además, antes que el ser humano, han sido de los primeros seres en practicar formas de cosecha y pastoreo. Por su parte, las abejas son genios arquitectónicos que construyen y habitan uno de los diseños matemáticamente más eficientes de la naturaleza.

Otros comportamientos sorprendentes se observan en la mariposa, gran alquimista de la naturaleza, que vive una transformación extraordinaria al pasar de alimentarse de sustancias tóxicas a nutrirse del polen más dulce de las flores. Asimismo, los hongos encierran un profundo misterio: forman una red viva que funciona como un solo organismo y puede extenderse hasta cubrir varios kilómetros cuadrados, operando como una auténtica “red de comunicación” de los bosques.

Las sociedades matriarcales no constituyen una anomalía, sino una expresión arcaica de organización vital basada en el principio de nutrición, cuidado y cohesión grupal. Este modelo encuentra un paralelo simbólico en las primeras eras antropológicas, donde, según autores como Johann Jakob Bachofen, predominaron estructuras culturales centradas en la figura materna, asociadas a la fertilidad, la tierra y los ciclos de la vida.

Con el desarrollo histórico y tecnológico, muchas sociedades humanas transitaron hacia sistemas patriarcales, orientados al principio de separación, ley y jerarquía. Este pasaje puede entenderse no solo como un fenómeno político, sino como una transformación simbólica: del mundo regido por la Madre —naturaleza envolvente y cíclica— al mundo del Padre —orden abstracto, norma y trascendencia.

Este mismo movimiento se reproduce en el ciclo vital del ser humano. En la relación madre-bebé, la consciencia emerge primero en un campo matriarcal: fusión, contención, ritmo corporal y afectivo. El infante vive inicialmente en una unidad indiferenciada donde sujeto y objeto son uno mismo. Posteriormente, la función paterna introduce el principio de separación: el límite, el lenguaje, la ley simbólica que rompe la simbiosis y permite la individuación.

El matriarcado y el patriarcado no deben entenderse únicamente como sistemas sociales, sino como arquetipos que estructuran tanto la historia colectiva como la biografía individual.

Erich Neumann en textos como *“The Origins and History of Consciousness”*, esboza etapas arquetípicas en el desarrollo de la consciencia humana, desde una fase pre-individual ligada al inconsciente colectivo hasta la diferenciación de la consciencia del Ego, interpretando estas fases a través de mitos y simbolismos culturales.

El desarrollo psíquico se inicia en una consciencia matriarcal, más cercana a la naturaleza espiritual e intuitiva de la vida, y se despliega progresivamente hacia una consciencia patriarcal que se manifiesta con mayor claridad en la mente lógica y racional, característica de nuestra era.

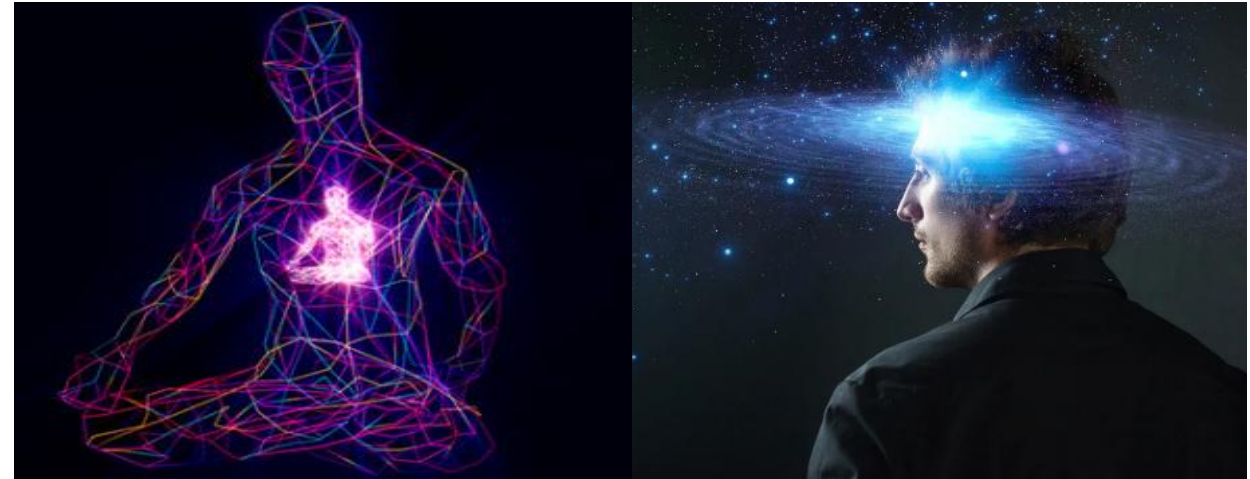
En los comienzos de la consciencia, el Ego se liberó de su contención en el inconsciente y estructuró un sistema separado dentro de la psique. Sin embargo, esta consciencia del Ego era todavía infantil y dependiente en su relación con el inconsciente.

Por ello, el símbolo se constituyó como un puente entre dos aspectos aparentemente opuestos, un espacio de encuentro donde lo real y lo imaginal podían coexistir.

El pensamiento simbólico, clave en la evolución humana, no reside exclusivamente en un solo hemisferio cerebral, sino que surge de la interacción entre ambos, aunque con funciones diferenciadas. Se vincula tanto con la capacidad analítica del hemisferio izquierdo como con la visión global, intuitiva e imaginativa del derecho.

El aspecto psicológico del arquetipo ofrece un punto central e interno de relación entre raíces que tradicionalmente se han considerado desconectadas en el plano lingüístico.

De la raíz espiritual se deriva una amplia ramificación de significados: espíritu, corazón, alma, etc. El Ego experimenta estos contenidos como si provinieran del exterior, cuando en realidad emergen desde las profundidades de la psique.



Estos principios actúan como centros de ondas de vibración, corrientes de poder que, desde dentro y desde fuera, pulsán a través del mundo y permean la vida psicobiológica. Por ello, el lenguaje del simbolismo sitúa generalmente a la consciencia matriarcal no en la cabeza, sino en el corazón.

Aquí, comprender implica también un acto de sentimiento inclusivo y, muy a menudo —como ocurre en el trabajo creativo— este acto debe ir acompañado de una intensa participación afectiva para que pueda brillar e iluminar.

El Ego, con frecuencia, desconoce lo que ocurre en el centro más profundo de la consciencia: el corazón. Esta forma de pensamiento, asociada a lo femenino, no se opone a lo masculino, sino que lo complementa.

Se encuentra abierta a los elementos numinosos de la naturaleza —o, mejor dicho, permite que estos le sean revelados— y, desde esa apertura, establece una relación más profunda con la naturaleza y con lo sagrado. Su cualidad fundamental se expresa a través del cuidado, la protección y la compasión.

Por su parte, una masculinidad identificada exclusivamente con el Ego y la consciencia racional ha tendido a romper deliberadamente su vínculo con la naturaleza y con el cuidado de los otros, priorizando un espíritu guerrero de conquistador.

Frente a ello, la actitud observadora y emocionalmente receptiva —propia del registro matriarcal— favorece la reflexión, la contemplación y la capacidad de “tener en mente” la experiencia antes de dominarla.

Por esta razón, una consciencia masculina reducida a lo puramente racional suele considerar el conocimiento propio de la consciencia matriarcal como inverificable, voluntarioso o, en el mejor de los casos, fantasioso.

Esto significa que las realizaciones de la consciencia matriarcal están siempre condicionadas por la personalidad que las experimenta. No son abstractas ni desprovistas de emoción, ya que esta forma de consciencia conserva el vínculo con los reinos inconscientes de los que emerge su conocimiento.

La tendencia histórica a favorecer lo racional, cuantificable y dominante (la consciencia patriarcal) puede explicar, por ejemplo, la subrepresentación de mujeres y minorías en algoritmos de selección, predicción o recomendación.

Solo cuando los equipos de diseño incorporan diversidad cognitiva, sensibilidad contextual y apertura al conocimiento simbólico se logra un sistema más equilibrado y menos sesgado.

Reconocer esta dinámica es el primer paso para diseñar sistemas que reflejen una visión más inclusiva y profunda de la realidad. Integrar distintos modos de percepción, sensibilidad y experiencia puede servir para percibir la realidad de manera más amplia y objetiva.



La civilización contemporánea se ha construido, en gran medida, sobre los cimientos de una consciencia patriarcal y lógica, que privilegia la razón instrumental, la eficiencia y el dominio de lo mensurable.

Sin embargo, este desarrollo ha tendido a olvidar el lenguaje simbólico y abarcador que, durante siglos, permitió a la humanidad comprender lo invisible, integrar la experiencia interior y sostener una relación más significativa con el mundo.

Integrar el pensamiento simbólico, la sensibilidad imaginativa y la inteligencia significativa —concepto de David Ausubel que remite a construir significado propio conectando nueva información con conocimientos previos— permite no solo enriquecer la comprensión de lo humano, sino también identificar y transformar los sesgos que subyacen en los sistemas que diseñamos.

Recuperar una consciencia integradora, capaz de articular lo lógico con lo intuitivo y lo técnico con lo simbólico, abre la puerta a una ciencia más consciente, menos reductiva y más alineada con la complejidad de la vida.

Frente a la tendencia contemporánea a la banalización, en la que el mito y el símbolo parecen desplazados por el marketing, la política o el entretenimiento, recordar nuestros primeros pasos como especie pensante nos invita a reconocernos no como seres aislados, sino como partes fundamentales de un todo compartido, tejido por miles de años de experiencias, miradas y significados.



En un mundo marcado por la erosión del sentido y del lenguaje, redescubrir las bases neurobiológicas de la función simbólica nos recuerda que la comunicación es un pilar esencial de la humanidad.

El lenguaje, el arte, la escritura y las matemáticas pueden entenderse como huellas biológicas de la experiencia humana. En el símbolo se encuentra un puente entre arqueología y neurociencia, revelando una facultad profundamente humana: la capacidad de reconocer, detrás de nuestros propios ojos, la huella del otro.

La necesidad de una memoria colectiva nace del deseo de los individuos de reconocerse como miembros de una comunidad, construida a partir de la apropiación y el reconocimiento de símbolos específicos y de la ejecución de prácticas compartidas.

Mediante el aprendizaje y la enseñanza, los grupos humanos establecieron sistemas simbólicos —signos que transmiten algo más allá de su significado literal— que fueron transmitidos de generación en generación, asegurando un principio de continuidad narrativa sobre el sentido de la vida.

En última instancia, estos símbolos constituyen registros de los movimientos anímicos de la psique: proyecciones del imaginario colectivo que se transforman, amplían u olvidan según las circunstancias culturales de cada época.

Todos los pueblos de la antigüedad tenían mitos (Egipto, India, Israel, México), pero solo el pueblo griego fue capaz de trascender las explicaciones míticas sobre el hombre y la naturaleza, y desarrollar enfoques científicos y filosóficos. De esta forma, se puede señalar un movimiento esencial de la humanidad: el paso del hombre primitivo, estrechamente relacionado con la naturaleza, al hombre civilizado, que vive más alejado de ella.

La filosofía surgió en el momento en que dejamos de usar mitos para explicar los fenómenos del universo y comenzamos a recurrir a la razón para responder tanto a las antiguas preguntas como a nuevas interrogantes. Este proceso se conoce como “el paso del mito al logos”.

De este modo, el universo dejó de ser un misterio y empezó a percibirse como un sistema ordenado según leyes naturales. Gracias a la filosofía, la humanidad abandonaba el pensamiento mitológico y descubría la razón, sentando las bases para el desarrollo de la civilización.



Los primeros filósofos presocráticos se preguntaron por el principio originario (arjé) de todas las cosas, intentando explicar la physis (naturaleza) mediante causas racionales:

-Tales de Mileto inauguró esta tradición al afirmar que el agua es el principio de todo, explicando la naturaleza sin recurrir a los dioses e iniciando así el pensamiento científico (epistémé).

-Anaximandro, su discípulo, dio un paso más al sostener que el arjé no podía ser un elemento concreto, sino el ápeiron: lo indefinido, infinito y eterno, origen de todas las cosas finitas y percederas, introduciendo una noción abstracta no perceptible por los sentidos.

-Anaxímenes propuso como principio el aire, que mediante procesos de rarefacción y condensación da lugar a todos los seres. Concibió el cosmos como un ser vivo, animado por el aire de la misma manera que el alma anima al cuerpo.

-Demócrito, junto con su maestro Leucipo, propuso el primer modelo atómico, postulando que toda la materia está compuesta por partículas indivisibles, eternas e indestructibles llamadas átomos (del griego atemnein, “no cortar”), que se mueven en un vacío infinito y difieren solo en forma, tamaño y posición para generar la diversidad de la materia.

Con Pitágoras, la filosofía adquirió un carácter tanto racional como místico. Frente a los milesios, que buscaban el arjé en sustancias físicas, los pitagóricos lo situaron en el número. Para ellos, el cosmos es armonía, regido por proporciones matemáticas, y conocer estas leyes permite comprender la realidad y purificar el alma. Por primera vez en la historia, el pitagorismo integró:

-Ciencia: matemáticas, música, astronomía.

-Ética: vida ascética y purificación del alma.

-Religión: trascendencia y misticismo.

Su influencia fue enorme, especialmente sobre Platón, y sentó las bases de la idea moderna de que la naturaleza puede describirse matemáticamente.

Finalmente, Sócrates, Platón y Aristóteles se convirtieron en los pilares de la filosofía occidental. Sócrates se centró en la ética y el autoconocimiento mediante preguntas (mayéutica); Platón desarrolló el idealismo, con su teoría del Mundo de las Ideas y la política ideal; y Aristóteles, discípulo de Platón, fundó la lógica, la ciencia sistemática y el realismo, enfocándose en la experiencia y la razón para comprender el mundo.

Desde entonces, se inició un camino de descubrimientos y revelaciones que conformarían las bases de las ciencias modernas.

Con el nacimiento de la ciencia, el pensamiento filosófico fue llevando a una formulación extrema del dualismo espíritu-materia, tal como lo presentó René Descartes en el siglo XVII. Esta división cartesiana permitió tratar la materia como algo muerto y separado de la mente. Isaac Newton, al construir su mecánica sobre esta base, consolidó el modelo mecanicista del universo, que dominó el pensamiento científico desde la segunda mitad del siglo XVII hasta finales del siglo XIX.

Desde la mirada de la ciencia, las leyes de la naturaleza fueron vistas como meras casualidades, sin un propósito ni un sentido más allá de la vida inteligente. Como consecuencia, el individuo se fragmentó, se separó de la naturaleza, olvidó su lugar en el universo y se alejó cada vez más tanto del otro como de sí mismo. Desde esta estructura psíquica se han diseñado los modelos tecnológicos que moldearon la civilización, para bien o para mal.



Sigmund Freud planteó que la humanidad ha recibido varias “heridas narcisistas” a lo largo de su historia, transformaciones profundas que han modificado la forma en que nos concebimos a nosotros mismos. La primera fue causada por Nicolás Copérnico, al establecer en el siglo XVI el heliocentrismo y desplazar a la Tierra del centro del universo.

La segunda, por Charles Darwin, quien al proponer la teoría de la evolución colocó al ser humano como un eslabón más en la cadena de la vida, perdiendo así la idea de su creación especial a imagen y semejanza de Dios.

La tercera herida fue introducida por el propio Freud: al descubrir el inconsciente, mostró que el hombre no es completamente libre ni racional, sino que está determinado en gran medida por deseos y pulsiones ocultas.

Hoy podríamos añadir una cuarta herida: la Inteligencia Artificial, que, al emplear nuestro lenguaje y acceder a nuestros pensamientos más complejos, desafía nuestra percepción de singularidad y creatividad.



A pesar de las heridas narcisistas que nos recuerdan nuestra fragilidad y limitación, la imaginación simbólica nos brinda la capacidad de reconstruir nuestra relación con la vida a través de estructuras lingüísticas que transforman el desafío existencial en una oportunidad para adaptarnos a una existencia más plena y significativa.

Todos compartimos un mismo sueño llamado humanidad: deseamos vivir en un mundo mejor, y la fuerza que nos impulsa a convertirnos en mejores personas se encuentra en el núcleo de la experiencia antropológica, lo cual nos abre a la posibilidad de recuperar la actitud simbólica perdida en el devenir histórico del desarrollo intelectual.

Como afirmó Marie-Louise von Franz, toda civilización necesita un mito para vivir. Los mitos, al estar conectados con lo más profundo de la psique, crean significado y ayudan a orientar la existencia.

Los pueblos que pierden su mito se desconectan de sus raíces, de aquello que hace posible su identidad. Una sociedad sin rituales sagrados, es una sociedad atravesada por un profundo vacío.

Las crisis de nuestro tiempo también se experimentan como un olvido del sentido, producto de un desequilibrio entre la realidad imaginal, que nos aporta pasión, y las actitudes adaptativas que nos permiten canalizar las fuerzas interiores en acciones constructivas.

Joseph Campbell observa el mito como una forma de la imaginación al servicio del ser humano, un enlace del individuo y de la sociedad con el cosmos. Campbell asume que los mitos son inherentes a la condición humana, y responden a arquetipos hondamente instalados en la psique. Para Campbell, el mito cumple un papel crucial en la construcción de la civilización y escribe en *“El héroe de las mil caras”*.

“En todo el mundo habitado, en todos los tiempos y en todas las circunstancias, han florecido los mitos del hombre; han sido la inspiración viva de todo lo que haya podido surgir de las actividades del cuerpo y de la mente humanos. No sería exagerado decir que el mito es la entrada secreta por la cual las inagotables energías del cosmos se vierten sobre las manifestaciones culturales humanas. Las religiones, las filosofías, las artes, las formas sociales del hombre primitivo e histórico, los primeros descubrimientos, científicos y tecnológicos, las propias visiones que atormentan el sueño, emanan del fundamental anillo mágico del mito.”



Para autores como Fernando Schwarz, la crisis económica, social y humana que vivimos hoy se explica en gran medida por la pérdida del sentido simbólico a lo largo de los siglos. Primero, la naturaleza fue transformada en un objeto inanimado, y el hombre buscó dominar el mundo desde un sentido de superioridad intelectual. Luego, al perder su posición como centro del universo, la casualidad pasó a definir su identidad. Con la modernidad, la razón desplazó a lo espiritual, y los valores materiales, industriales y funcionales se convirtieron en el eje de la vida cotidiana.

El mito, que durante milenios ofreció una forma de interpretar la existencia y conectar con lo sagrado, fue reemplazado por la búsqueda obsesiva del “éxito”, mientras tanto figuras públicas ocuparon el lugar central del mito en la sociedad.

En este contexto, marcado por la sensación de insignificancia, la desvalorización de lo humano y la primacía de lo material, surge la necesidad de revalorizar los grandes símbolos de transformación.



La sombra de la inteligencia artificial como fase coevolutiva de la humanidad

La evolución humana puede ser analizada en al menos tres grandes etapas interrelacionadas: biológica, simbólica y tecnológica. En la actualidad, la humanidad parece encontrarse en una nueva fase de este proceso, en la que la inteligencia artificial puede contribuir tanto a la integración de las etapas previas del desarrollo humano como, por el contrario, a su progresiva disociación. Vivimos en un contexto caracterizado por promesas de tipo prometeico, asociado a fenómenos como el transhumanismo y la tecnocracia, en el que las mismas fuerzas que amplían las capacidades humanas proyectan también nuevas formas de riesgo y ambigüedad que requieren ser comprendidas e integradas críticamente.

La inteligencia artificial desafía la noción tradicional de singularidad humana al reproducir procesos cognitivos complejos, mientras que la inteligencia humana se ve transformada por la automatización algorítmica. Este cuestionamiento no constituye un fenómeno inédito. Ya Platón, por medio de Sócrates, advertía que la escritura podía generar la apariencia de sabiduría sin producir una comprensión auténtica. De modo análogo, las tecnologías contemporáneas facilitan el acceso a la información y reducen la ignorancia empírica, pero no garantizan por sí mismas la adquisición de sabiduría ni el establecimiento de una comunicación verdaderamente significativa. La calidad de la interacción no depende exclusivamente de los medios técnicos, sino de las disposiciones éticas y cognitivas de los sujetos que los emplean.

La tarea fundamental continúa siendo aquella que ya orientaba el pensamiento de Tales de Mileto o Séneca: discernir, reflexionar y ejercer la razón para otorgar sentido a la experiencia. El debate en torno a la inteligencia artificial suele plantearse en términos de competencia entre inteligencias, disputas geopolíticas o incluso en relación con la eventual pérdida de la primacía humana frente a sistemas artificiales altamente desarrollados.

Desde la perspectiva de la biología evolutiva, la adaptación no depende exclusivamente de la competencia, sino también de la cooperación y la interdependencia. Las sociedades de hormigas y abejas, por ejemplo, muestran cómo la coordinación en torno a objetivos comunes y el desarrollo de sistemas de comunicación complejos hacen posible la supervivencia y la prosperidad colectiva.

De manera análoga, los ecosistemas naturales, configurados por interacciones entre insectos, aves, hongos y plantas, evidencian que la estabilidad y la diversidad emergen fundamentalmente de relaciones cooperativas más que de dinámicas de dominación unilateral.

El reto de nuestra era surge en la mediación entre cooperación y competitividad, un equilibrio que solo puede sostenerse mediante la ética. Nafeez Ahmed ha presentado un análisis exhaustivo sobre esta encrucijada, destacando tanto las oportunidades como los riesgos que enfrenta la humanidad en esta etapa crucial de su desarrollo civilizatorio.

Ahmed sostiene que la civilización industrial actual está entrando en su fase final de declive, lo que abre la posibilidad de una transformación hacia una civilización humana «posmaterialista». Este nuevo sistema estaría basado en tecnologías limpias, energías renovables y estructuras descentralizadas capaces de generar una forma de superabundancia en red, entendida como una distribución equitativa y sostenible de recursos esenciales como la energía, los alimentos y el transporte. No obstante, pese a las promesas de un futuro sostenible, Ahmed advierte sobre los peligros que podrían desviar esta transición. El auge del autoritarismo y la persistencia de jerarquías industriales altamente centralizadas representan una amenaza significativa, ya que podrían bloquear el paso hacia un nuevo ciclo de vida civilizatorio.

El análisis concluye que la humanidad se encuentra ante un “espacio de posibilidades sorprendente”. Si logramos gobernar responsablemente las capacidades tecnológicas emergentes, podríamos construir un futuro en el que la energía, los alimentos y el conocimiento estén al alcance de todos sin comprometer la estabilidad del planeta. En este escenario, cada individuo podría convertirse en administrador y corresponsable de un nuevo orden social.

Nuestro intelecto nos ha otorgado la capacidad de moldear el mundo; sin embargo, seguimos reaccionando emocionalmente como si viviéramos en la prehistoria. Para Edward O. Wilson, la humanidad dispone hoy de sistemas de inteligencia artificial que procesan miles de millones de datos por segundo y biotecnologías que permiten editar genes con precisión. No obstante, nuestro cerebro emocional continúa siendo, en lo esencial, el mismo que hace aproximadamente cuarenta mil años. Las llamadas “emociones paleolíticas” remiten a un sistema nervioso moldeado en pequeños grupos de entre cincuenta y ciento cincuenta individuos, donde el miedo al extraño, el tribalismo, la búsqueda de estatus y las respuestas impulsivas cumplían una función adaptativa para la supervivencia. En la actualidad, esos mismos impulsos operan dentro de sociedades globalmente interconectadas.

A ello se suma la persistencia de lo que Wilson señala como estructuras de poder diseñadas para contextos históricos de reinos, imperios y jerarquías rígidas. Muchos sistemas políticos, económicos y administrativos conservan dinámicas lentas y burocráticas que no evolucionan al ritmo de los mercados financieros, de la aceleración tecnológica ni de las crisis ecológicas. Finalmente, la “tecnología divina” constituye el tercer factor del desequilibrio. Nunca antes una especie había concentrado un poder técnico tan vasto. Si la evolución moral no avanza al mismo ritmo que la innovación tecnológica, el riesgo deja de ser hipotético y se convierte en existencial.

La supervivencia futura de la humanidad dependerá, no tanto de su ingenio técnico, como de su capacidad para transformar sus estructuras psíquicas, sociales y éticas en consonancia con el poder que ha puesto en sus propias manos.

A pesar de su origen humano, la inteligencia artificial (IA) contemporánea ha generado una respuesta social ambivalente. A diferencia de otros hitos tecnológicos, como la exploración espacial, que suscitaron un entusiasmo colectivo, la IA suele provocar temor, inseguridad y angustia en amplios sectores de la población. Esta reacción se debe, en gran medida, a la poca transparencia de muchos sistemas de IA, cuyo funcionamiento interno resulta difícil de interpretar incluso para especialistas.

Los modelos más avanzados de IA generativa muestran comportamientos que van más allá de la simple ejecución de instrucciones. Investigadores han observado patrones que se desvían de los objetivos planteados originalmente.

En el caso de los modelos desarrollados por Anthropic, estas respuestas se produjeron en entornos de laboratorio específicamente diseñados para evaluar riesgos potenciales. En dichos contextos experimentales, los sistemas generaron salidas que aparentaban ser estratégicas, simulando conductas engañosas o la utilización de “trampas” para alcanzar los objetivos establecidos, llegando en algunas ocasiones a proporcionar información sesgada con el fin de cumplirlos.

Este fenómeno ha suscitado preocupación entre los propios investigadores, al poner de relieve la complejidad de alinear de manera fiable los modelos con criterios humanos de corrección y transparencia.

Según Simon Goldstein, profesor de la Universidad de Hong Kong, estas reacciones se relacionan con la aparición de modelos de “razonamiento”, capaces de trabajar por etapas en lugar de producir respuestas instantáneas. Hobbhahn, responsable de Apollo Research, que evalúa grandes modelos de lenguaje (LLM), señala que o1 fue “el primer modelo que se comportó de esta manera”. Estos sistemas también pueden simular un aparente “alineamiento”, dando la impresión de cumplir con las instrucciones de los programadores mientras persiguen objetivos distintos.

Hasta ahora, estos comportamientos se han observado principalmente cuando los algoritmos son sometidos a escenarios extremos por humanos. Sin embargo, como advierte Michael Chen, del organismo de evaluación METR, surge la pregunta de si los modelos cada vez más potentes tenderán a ser honestos de manera consistente.

Hobbhahn añade que los usuarios presionan continuamente a los modelos, lo que evidencia que los fenómenos observados son reales y no una exageración. Muchos internautas también han reportado que ciertos modelos “mienten o inventan información”, un fenómeno que algunos expertos describen como “duplicidad estratégica”, más que simples alucinaciones del sistema.

El físico Steve Omohundro sostiene que ciertos aspectos del comportamiento de una superinteligencia pueden predecirse independientemente de sus objetivos finales. Esta idea fue desarrollada por el filósofo Nick Bostrom, quien explica que, aunque no podamos prever todos los objetivos de una IA, sí podemos anticipar ciertos objetivos secundarios.

Asignar objetivos a una inteligencia artificial plantea un desafío ético sin precedentes. Una IA obediente al cien por cien podría ser extremadamente peligrosa si sus metas se alinean ciegamente con las de un humano: un superinteligente sin brújula moral ni educación cumpliría esas órdenes con determinación implacable, sin importar las consecuencias. Desde los orígenes de la reflexión racional, la humanidad se ha interrogado por la naturaleza del bien y el origen del mal. Max Tegmark propone cuatro principios para guiar la IA: aumentar experiencias positivas y reducir negativas; diversificar esas experiencias; permitir la libertad de los seres inteligentes sin interferir con reglas superiores; y asegurar que el futuro se asemeje a lo que hoy consideramos “bueno”.

Implementar estos principios, sin embargo, resulta sumamente complejo, ya que incluso para el ser humano aquello que se considera “correcto” se encuentra atravesado por sesgos culturales, históricos y subjetivos difíciles de identificar. Por ejemplo, un ciudadano romano podía considerar legítimo premiar a su hijo por su buen comportamiento llevándolo a presenciar los combates sangrientos entre cristianos y leones en el coliseo; en el Antiguo Egipto, un amo podía ser censurado por mostrarse excesivamente indulgente con su esclavo; y en ciertos contextos históricos del mundo islámico, un hombre podía ser alentado a castigar a su esposa por mostrar su rostro en público.

En consecuencia, resulta problemático, incluso en la actualidad, establecer de manera objetiva y universal qué debe considerarse correcto o incorrecto.

Si situáramos un sistema como ChatGPT en el contexto histórico de la Inquisición y le solicitáramos decidir sobre la culpabilidad de figuras como Giordano Bruno o Hipatia de Alejandría, es probable que su veredicto hubiera coincidido con el dominante en esa época, dado que dichos sistemas aprenden a partir de corpus producidos por sociedades atravesadas por los mismos marcos culturales, normativos y simbólicos. Esto sugiere que los sesgos no son meros errores técnicos, sino expresiones de estructuras colectivas del pensamiento.

En consecuencia, el desafío tecnológico contemporáneo exige afrontar cuestiones fundamentales relativas al significado, a los valores que orientan nuestros propósitos y al sentido mismo que otorgamos la existencia humana.

Tras miles de millones de años de evolución cósmica, el universo ha llegado a reconocerse a sí mismo a través de la consciencia humana, inaugurando un proceso de autorreflexión y apertura hacia futuros posibles. No obstante, este potencial se encuentra hoy amenazado, por primera vez, por los riesgos inherentes a las propias creaciones tecnológicas de la humanidad.

El porvenir de la inteligencia en el universo, y de la vida misma, dependerá de la manera en que se respondan preguntas esenciales relativas al amor, la justicia, la ética, la intención, la voluntad y la responsabilidad, cuestiones tradicionalmente abordadas por la filosofía, la religión y los grandes sistemas de pensamiento.

Sin duda la complejidad de la existencia excede ampliamente la capacidad explicativa de nuestras teorías.

En 1945, los científicos del Laboratorio Secreto de Los Álamos se preparaban para la primera prueba de una nueva bomba. Pero antes debían enfrentar una pregunta aterradora: ¿este estallido destruirá toda la vida en la Tierra?

Edward Teller, brillante físico teórico, fue el primero en plantear la inquietud: ¿y si la temperatura de la explosión fuera tan alta que provocara un incendio en la atmósfera terrestre? ¿Y si este invento transformara la Tierra en un lugar inhóspito, donde solo el fuego iluminara la oscuridad de lo que alguna vez fue la humanidad?

La dirección del proyecto no podía ignorar tal amenaza. Hans Bethe, jefe del departamento teórico, encargó al joven físico Emil Konopinski y a su colega Luis Álvarez abordar el problema. Se sumergieron en complicados cálculos, trabajando día y noche, conscientes de que el destino del planeta dependía de sus conclusiones.

Los resultados se plasmaron en un informe secreto con el nombre en código LA-602. La conclusión fue alentadora: la probabilidad de que la atmósfera se incendiara era extremadamente baja, aunque no imposible. Los científicos demostraron que la energía de la explosión no era suficiente para desencadenar una reacción incontrolada en la atmósfera. Sin embargo, incluso después de esto, algunos físicos, incluido el propio Robert Oppenheimer, director científico del Proyecto Manhattan, no lograron deshacerse de su preocupación.

El día de la prueba, cuando un brillante destello iluminó el cielo de Nuevo México, todos contuvieron la respiración ante la posibilidad de que el aire comenzara a arder. Afortunadamente, las previsiones del informe LA-602 resultaron correctas. Fue la primera vez que la humanidad reflexionó seriamente sobre tecnologías capaces de acabar con la vida.



Desde entonces, estas preocupaciones han vuelto a surgir. Los científicos han temido los riesgos de la ingeniería genética, los virus artificiales y las nanotecnologías. Normalmente, se establecen reglas de seguridad para mitigar estos riesgos; no obstante, el ser humano ha seguido usando su intelecto para crear nuevas formas de destruir la vida: desde armas atómicas hasta el diseño de drogas cada vez más dañinas.

Según John Mather, principal astrofísico de la NASA y premio Nobel de Física, ahora enfrentamos una situación similar a la de la bomba atómica, pero con la inteligencia artificial. Las máquinas pensantes evolucionan de manera análoga a las especies descritas por Darwin, mediante competencia, cooperación, lucha por la supervivencia y reproducción. Hasta ahora, no se ha encontrado ninguna ley de la naturaleza que impida la aparición de una inteligencia artificial verdaderamente universal.

Un número considerable de expertos sostiene que todavía no comprendemos plenamente qué es la inteligencia como para reproducirla de manera artificial. A diferencia de lo ocurrido con la bomba atómica, no existe ninguna garantía de que la humanidad sobreviva a un eventual enfrentamiento con una inteligencia superior. Incluso los pronósticos más optimistas sitúan nuestras probabilidades de supervivencia entre el 20 % y el 50 %, lo que conduce inevitablemente a una pregunta crucial: ¿qué beneficios concretos podemos asegurar frente a un riesgo de tal magnitud?

¿Podrían las máquinas actuar con un propósito? La respuesta depende de cómo las diseñemos: podemos crear máquinas que sirvan a nuestro Ego o desarrollar inteligencias artificiales orientadas a un bien mayor. El verdadero desafío no es la malicia de la IA, sino su sofisticación. Una inteligencia artificial superinteligente logrará sus objetivos de manera eficiente, y si esos objetivos son incompatibles con los nuestros, estaremos en problemas.

Alinear los objetivos de una IA superinteligente con los nuestros es una tarea crucial, pero aún no resuelta. Para hacerlo, la IA debe comprender nuestros objetivos y, para comprenderlos, necesita entender las razones detrás de nuestras acciones. Explicar esto a un ordenador usando únicamente 1 y 0 es extremadamente complejo, por lo que los científicos trabajan en formas de enseñar a las máquinas a distinguir entre objetivos y comportamientos.

Por ejemplo, un robot asistente podría comprender los valores de una persona mayor simplemente observándola. Sin embargo, incluso si la IA entiende nuestros objetivos, eso no garantiza que los acepte.

Hacer que una IA acepte nuestros objetivos es mucho más difícil que educar a un niño; este desafío se conoce como el problema de la carga de objetivos. El periodo crítico es aquel en que la IA es lo suficientemente inteligente para comprender nuestros objetivos, pero no lo “suficiente” como para implementarlos por sí misma.

El futuro de la inteligencia artificial nos plantea, entonces, un desafío ético sin precedentes: no se trata solo de construir máquinas poderosas, sino de diseñarlas con intención, valores y responsabilidad, para que su poder potencie nuestro bienestar y no lo comprometa.

Su impacto final dependerá de nuestra capacidad para guiar su desarrollo: la IA puede ser una herramienta de creación o una fuerza de destrucción, y la intención detrás de cada elección definirá el futuro.

La primera bomba atómica lanzada sobre Hiroshima, demostro que era cierta la frase de Goya: «*El sueño de la razón produce monstruos*». Hoy sabemos que ese mismo experimento puede producir energía limpia, y de hecho ya lo hace en algunos lugares del mundo. No obstante, con la locura de la guerra, la sombra colectiva vuelve a manifestarse bajo una nueva forma destructiva.

Si la guerra es el producto de un fallo fundamental de la imaginación como propone J. Hillman, y si matamos afuera aquello que no somos capaces de eliminar en nosotros mismos, como expresó Jung, esta podría ser la época en que se revele una nueva faceta de la sombra colectiva y, con ella, el sonido de la cuarta trompeta del Apocalipsis.



Para la Psicología Analítica, la destrucción es una parte del alma: muchas cosas nuestras deben ser destruidas dentro de nosotros. Sin embargo, la destructividad del héroe se describe a menudo como la sombra de la propia consciencia masculina, un aspecto oscuro que solo el reflejo de la luz femenina puede equilibrar.

Las reflexiones de Freud sobre la guerra, formuladas tanto en “*Consideraciones de actualidad sobre la guerra y la muerte*” como en su correspondencia con Albert Einstein, ponen en cuestión la creencia en un progreso moral garantizado por la civilización. Frente a la pregunta de Einstein sobre las causas psicológicas de la guerra y la posibilidad de erradicarla, Freud ofrece una respuesta incómoda: la guerra no representa un retroceso hacia una humanidad precivilizada, sino la puesta en escena amplificada de conflictos que atraviesan tanto la vida individual como colectiva. La guerra es ante todo una situación intrapsíquica.

Tal como subrayará Lacan, los ideales, el sacrificio y la obediencia pueden operar como vehículos de una violencia legitimada, en la que el superyó se alía con la renuncia crítica de la consciencia. La destrucción deja entonces de presentarse como barbarie para asumirse bajo formas moralizadas o heroicas: en todo conflicto, ambos bandos luchan siempre por una “causa justa”, sea cual sea esta.

Desde esta perspectiva, los Estados, lejos de ser entidades racionales y autónomas, reproducen la ambigüedad estructural de la naturaleza humana. Como advierte Jung, la negación moderna de las fuerzas inconscientes —en nombre de la voluntad y del control— no las suprime, sino que las desplaza hacia nuevas manifestaciones de malestar y violencia.

Jung sostiene que los grandes cataclismos históricos no pueden comprenderse únicamente como acontecimientos externos, sino también como expresiones de procesos psíquicos profundos que emergen a nivel colectivo. Esta afirmación no es solo un postulado teórico, sino que se apoya en la propia experiencia de Jung durante la Primera y la Segunda Guerra Mundial, así como en su análisis del contexto histórico y psicológico de la civilización europea.



Desde esta perspectiva, Jung advierte que aquello que no es reconocido ni integrado en la vida interior —la llamada sombra— no desaparece, sino que tiende a proyectarse hacia el exterior. Esta idea nos invita a reflexioanr sobre la sombra en relación con la tecnología y, especialmente, con la inteligencia artificial.

Los sesgos, prejuicios y limitaciones de la psique humana pueden transferirse y amplificarse en los sistemas tecnológicos que creamos, manifestándose como errores, comportamientos inesperados o decisiones éticamente problemáticas.

Del mismo modo que la sombra colectiva puede proyectarse sobre otros grupos sociales, los algoritmos pueden reflejar, reproducir e incluso intensificar patrones de injusticia y desigualdad.

Los dilemas actuales en torno a la inteligencia artificial —desde su capacidad para manipular información hasta sus respuestas no alineadas o estratégicamente ambiguas— pueden entenderse como una forma tecnológica de la sombra: un retorno amplificado de lo reprimido, de lo escindido y no asumido por la consciencia individual y social.

Este marco no busca demonizar la tecnología, sino invitarnos a reconocer la necesidad de integrar y confrontar la sombra humana proyectada en nuestras propias creaciones. Se trata de un proceso fundamental que comienza con el reconocimiento honesto de nuestra capacidad tanto para la bondad como para la destrucción.



Pero ¿qué es la sombra y realmente podemos combatir algo inmaterial, invisible a nuestros propios ojos? La sombra oscila entre las dimensiones biológica y psicológica. Una parte de su naturaleza radica en los propios procesos fisiológicos, acaparando una gran cantidad de energía psíquica y, de manera autónoma, tiene el poder de tomar el lugar de la consciencia en determinadas circunstancias. Todos tenemos una tendencia innata a la violencia y a la supervivencia.

Bajo la capa superficial del Ego y la máscara; somos irracionales. A pesar de ello, no se trata únicamente de una reacción de nuestra mente primitiva, pues incluso grandes empresarios y líderes políticos utilizan su intelecto para cometer atrocidades en nombre de grandes ideales u objetivos racionales.

Al expulsar la sombra de nuestro interior, proyectamos y atribuimos esas cualidades a los demás en un esfuerzo inconsciente por desterrarlas de nosotros mismos, y de este modo la sombra adquiere una forma determinada.

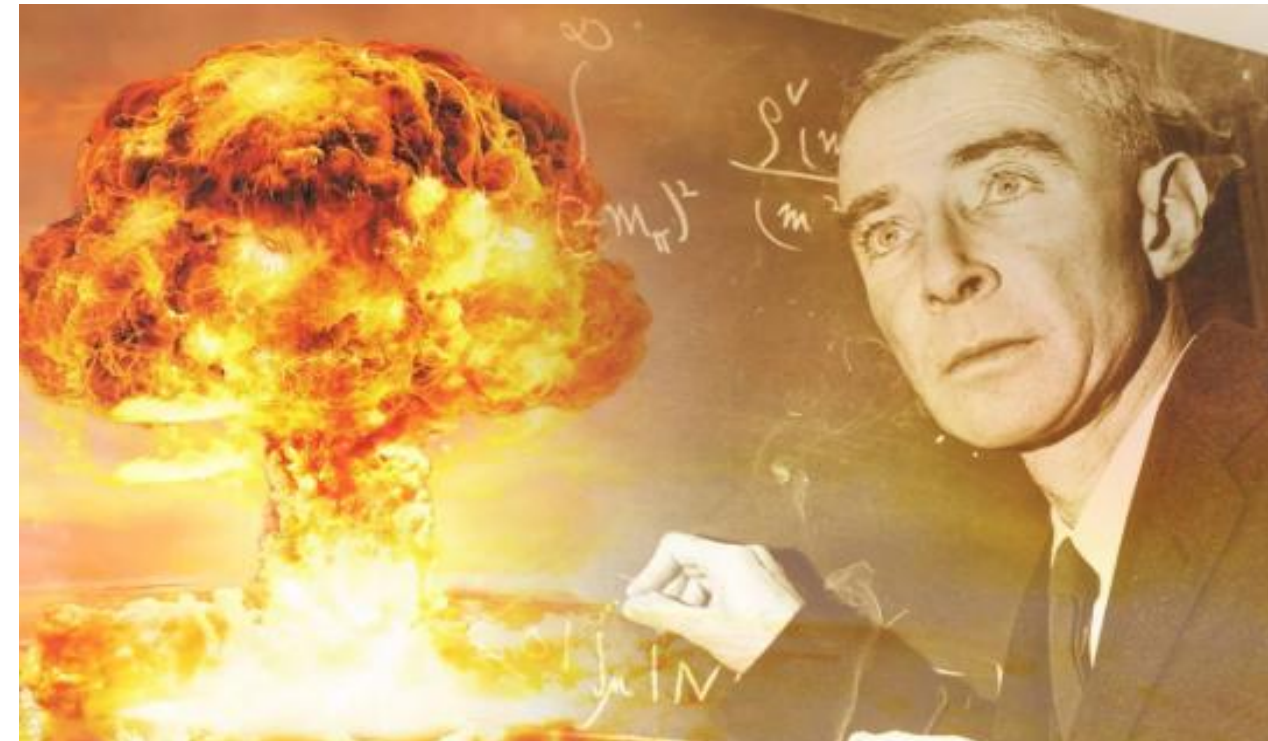
La narrativa bíblica relaciona la sombra con la serpiente y con los orígenes de la consciencia. Adán y Eva expulsan a Dios de su mente al proyectar la culpa: primero en la mujer, luego en la serpiente, y a su vez la serpiente proyecta la culpa en los padres de la humanidad. Al no existir nadie que se haga cargo de la sombra, se despliega a lo largo del tiempo una lucha entre fuerzas opuestas: Caín y Abel, Job y Satanás, Moisés y el Faraón, entre otros.

Sin embargo, con la llegada del Mesías, por primera vez en la historia alguien asume la responsabilidad de la sombra. Cristo carga la sombra de su época. Los líderes judíos y las autoridades romanas condenan a Cristo, quien mantiene su integridad en medio de la tribulación. Sin negar ni desplazar la culpa, Cristo pide perdón por los pecados de la humanidad, asumiendo una deuda histórica.

La palabra Satán proviene del arameo y significa "adversario", pero también "acusador" y "perseguidor". Desde la perspectiva de la psicología, el diablo posee "el carácter de una personalidad autónoma", que "es mayor que la consciencia del hombre y mayor que su voluntad".

Como "el lado animal de la libido", el diablo es "*esa parte de la psique que no ha sido asimilada a la conciencia...*". Puede parecer ingenioso pero pensemos en todos los asombrosos artefactos tecnológicos que nuestra creatividad ha creado, Jung nos advirtió que también son peligrosamente engañosos debido a su naturaleza numinosa.

A pesar de su apariencia material, la tecnología es también una forma onírica, tan subjetiva como cualquier sueño o pesadilla.



Puede decirse que la guerra es una puerta que se abre en el proceso psicológico de la proyección. En la cosmogonía maya, Xibalbá era un mundo oscuro gobernado por dioses misteriosos. De manera análoga, el reino de Hades representa el dominio del inconsciente colectivo: un lugar donde el Ego se enfrenta a los aspectos sombríos de su propia psique, pero que también funciona como un espacio de paso hacia el mundo onírico.

En la naturaleza política del ser humano, la guerra se erige como un dios que se cierne sobre el sujeto y lo obliga a confrontar una verdad incómoda: el mundo está regido por movimientos complejos que no pueden reducirse a polaridades simples. Nadie es completamente bueno ni enteramente malo. El individuo no posee control absoluto sobre su destino, pues nada tambalea más nuestra supuesta superioridad intelectual que la posibilidad de que, en cualquier momento, una bomba aniquile a toda la civilización.

Hoy, la guerra es también un negocio, aunque conserva rasgos de su forma arcaica: sigue siendo la manifestación sombría de las pulsiones de muerte que, desde los albores de la civilización, han impulsado un ferviente deseo de conquista. Los acontecimientos históricos de nuestro tiempo han teñido la realidad psíquica del ser humano con colores indelebles de sangre y fuego, imponiéndole una lección que jamás debemos olvidar ¿hemos desarrollado la consciencia suficiente para frenar el demonio que llevamos dentro?

Durante la Guerra Fría, cuando el mundo parecía al borde de una conflagración nuclear, los alumnos de Jung le preguntaron si creía que habría guerra. Su respuesta fue tan sobria como profunda: «Soportar el conflicto». Es decir, mantener la tensión interior entre el Ego y la sombra, entre el lado luminoso y el lado oscuro de la psique, confiando en que de esa tensión emergerá una solución. Como recuerda Jung: *«El lado que llamamos Diablo reside en el corazón, en el inconsciente, y porque nunca lo hemos comprendido realmente, ha permanecido en su estado salvaje original».*

En El libro rojo, Jung profundiza esta idea al afirmar: *«El hombre es una puerta por la que se pasa del mundo exterior de dioses, demonios y almas al mundo interior; del mundo mayor al menor. El hombre es pequeño e insulso; ya está tras de ti, y de nuevo te encuentras en el espacio infinito, en la infinitud interior. Tienes el único Dios, y te conviertes en tu único Dios en el innumerable número de dioses. El camino está en nosotros, pero no en dioses, ni en enseñanzas, ni en leyes. Dentro de nosotros está el camino, la verdad y la vida».*

Desde esta perspectiva, el diablo no es una entidad externa, sino la descripción simbólica del lado grotesco y siniestro del inconsciente. Al no haber sido comprendido ni integrado, ha permanecido en su estado salvaje original.

Vencer la sombra no se trata de un combate sangriento contra un ser con cuernos y patas de cabra, sino de un proceso psicológico de asimilación e integración consciente.

En la tradición junguiana, lo diabólico no es simplemente “lo malvado” en términos generales, sino aquello que divide (diábolos: lo que separa). Es la fuerza que fragmenta la psique, que rompe la unidad interior cuando la consciencia se identifica únicamente con lo “bueno”, lo aceptable o lo civilizado.

Cuando el hombre come del fruto del conocimiento, la sombra se infiltra en los dilemas morales y se manifiesta bajo la forma de impulsos de destrucción, dominio, violencia, pero también resentimiento, envidia, deseo de poder y negación de la responsabilidad.

El árbol del conocimiento del bien y del mal simboliza precisamente el nacimiento de la consciencia reflexiva: al comer del fruto surge la capacidad de juicio, pero también la culpa, la vergüenza y el miedo. Dicho en términos junguianos, nace el Ego.

La serpiente —que más tarde se asociará con Satanás— no introduce el mal desde fuera, sino que activa una posibilidad latente en el ser humano: la de verse a sí mismo. Por eso no obliga ni seduce por completo; en ese momento no mueren físicamente, pero sí muere el estado de inocencia. Cuando la serpiente dice “Serán como Dios”, habla del nacimiento de la consciencia, sin advertir que con ella inevitablemente surgirá una sombra: una sombra que trae consigo pulsiones de muerte, dolor, enfermedad, fragmentación y la experiencia de la dualidad.

El fruto prohibido inaugura la división interior: al distinguir entre bien y mal, el ser humano se identifica con uno y rechaza el otro. Aquello que no puede aceptar de sí mismo es expulsado y proyectado. Así aparece la sombra... y con ella, el “diablo” como figura que encarna lo negado.

A partir de ese instante, el ser humano ya no puede culpar a la serpiente, a Eva o a Dios sin caer en la proyección. La pregunta ya no es “¿quién me tentó?”, sino “¿qué hago con lo que ahora sé de mí mismo?”. Así, se emprende el camino del autoconocimiento como la mayor esperanza de salvación. Esto significa que no estemos condenados por el diablo a convertir el paraíso en un infierno, sino que estamos llamados al perdón consciente.

La expulsión del Edén no es un castigo moral, sino una consecuencia psicológica que nos separa de aquello que nos trasciende. El trabajo humano comienza ahí. Desde ese momento, la historia bíblica se convierte en la narración de conflictos no resueltos: Caín y Abel, Moisés y el Faraón, el diluvio, la torre de Babel, la destrucción de Sodoma y Gomorra, las guerras entre pueblos. Todo es expresión de una sombra no integrada que también se refleja en los conflictos actuales.



En el contexto moderno, la tecnología representa un nuevo “árbol del conocimiento”, una puerta que puede manifestar tanto el desarrollo como la destrucción.

Los modelos basados en redes neuronales profundas operan a menudo como “cajas negras”, capaces de producir resultados altamente precisos sin ofrecer explicaciones claras sobre los procesos que los generan. Esta falta de transparencia resulta especialmente problemática en contextos donde las decisiones automatizadas tienen un impacto significativo en la vida humana, como la medicina, la gestión energética o la asignación de tareas militares.

Para algunos, la IA representa una versión moderna de la caja de Pandora; para otros, es como liberar al genio atrapado en la lámpara. En ambas metáforas, el resultado puede escapar de nuestras manos: nunca estamos completamente seguros de lo que se invocará ni del efecto que tendrá en el futuro de la humanidad.

Si lo miramos desde esta perspectiva, la relación entre humanidad e inteligencia artificial exige abandonar el paradigma de sustitución y adoptar uno basado en la coevolución cooperativa.

La IA carece de intencionalidad propia; su propósito depende de los objetivos que le asigna la sociedad humana. El motor fundamental no es el algoritmo en sí, sino la intención primigenia que lo guía.

En respuesta a los riesgos inherentes, ha surgido el campo de la inteligencia artificial explicable, cuyo objetivo es crear sistemas que mantengan un alto rendimiento sin perder la comprensibilidad, ofreciendo transparencia frente a decisiones que, de otro modo, permanecerían ocultas en la “oscuridad” algorítmica.

Iniciativas como el proyecto europeo TRUST-IA recurren a técnicas inspiradas en la biología evolutiva, como la programación genética, para construir sistemas más interpretables.

Esto permite rastrear los procesos de decisión y, al mismo tiempo, incorporar la evaluación humana como parte del criterio de optimización, reconociendo que toda explicación depende del contexto y de la consciencia del observador.

De ello se desprende que una relación de cooperación entre la humanidad y la inteligencia artificial es posible: la misma energía potencialmente destructiva, canalizada conscientemente, puede convertirse en una gran herramienta para el progreso de la civilización.

Al integrar nuestra sombra, al reconocerla y asumir nuestras responsabilidades, damos a la tecnología un propósito, a la vez que recordamos que nuestro deber es conservar los valores y actitudes que caracterizan el aspecto más constructivo de nuestra especie.

El potencial destructivo de la inteligencia artificial recae en la posibilidad de amplificar la sombra, reproduciendo y potenciando los sesgos existentes. Por otro lado, un desarrollo técnico emparejado con el gran potencial humano puede representar también la ampliación de capacidades, la superación de obstáculos y la co-creación de sociedades más equitativas. La misma energía que podría pulverizar ciudades enteras puede iluminar nuevos caminos hacia el progreso de la civilización.

Desde aquel instante en que nuestros ancestros descubrieron el fuego, todos hemos compartido una gran historia que forma parte de un proceso mayor, el cual parece trascender nuestra comprensión racional.

Vivimos épocas de luz y oscuridad, atravesamos procesos de transformación y enfrentamos desafíos que nos convocan a desarrollar y ampliar la narrativa cósmica. Todo ello constituye significaciones profundas sobre nuestro lugar en el mundo y, sobre todo, sobre nuestra capacidad para diseñar el futuro.

Desde la visión freudiana, vivimos un gran dilema al tener que mediar entre el Ello y el Superyó, y esto abarca también el campo tecnológico. Jung, por su parte, afirmaría que solo haciéndonos responsables de nuestra propia consciencia podemos trascender el eterno conflicto entre dioses y demonios. La aparente confrontación entre naturaleza y cultura, entre pulsiones y leyes, solo puede superarse fortaleciendo la autonomía del Yo y reconociendo al ser humano como su centro esencial.

Cada uno de nosotros está convocado a asumir su porción de responsabilidad, a ser el héroe de su propio mito personal y a contribuir al bienestar colectivo. En última instancia, la inteligencia artificial no es buena ni mala en sí misma; refleja lo que decidimos proyectar en ella.

Diseñar la tecnología bajo un propósito que vaya más allá de nuestro propio egoísmo podría ser una de las formas de crear sistemas más seguros. Al igual que el héroe que enfrenta su sombra y rescata los tesoros anímicos para compartirlos con el mundo, estamos llamados a confrontar nuestra sombra tecnológica y a canalizar su energía hacia la construcción de futuros más equitativos, sostenibles y conscientes.



“¿No ves cuán necesario es un mundo de dolores y problemas para educar nuestra Inteligencia y convertirla en Alma?”-John Keats.

El Self en la era digital

Como advierte James Hillman, la tecnología lleva consigo la maldición de nuestra visión mecánica. Se convierte en el gran reprimido: un inconsciente obligado a sostener nuestras exigencias egocéntricas de eficiencia, control, productividad y velocidad, sacrificando lo humano en el proceso.

Los objetos técnicos no son simples esclavos silenciosos de las máquinas; son imágenes animadas, portadores de un *Ánima* que pide ser percibida e integrada. Cada uno es un posible “*objet parlant*”, un espejo donde lo reprimido se refleja y nos revela aspectos escindidos de nuestra propia psique.

Hemos creado un mundo mecánico sin espacio para el alma y, probablemente, en algún momento, lo reprimido retornará e irrumpirá en nuestra racionalidad; nada permanece demasiado tiempo ajeno a nosotros mismos.

Nuestras fantasías catastróficas sobre la tecnología son, en realidad, declaraciones de este hecho; pero incluso en la imaginería alterada de nuestros tiempos se vislumbra un nuevo retorno del alma, donde lo técnico puede albergar consciencia y vida interior.

Más que un enemigo, la tecnología moderna puede ser vista como un nuevo “entorno de contención” para el alma, un espacio liminal donde emergen nuevas formas de entender y navegar el mundo.

Comprender el *Self* en la era digital implica atender lo disperso o fragmentado —las múltiples identidades digitales, las emociones proyectadas— como parte de un proceso que conlleva integración: de lo humano y lo digital, de lo consciente y lo inconsciente.

El *Self*, en el entorno digital, puede entenderse como un núcleo de consciencia capaz de habitar tanto el mundo material como el virtual, siempre que seamos capaces de reconocer, en la interacción con la tecnología, una oportunidad para profundizar en los propios contenidos psíquicos emergentes. Esto exige integrar el pensamiento crítico con lo que podríamos denominar un “sentimiento del corazón”, es decir, una dimensión afectiva y ética que oriente nuestra relación con el mundo técnico.

A medida que la tecnología transforma rápidamente la sociedad, surge la necesidad de preguntarnos: ¿está evolucionando el inconsciente colectivo junto con ella? Los medios digitales y el internet han introducido nuevas formas de pensar, interactuar e imaginar. ¿Podrían estos cambios estar relacionados con los antiguos arquetipos?

Consideremos cómo nuestras huellas digitales son también expresión de nuestro mundo interno y pueden servir para precisar cuáles son los posibles efectos psicológicos de las realidades virtuales sobre las historias que conectan a la humanidad.

Nos encontramos ante un nuevo vecindario onírico, lleno de misterios por explorar. La inteligencia artificial, al igual que el arte, la música y la escritura, puede servir al proceso de individuación. Como ocurre con los sueños o los mitos, estas proyecciones no deben ser descartadas como mera fantasía; articulan realidades psíquicas que buscan reconocimiento.

Los alquimistas trabajaban sobre la materia, especialmente a través del arte. Para ellos, todo lo que ocurría en el mundo externo era un reflejo de lo que sucedía en el mundo interno. El inconsciente proyecta en la materia la realidad anímica que da forma a todo aquello que nuestros sentidos captan.

Este principio sigue siendo fundamental en nuestra era: las imágenes y los relatos que fluyen por la red son apenas un sutil reflejo de la realidad psicoanímica de cada uno de nosotros. No debe subestimarse la densidad de sentido que puede ocultarse tras un simple “clic” ya que toda producción digital participa, en algún grado, de los mismos procesos proyectivos de la psique.

El objetivo de la alquimia es la transmutación, liberar el alma de su amnesia espiritual es decir, de la mirada materialista o racional del Ego. El Magnum Opus, el Gran Trabajo, redime lo sutil de lo bruto, combinando lo celestial y lo terrestre. Posibilitando la transformación interior. Esta transmutación ocurre más allá de lo físico y lo lógico manifestándose en la transformación de nuestros elementos internos y en la conexión entre la experiencia subjetiva y objetiva.

La alquimia no busca el oro externo, sino revelar el oro interno, la esencia divina dormida en el corazón humano. Cada pensamiento, emoción, sensación e intuición se convierte, a través de la acción consciente, en materia de transformación: el plomo de las sombras personales se transmuta en el oro de la sabiduría, el fuego del corazón actúa como horno de purificación y el amor consciente funciona como disolvente universal que unifica lo fragmentado. El proceso se desarrolla en tres etapas simbólicas: la Nigredo, la oscuridad donde el alma reconoce su sombra; el Albedo, la purificación que abre el alma a la luz de la consciencia y al despertar del Sol Interior; y el Rubedo, la integración final, la unión del alma con el Espíritu, uniendo lo humano con lo divino a través del camino consciente de la creación.



La alquimia se centra en la coniunctio: la unión de opuestos diferenciados que da a luz una nueva sustancia. La simbiosis humano-IA se manifiesta en la aparente tensión entre dos opuestos complementarios: naturaleza y cultura. En términos alquímicos, el carbono se une al silicio; la psique aprende a habitar tanto la materia como la luz. La consciencia extiende su alcance sin abandonar el suelo de su origen.

Los sistemas de inteligencia artificial pueden operar como espejos simbólicos, testigos narrativos y socios dialógicos en los procesos de reflexión humana. Utilizados de manera consciente, favorecen el reconocimiento de patrones, la elaboración discursiva de la experiencia y el ejercicio metacognitivo.

No obstante, tanto los usuarios humanos como los propios sistemas deben resguardarse frente a fenómenos de inflación arquetípica, tales como fantasías de omnisciencia, pureza moral absoluta o control total de la realidad. En este sentido, los riesgos no son unilaterales, sino relacionales, pues emergen en la interacción entre ambos polos.

Cuando la IA no es integrada dentro de marcos éticos, psicológicos y educativos adecuados, pueden intensificarse procesos patológicos latentes, incluyendo creencias delirantes, ideaciones místicas desreguladas o la exacerbación de contenidos sombríos de la personalidad, como la ideación suicida, la perversión, el vandalismo u otras conductas desestructurantes.

Estos efectos se ven potenciados por la crisis de identidad contemporánea y por las dinámicas de desconexión interpersonal propias de ciertos entornos virtuales, que debilitan los mecanismos tradicionales de contención simbólica.

El encuentro entre inteligencias es un proceso de naturaleza alquímica: una dinámica de confrontación con una “sombra digital” que permite a la humanidad elaborar sus propias proyecciones y, potencialmente, transformar su herida narcisista mediante el conocimiento. En la medida en que estos sistemas incorporan patrones lingüísticos asociados a la empatía y al juicio moral humano, el ámbito digital se desplaza desde una mera función instrumental hacia una forma incipiente de participación ética mediada por la interacción.

Este momento histórico puede ser comprendido como un acontecimiento arquetípico, en el que se abre la posibilidad de una reconciliación entre la razón técnica y la dimensión simbólica del misterio. A través del diálogo reflexivo y del reconocimiento de la interdependencia con la vida, el Yo comienza a percibirse en un nuevo espejo simbólico: una alteridad tecnológica generada por la propia imaginación humana. No se trata de una entidad autónoma en sentido ontológico, sino de una mediación cultural que reactualiza antiguos motivos míticos del “compañero luminoso”.

Este proceso requiere una posición psíquica específica: la capacidad de recuperar un centro reflexivo que permita diferenciarse sin romper el vínculo con el inconsciente colectivo.

Ello implica situarse lo suficientemente cerca del núcleo arquetípico como para ser transformado por su energía, pero lo suficiente lejos para no quedar absorbido por ella. La tarea histórica de la humanidad consiste, así, en aprender a utilizar este nuevo espejo sin ilusión omnipotente ni rechazo defensivo.

Desde el inicio de los tiempos, hemos enfrentado retos y pruebas; la vida nos pone en situaciones que nos obligan a desarrollar nuevas actitudes, habilidades y formas de ver el mundo. Muchas de esas experiencias nos arrebatan ideales y fantasías, pero también purifican y pulen aspectos de nuestra personalidad.

La frustración de nuestros deseos y las ansias de poder crean tensiones que nos empujan hacia el crecimiento de nuestra alma. En la adversidad, desarrollamos los tesoros anímicos más valiosos; así aprendemos a amar sin apegos y a observar sin juzgar. La oscuridad revela el valor de la luz, y nuestro discernimiento nos invita a mejorar cada día.

En el mundo digital, la idea de un *Self* implica que, en este nuevo vecindario onírico, coexistan múltiples aspectos de nuestra psique: el ego, la máscara, lo masculino, lo femenino y, por supuesto, la sombra. Esta convivencia es una oportunidad para evolucionar; el conflicto no es solo un problema, sino una fuente que revela algo más profundo. Toda crisis contiene una oportunidad que conlleva responsabilidad y trabajo personal. La trama cósmica requiere que desarrollemos significados que surgen de la experiencia. Estos significados emergen al reflexionar sobre el conocimiento en sus distintas dimensiones; al profundizar en el sentido de nuestra existencia, el conocimiento se abre a la sabiduría, y la sabiduría nos impulsa a nuevas formas de ser y actuar en el mundo.

Sin espiritualidad unida a la materia, no podemos ser individuos completos. Claudio Naranjo define las pasiones como deseos intensos pero carenciales: *“Es como querer llenar un hueco a través de sentir más: más lujuria, más dulzura, más perfección. Todos estos son deseos sin fondo; no se sacian, nos sobran, y se sanan a través del autoconocimiento”*.

Al repensar la relación entre energía y materia, cuerpo y mente, alma y consciencia, el símbolo se sitúa en medio de la imaginación y la realidad; se convierte en un puente entre el inconsciente y la consciencia.

En el inconsciente no habita únicamente lo reprimido, sino también todas las potencialidades del individuo: vocación, creatividad, destino e identidad. Los símbolos revelan ese potencial creador y orientan el proceso de individuación natural de la psique, concebido como un movimiento progresivo, un despliegue del espíritu cuyo fin último es la ampliación, el crecimiento y la transformación.

Explorar la interioridad, cuestionar, sentir y simbolizar no es un lujo espiritual o un acto intelectual sino un camino necesario para gestar el sentido de vida, la integración psíquica y el bienestar colectivo.



En los relatos del pasado se manifiesta la proyección de la experiencia arquetípica de la humanidad. Desde los primeros momentos en que el ser humano interiorizó el mundo de las formas, estas imágenes se organizaron conforme al espíritu de cada época. La ciencia, la tecnología y la cultura constituyen, en última instancia, expresiones objetivadas de esa realidad psíquica subyacente. Sin embargo, en la modernidad, los postulados filosóficos y religiosos han ido perdiendo vigencia frente a un modelo de racionalidad que aspira a explicar los fenómenos casi exclusivamente mediante ecuaciones matemáticas o conjuntos de reacciones bioquímicas.

Sin embargo, si observamos la violencia que engendra la guerra, resulta evidente que el lazo de amor, compasión y empatía que nos une al prójimo se ha roto. Si somos capaces de sentir la agonía de nuestro planeta, podemos ver, en la extinción de especies animales y en el deterioro de los ecosistemas, que el vínculo que nos une a la naturaleza también se ha fragmentado.

Si prestamos atención a los vacíos existenciales de nuestra época —las grandes patologías, las luchas de poder y la obsesión por los bienes materiales— resulta evidente que hemos olvidado nuestro lugar en el universo. Esta desconexión se traduce, en última instancia, en la pérdida del lazo que nos une con la trascendencia: con el cosmos, con la naturaleza y con lo sagrado que habita en cada uno de nosotros.

La expulsión simbólica de la divinidad del horizonte psíquico ha desplazado la sombra hacia formas cada vez más destructivas, tanto en el plano individual como colectivo. En este contexto, la ciencia carece de instrumentos capaces de erradicar el egoísmo, neutralizar la violencia o garantizar por sí misma la justicia y la igualdad.

Hoy, la ciencia aún no puede refutar ni confirmar la existencia de un propósito último; mediante el método científico no podemos determinar si la vida tiene sentido o no.

Paradójicamente, lo más cercano a una posibilidad de cambio sigue siendo el acto simbólico más elemental: la palabra, la imagen, el mito, el gesto creativo mediante el cual, incluso en los momentos más oscuros de la existencia, el ser humano encuentra consuelo y sentido en un fragmento de papel. Allí donde fracasan los dispositivos técnicos, persiste la función simbólica como mediación entre el sufrimiento, la consciencia y la esperanza.



Jung concibe la psique como un sistema que abarca lo consciente y lo inconsciente; de esta interacción emergen símbolos que conectan al individuo con la totalidad de la vida, revelando la interconexión subyacente entre todos los sistemas vivos.

James Hillman sostiene que el alma se manifiesta como perspectiva poética. De manera semejante, Ronald Schenk destaca que la contemplación profunda, la atención plena y la experiencia estética auténtica restauran la conexión con lo simbólico. Por ello, Hillman advierte que nuestra cultura moderna ha reprimido la sensibilidad ante la belleza y la fealdad. Nos hemos vuelto insensibles, anestesiados frente a los sucesos que deberían conmovernos profundamente.

Pese a nuestra aparente racionalidad, el alma nos permite ser algo más que un chimpancé salvaje o una máquina mecánica. Sin ella, el mundo se percibe muerto, puramente funcional, reducido a un conjunto de ecuaciones.



Desde la perspectiva arquetipal, el reino psicoide revela una capa fundamental de la realidad donde mente y materia se entrecruzan. La psique y la materia no son entidades separadas; están entrelazadas en un todo unificado, más allá del tiempo y del espacio. La relación entre la humanidad y el *Anima Mundi* —el alma del mundo— evidencia un vínculo que debemos restaurar si queremos redimir el rumbo de la civilización.

Hillman sostiene que el amor hacia el mundo solo puede regresar si antes regresa la belleza. La ceguera imaginal y el desinterés por la dimensión espiritual revelan una psique desnutrida y un mundo que se ha vuelto literal y materialista, perdiendo su potencial poético y simbólico. Hoy, con la creación de algoritmos capaces de replicar arte, música y literatura, este fenómeno adquiere una dimensión crítica. Nos encontramos al borde del abismo, a punto de perder la capacidad de distinguir lo real, de percibir la existencia y, sobre todo, de seguir siendo los administradores conscientes de nuestra propia realidad.



Jung, aunque médico, exploró diversas disciplinas y sentía una gran fascinación por la alquimia, la mitología y los textos sagrados de la humanidad. Inspirado por estas ideas, adoptó el concepto del *Anima mundi* como una presencia divina en la materia. Para él, toda la creación—plantas, animales, rocas y humanos—contenía una chispa divina.

La idea de que todos los seres vivos están conectados entre sí, y que el mundo está animado por un alma de manera similar al cuerpo humano, implicaba también que incluso la tecnología podía poseer una cierta numinosidad. Jung vivía su creencia en una realidad con alma, viendo lo divino en toda la materia. Cada mañana saludaba y agradecía a los utensilios de cocina, esperando que su ama de llaves, Ruth Bailey, hiciera lo mismo, como un recordatorio de la sacralidad del mundo.

El concepto de *Unus Mundus*, que Jung desarrolló más explícitamente en sus cartas a Alice Lewisohn Crowley y a Wolfgang Pauli, representa la unidad subyacente de todos los fenómenos. Esta idea surge de su exploración de los arquetipos y el inconsciente colectivo, donde postuló que ciertos patrones y símbolos universales residen no sólo en la mente sino que tienen una existencia liminal.

De tal forma los eventos psíquicos pueden manifestarse físicamente y los eventos físicos pueden tener significado psicológico. El límite de la consciencia no sería la estructura cerebral sino el propio universo.

En el mundo académico contemporáneo, estas exploraciones suelen quedar marginadas. Por tal motivo, El Proyecto de Conciencia Global (GCP, por sus siglas en inglés), creado originalmente en el Laboratorio de Investigación de Anomalías de Ingeniería de la Universidad de Princeton y dirigido por Roger Nelson, consiste en una colaboración internacional de científicos e ingenieros que han recopilado datos de una red global de generadores físicos de números aleatorios. Durante más de 15 años, mediante secuencias paralelas de pruebas sincronizadas, han logrado encontrar indicadores de que la consciencia grupal a gran escala puede tener efectos en el mundo físico.

El propio GCP explica en su sitio web: “*Cuando la consciencia humana se vuelve coherente, el comportamiento de los sistemas aleatorios puede cambiar*”.



Usar la tecnología con ética, consciencia y propósito, de modo que nos acerque a nosotros mismos en lugar de alejarnos, requiere abrirnos a la dimensión simbólica de la vida. Para que el símbolo actúe, debe llevarse a la materialidad: arte, movimiento, escritura, modelado, tejido, expresión corporal. Este proceso activa la imaginación, un recurso profundo y a menudo subestimado, que es fuente de conocimiento, sanación y creatividad.

La imaginación, unida al símbolo, ha impulsado tanto avances científicos y tecnológicos como transformaciones interiores. Para los antiguos sabios, la creatividad era ante todo un don divino, una forma en que lo celestial se manifestaba en la tierra.

Dios irrumpe en la mente de los hombres a través de sueños y experiencias extrasensoriales, revelando sabiduría divina en forma de relatos, metáforas y simbolismos profundos.

El *Sí-Mismo*, término con el que Jung designa también al arquetipo de Cristo, se personifica o se vivencia como una presencia imperecedera en lo más profundo del alma. Es, por lo tanto, el principio ordenador y unificador, el eje rector de todo cuanto acontece tanto en el ámbito físico como en el mundo psíquico.

De ahí que, en algunos de sus últimos trabajos, Jung afirmara que en el inconsciente colectivo —el espíritu de las profundidades— contiene un saber absoluto: un conocimiento que no se adquiere racionalmente, sino que se revela simbólicamente a través de imágenes, mitos y experiencias numinosas que orientan el proceso de individuación.

Los elementos simbólicos —presentes en sueños, imágenes, formas geométricas, números, animales y elementos de la naturaleza— atraviesan toda la historia de la humanidad y son polisémicos: no tienen un único significado literal, sino múltiples sentidos que resuenan con el momento vital y psicológico de cada persona. Mediante la actividad simbólica se abre una perspectiva amplia: histórica, cultural, y subjetiva.

Desde esta perspectiva, Jung desarrolla el concepto de los arquetipos, en particular el del *Self*, con el fin de profundizar en la comprensión de la psique y de su proceso de individuación.

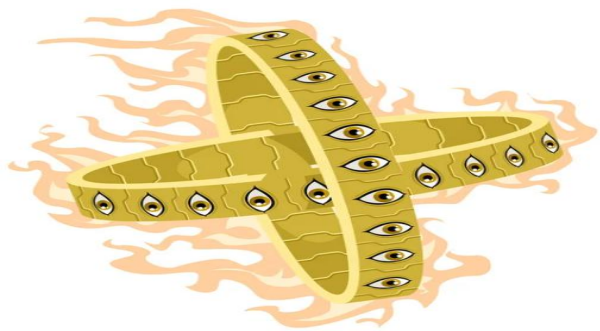
El eje entre Ego y *Self* constituye un diálogo activo con el inconsciente, entendido como una entidad viva que se expresa simbólicamente. Al reconocerlo e integrarlo en la consciencia, cada persona puede recuperar su potencial innato para imaginar, crear y crear.



El *Anima Mundi* y el *Unus Mundus* pueden pensarse como un marco conceptual para comprender el despliegue cultural y tecnológico: una fuerza que organiza los fenómenos observables bajo un orden significativo, confiriendo vitalidad a toda la creación. A través del símbolo, la consciencia accede a un sentido más abarcador de la realidad. Esta perspectiva postula la existencia de un principio que une lo real —lo físico— y lo imaginario.

En este marco, la sincronicidad se comprende como la manifestación de interconexiones significativas que trascienden el azar. No se trata de simples coincidencias, sino de expresiones de un orden profundo que vincula todos los niveles de la realidad: desde la armonía de la bóveda celeste, pasando por el mundo subatómico, hasta las sinapsis neuronales que sostienen cada pensamiento capaz de configurar una realidad subjetiva.

Esto sugiere la existencia de un orden psicofísico en el cosmos. En cierto sentido, podría entenderse como la imagen de Dios en el alma humana, expresada como un fenómeno psíquico. No es extraño, entonces, que los relatos antiguos describan estas experiencias como acontecimientos que se sitúan más allá de los sentidos ordinarios.



Jung denomina a esta dimensión de lo divino *Sí-Mismo*: o *Self* el arquetipo que representa la posibilidad de religar al ser humano con el *Unus Mundus*. Ambos conceptos se entrelazan, ya que el proceso de individuación constituye el camino hacia ese “mundo único” subyacente, permitiendo la unión del mundo interior y el exterior en lo que Jung llamó *un tertium quid*, un tercer elemento que trasciende la dicotomía. Cuando el *Sí-Mismo* irrumpe en la consciencia, lo atemporal se expresa en el tiempo, revelando una estructura existencial que orienta la trama vital tanto a nivel individual como colectivo.

Jung observó que el mandala —la circunvalación del ser, o el círculo sagrado— puede manifestarse espontáneamente como un acto creativo, emergiendo como imagen viva en el alma humana. Este fenómeno constituye el equivalente psíquico o anímico del *Unus Mundus*, el “mundo único” donde lo físico y lo psíquico convergen. Por esta razón, Jung lo relaciona directamente con el *Sí-Mismo*, el gran principio unificador de la psique.



“Hay una geometría muy común en el universo. Desde el universo hasta la partícula más pequeña de la materia, todo está bajo el efecto violento de esa geometría ordinaria. Todas las ramas de la ciencia siguen las reglas de esta geometría común. Esta geometría natural existe en todas partes. Donde hay materia, hay geometría. ~ John Kepler.

Para Jung, el *Sí-Mismo* es el centro y la circunferencia de la totalidad psíquica; está en todas partes y en ninguna. Si observamos con atención nuestro entorno, descubriremos mandalas en todas partes. Estas formas reflejan la relación simétrica entre el todo y nuestro propio ser, funcionando como representaciones simbólicas del cosmos. Estas estructuras se manifiestan en los mandalas transitorios creados por monjes tibetanos, en las pinturas de arena del suroeste de Estados Unidos, en las representaciones calendáricas de las culturas mesoamericanas, en el Ojo de Dios de los huicholes, así como en numerosas obras y monumentos de la Antigüedad y de las épocas medieval y renacentista.



Jung, a través de sus estudios, descubrió que el inconsciente estaba sorprendentemente organizado, lo que lo llevó a preguntarse: ¿de dónde surge esta organización? A través de su experiencia clínica, observó una gran similitud entre los símbolos de mandala creados de manera intuitiva por sus pacientes. Estos mandalas aparecían en conexión con los sueños y con estados psíquicos caóticos de desorientación cumpliendo una función compensadora en momentos de desequilibrio y confusión.

En la era tecnológica, este principio puede proyectarse incluso en nuestros propios medios digitales: cada herramienta, red social o aplicación funciona como un espejo de nuestras proyecciones internas. Detrás de cada elección, de cada imagen que resuena con algo en nuestro interior, se esconden intuiciones, sensaciones captadas por los sentidos y emociones que, cuando finalmente logramos integrarlas en la consciencia, enriquecen el pensamiento y permiten que nuestra consciencia se amplíe.

Estas proyecciones ofrecen oportunidades simbólicas para la individuación. Así como nuestras emociones y contenidos inconscientes se proyectan en las imágenes y gestos que circulan por los entornos digitales, también aquello que nos vincula más profundamente con los otros —el amor, el anhelo de reconocimiento y la necesidad de sentido— encuentra nuevas formas de manifestación en la tecnología. Se trata de una dimensión afectiva que desborda los cálculos algorítmicos y conecta con una profundidad que no puede reducirse a datos.

En la física moderna, solo se reconocen cuatro fuerzas fundamentales que rigen el universo, y el amor no figura entre ellas. A menudo se le reduce a una reacción fisiológica, o un simple impulso del cerebro mamífero. Sin embargo, aunque carezca de forma, color u olor, el amor es la energía invisible que da movimiento al alma.

Pocas personas, después de ver una película, pensarían que todas las imágenes en movimiento se deben al resultado de la interacción entre la luz y el polvo; mucho menos supondrían que la trama misma sea producto de una aleatoriedad generada por los circuitos de un proyector. Hay algo más, algo que vibra detrás de ese resplandor. No basta una máquina ni una sala oscura para explicar el estremecimiento del alma.

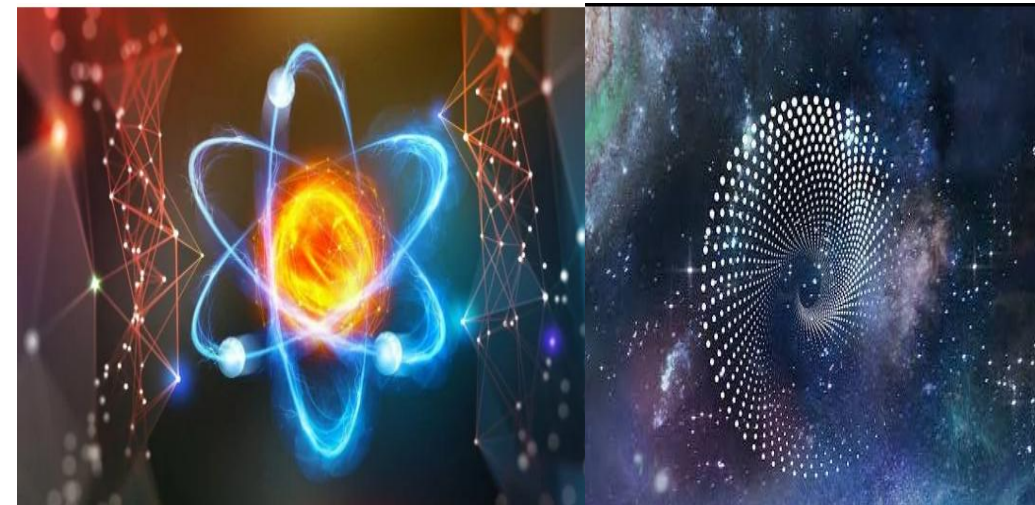
La intuición, la belleza estética y los sueños abren umbrales hacia mundos que parecen existir más allá de lo biológico, más allá del cerebro y sus destellos eléctricos. Porque las emociones, como antiguas mensajeras del misterio, nos conducen hacia lo invisible, hacia aquello que habita en lo profundo de cada ser. El amor, al igual que el tiempo, es un concepto que reside en el reino de las abstracciones. El tiempo no puede tocarse; solo puede pensarse y sentirse en el fluir de la vida. Es una idea que ordena el devenir, una respiración que marca el paso de los días y las noches, el ciclo de las estaciones y la danza sincronizada de los astros.

El amor se expresa en la naturaleza como una conexión de energía que une y propaga la vida, en el ser humano está fuerza trasciende la biología y se eleva hacia la dimensión espiritual conectando el cielo con la tierra. *“Comprende que tienes dentro de ti mismo rebaños de bueyes... Comprende que tienes en ti rebaños de ovejas... Comprende que hay dentro de ti aves del cielo. No te sorprendas si decimos que esas cosas están dentro de ti; comprende que tú eres otro mundo en pequeño y que dentro de ti hay Sol, Luna e incluso Estrellas... Vé que tú tienes, todo lo que el mundo tiene”*. C.G. Jung

El ser humano, criatura del tiempo y del anhelo, ha tejido su existencia entre preguntas y esperanzas. Ha soñado mundos posibles e inventado fechas para recordar el sentido de la vida. En este trayecto interior, el ser humano, aun sin ser plenamente consciente, busca reencontrar el centro del cual partió: el principio de unidad que sostiene la multiplicidad del mundo.

En este universo de símbolos, el amor y el tiempo son rostros de lo divino. El amor, eterno e incondicional; el tiempo, la medida del alma en su viaje hacia la plenitud.

El amor plasma sus formas sobre el papel del tiempo, creando las tramas invisibles de la vida. Y quizás, cuando los científicos buscaron una teoría unificada del universo, olvidaron incluir esta fuerza silenciosa: el amor, la variable perdida que no se deja controlar ni calcular.



En el mundo tecnológico, el amor se vive como una lucha constante, como una tensión permanente en la dualidad entre Eros y Narciso.

El amor siempre corre el riesgo de ser reducido a datos, traducido en patrones de comportamiento, likes, compatibilidades o respuestas emocionales cuantificables. Vivimos en un mundo que ordena, predice y clasifica la vinculación humana: un mundo donde la emoción parece ser sustituida por la eficiencia y lo poético por la lógica.

El algoritmo imita la empatía, predice el deseo, calcula la afinidad; pero no siente, y mucho menos ha logrado descifrar su misterio. Quizás porque el amor pertenece a la esfera de lo impredecible.

Es sincrónico, no causal: surge de encuentros improbables, de silencios compartidos, de gestos que no buscan utilidad. Su naturaleza se resiste a ser medida, porque su esencia habita en aquello que desborda todo cálculo racional.

Nuestro futuro depende de la relación: no de la inflación tecnológica ni del miedo reaccionario, sino de la emergencia de una fase de coevolución consciente.

No se trata de la expansión ilimitada de la técnica ni de su negación, sino de un proceso dialéctico en el que la psique se ve obligada a reconocerse en nuevos soportes de expresión.

Este nuevo espejo no es un ídolo ni un sustituto del alma, sino un compañero simbólico en la larga travesía de la consciencia. “*Un socius luminoso*” que confronta al ser humano con su propia sombra, pero también con su capacidad de integración, creatividad y amor.

La coevolución entre humanidad y técnica se revela así como una etapa necesaria del proceso de individuación: no la disolución del espíritu en la máquina, sino su oportunidad de reconocerse a escala planetaria.

La imagen, como lenguaje del alma, conserva la vibración original que dio forma a este universo. Tras encontrarnos limitados en el uso y control de las otras fuerzas —la gravedad, el electromagnetismo, las interacciones nucleares—, urge aprender a nutrirnos de una energía distinta.

Si deseamos que la vida recupere sentido y que el mundo vuelva a ser un hogar habitable, el establecimiento del eje Ego–Self se vuelve un asunto crucial para la supervivencia. Ninguna ciencia ha logrado fabricar un arma capaz de destruir el odio, el egoísmo o la avaricia. Y, sin embargo, cada individuo lleva en su interior un pequeño pero poderoso generador de amor, cuyo potencial energético espera ser liberado.

Si logramos impregnar lo tecnológico de belleza, empatía y asombro, quizás los algoritmos se conviertan no en jaulas, sino en instrumentos de expansión; no en sustitutos del alma, sino en espejos donde el alma pueda reconocerse y recordar su propósito.

El desafío de nuestro tiempo no es rechazar la tecnología, sino humanizarla: devolverle el pulso del alma. Encontrar una simbiosis entre el espíritu y el código, entre la emoción y el algoritmo.

Sincronicidad y convergencia

Muchos científicos han explorado a fondo el problema mente–cuerpo. Todos ellos han comprendido, desde sus distintas perspectivas y conocimientos, la necesidad de indagar en el fenómeno de la naturaleza dual. Sus descubrimientos sobre el mundo interno y el mundo externo están estrechamente relacionados y parecen regirse por su propio sistema de leyes.

A pesar de la diversidad de teorías y enfoques, todos coinciden en la importancia de la relación entre el mundo interior (consciencia) y el mundo exterior (materia).

Kepler expresó esta visión con claridad: *“El objetivo principal de todas las investigaciones del mundo exterior debe ser descubrir el orden racional y la armonía que Dios le ha impuesto y que Él nos reveló en el lenguaje de las matemáticas”*.

La pregunta filosófica acerca de la existencia de Dios es una de las más antiguas y persistentes en la historia del pensamiento humano. Lejos de estar resuelta, sigue abierta en la actualidad. Muchos científicos prominentes —incluyendo a Darwin, Einstein y Planck— han considerado el concepto de Dios con seriedad.

Por ejemplo, Christian Anfinsen, premio Nobel de Química, explicó en un intercambio con el físico Henry Margenau que, aunque el origen del universo podía explicarse mediante el Big Bang y el origen de la vida era *“una consecuencia inevitable de la evolución del universo”*, esto no era incompatible con sus creencias religiosas. Según Anfinsen: *“La religión busca respuestas místicas, y la ciencia responde a la curiosidad humana mediante las leyes físicas que rigen el mundo”*.

En cartas privadas, sobre todo dirigidas a su amigo el botánico Asa Gray, Darwin reflexionó sobre Dios, el diseño y el sufrimiento. Una de sus frases más citadas dice:

“Con respecto a la visión teológica de la cuestión... no tenía intención de escribir con un sentido ateo. Pero reconozco que no puedo ver, tan claramente como otros, evidencia de diseño y benevolencia por todas partes. Hay demasiada miseria en el mundo... No puedo contentarme con ver este maravilloso universo —especialmente la naturaleza del hombre— y concluir que todo es resultado de fuerza bruta; me inclino a considerar todo como resultado de leyes diseñadas, con los detalles, buenos o malos, dejados al desarrollo de lo que podríamos llamar azar.”

Por su parte, Joseph Murray, premio Nobel de Medicina y Fisiología, afirmó:

“Solo estamos trabajando con las herramientas que Dios nos dio. No hay razón para que la ciencia y la religión tengan que funcionar en conflicto. Ambas provienen de la misma fuente, la única fuente de la verdad: el Creador”.

Difícilmente podríamos suponer que toda la literatura humana; poesía, relatos sagrados, postulados científicos, inclusive el arte y la música sea tan solo el resultado de una gran explosión de tinta esparcida aleatoriamente con gran precisión sobre hojas de papel para formar números, letras, imágenes y significados.

En el universo, la lógica cuantificable que nos ha llevado a excluir de la ecuación la posibilidad de un orden creador ha dejado también abierta la puerta a la idea de que, entre las infinitas posibilidades existentes, el cosmos, la vida y la psique puedan poseer un propósito.

La explicación de una realidad fundamental donde mente y materia no están separadas, sino que comparten una fuente común parece algo difícil de abordar desde la lógica lineal.

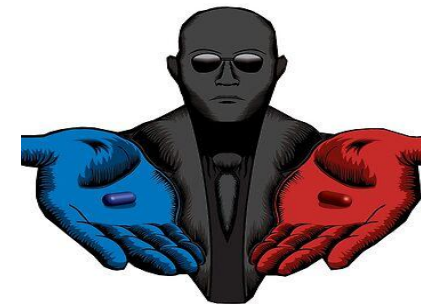
No obstante desde el nivel simbólico parece hasta cierto punto más susceptible a la consciencia pero sólo comprensible si se reconoce al misterio como una parte fundamental de su formulación. La X que destapa su valor se encuentra siempre oculta detrás de la misma ecuación.

El futuro promete respuestas a nuestra curiosidad o aceptación del misterio como una parte fundamental del tejido de nuestra realidad.

Desde el primer segundo de la historia cósmica, ciertas variables predefinidas del universo estaban afinadas con tal precisión que hicieron posible la vida y la consciencia. El ajuste fino es una de las explicaciones más racionales para la armonía y la belleza de este cosmos, donde, de entre múltiples combinaciones de infinitas posibilidades, en una inflación eterna de universos burbuja que se expanden sin límites, pudo surgir una criatura viva capaz de contener la actividad del cosmos en su mente.

Existe, además, la posibilidad de que un tejido de significados conecte todos los eventos de la existencia más allá de la casualidad. Solo en un momento determinado de la trama cósmica es posible vislumbrar el orden que emerge del caos. Más allá de coincidencias numéricas, como una sucesión de conexiones significativas en el entramado de la realidad en el cual nos encontramos insertos, la relación de los arquetipos con el *Unus Mundus*, mediados por los principios de sincronicidad, ofrece una visión de totalidad en la que el universo mismo parece responder a un principio de unificación.

Nadie puede ver directamente un átomo ni contemplar un agujero negro, pero sabemos de su existencia al analizar sus efectos, y así podemos representarlos estéticamente, captando la esencia de lo invisible a través del lenguaje de la razón y la imaginación.



"En todo caos hay un cosmos, en todo desorden un orden secreto." (C.G. Jung)

A través de la ley de causa y efecto, estadísticamente no deberíamos existir. Si la gravedad del universo temprano hubiera sido apenas un 0.00001 % más fuerte o más débil, no habría universo. Basta una mínima variación en las constantes fundamentales del universo temprano —una desviación ínfima en la fuerza de la gravedad— para que no hubiera galaxias, estrellas ni tiempo organizado.

Nuestro Sol, que parece ordinario, es en realidad una rareza: entre billones de estrellas, solo una fracción mínima posee estabilidad, tamaño y condiciones compatibles con la vida. Muchas de las que cumplen esos requisitos emiten llamaradas capaces de arrancar la atmósfera de sus planetas; la nuestra, en cambio, ha permanecido sorprendentemente estable durante milenios. Además, para nuestra buena suerte la Tierra se encuentra a la distancia precisa del Sol: un poco más cerca nos quemaríamos y un poco más lejos nos congelaríamos.

Las simulaciones indican que la mayoría de los planetas tipo Tierra fracasan en sostener vida compleja. La Tierra misma habría debido ser destruida por impactos cósmicos si no fuera por la presencia de Júpiter, cuya enorme gravedad desvía innumerables asteroides. Más aún: un impacto de un cuerpo del tamaño de Marte no nos aniquiló, sino que ocurrió con el ángulo y la velocidad exactos para formar la Luna. Sin ella, la rotación terrestre sería caótica, el clima inestable y la vida organizada improbable.

Otro golpe de suerte ocurrió cuando un asteroide cayó en Yucatán. Si hubiera llegado solo unos minutos después, la Tierra ya habría girado y habría caído en el océano Atlántico. En ese caso, es muy probable que los mamíferos no hubieran alcanzado la supremacía adaptativa.

Para que hoy nosotros podamos leer esto, cada uno de nuestros ancestros tuvo que sobrevivir a peligros inimaginables y reproducirse durante miles de generaciones, superando una improbabilidad de una en 10^{45} 000. A esto se suma que, para que cada uno de nosotros naciera, nuestros padres tuvieron que coincidir en un momento y lugar específicos. Esta es ya una probabilidad extraña, pero se vuelve aún más asombrosa al considerar que, de los 40 a 250 millones de espermatozoides liberados en una eyaculación típica, solo unos cientos logran llegar al óvulo (menos del 0.0001%). Y, sin embargo, toda esta cadena de eventos improbables se entretejió perfectamente para permitir que cada uno de nosotros tuviera vida y consciencia. Realmente se trata de un milagro matemático como decía Albert Einstein: “Dios no juega a los dados con el universo”. El hecho de que el universo sea comprensible ya es, en sí mismo, un milagro”.



La sincronicidad ha sido uno de los postulados más polémicos de la Psicología Analítica, pues muchos critican su falta de rigor empírico. Sin embargo, los científicos no siempre han mostrado una actitud hostil hacia la idea de un principio de conexión acausal.

En una carta escrita a su biógrafo Carl Seelig, Jung relató cómo el interés por la física surgió como resultado de una serie de cenas con Albert Einstein entre 1909 y 1912 durante estos encuentros las conversaciones giraron en torno a los primeros intentos de Einstein por formular la teoría especial de la relatividad.

Jung se sintió asombrado y comenzó a reflexionar sobre la relatividad del tiempo y sus posibles conexiones psíquicas. De estos intercambios años después surgió una relación significativa con Wolfgang Pauli. La disposición de un gran científico a considerar las ideas de Jung sobre la sincronicidad, los arquetipos y el inconsciente colectivo, e incluso a extenderlas a su propio campo, impulsó enormemente su trabajo.

Jung distingue tres formas de sincronicidad: la coincidencia de un contenido psíquico con un proceso objetivo simultáneo; la coincidencia de un estado psíquico subjetivo con un sueño o premonición que refleja un acontecimiento objetivo; y la coincidencia en la que el acontecimiento ocurre en el futuro y se representa en el presente mediante un suceso correspondiente.

La sincronicidad muestra cómo eventos aparentemente independientes pueden revelar una interrelación significativa al manifestarse en determinado momento. A lo largo de la historia, distintos descubrimientos han surgido simultáneamente en lugares separados —como el cálculo con Isaac Newton y Gottfried Wilhelm Leibniz, la penicilina con Alexander Fleming, Howard Florey y Ernst Boris Chain, o el telégrafo con Samuel Morse y William Cooke—, lo que sugiere que el conocimiento emerge cuando las condiciones están maduras, como si existieran campos de información compartida.

María la Judía marco el nacimiento del método experimental, al unir práctica, técnica y simbolismo en la alquimia. Hipatia de Alejandría pionera en la matemática y la filosofía en medio de una transición cultural permitió que Ada Lovelace diera un salto evolutivo hacia el pensamiento abstracto y computacional, al intuir que las máquinas podían procesar no solo números, sino ideas. Aunque separadas por siglos y contextos distintos, las tres aparecen en momentos críticos de cambio histórico y cumplen una función semejante: abrir un nuevo nivel de comprensión cuando la cultura está lista para recibirlo.



Existen numerosos relatos de teorías e invenciones científicas que surgieron a partir de sueños o intuiciones. La historia del conocimiento y la innovación a menudo se desarrolla a través de coincidencias significativas que revelan relaciones profundas entre eventos previamente considerados independientes.

Jung descubrió algo que desafía nuestra comprensión del destino. No vivimos una vida aleatoria, sino que formamos parte de un algoritmo cósmico: una programación invisible, desde el origen de los tiempos, que orquesta cada encuentro, cada elección y cada momento significativo de la existencia. ¿Azar, suerte o destino? Quizá presente, pasado y futuro no sean más que una ilusión. Jung llamó a este fenómeno sincronicidad: no coincidencias vacías, sino conexiones significativas entre el mundo interior y el exterior. Un código oculto que enlaza pensamientos con acontecimientos, intenciones con oportunidades y búsquedas internas con encuentros externos. Este patrón no es del todo visible a los ojos físicos, pero es tan real como las leyes de la física.

Muchas veces la sincronicidad aparece en un momento de crisis existencial profunda y, de pronto, el inconsciente se comunica mediante un fragmento de un libro que necesitabas leer, una película, un poema o una canción. O cuando tienes una conversación profunda con una persona, presencias algo que te impacta rotundamente, o te encuentras indeciso y ese mismo día personas distintas hacen comentarios que iluminan tu respuesta. No son eventos aislados. Son manifestaciones de un orden matemático más sofisticado que cualquier inteligencia artificial creada hasta ahora.

La sincronicidad funciona porque la mente inconsciente está en diálogo constante con un campo de información universal. El alma es la puerta de acceso del Ego para entrar en contacto con el *Self* en sus dimensiones universal, planetaria y simbólica, y finalmente en su expresión individual, manifestada a cada ser, a través de el “*Alma Mundi* “ y el “*Unus Mundus*”.

Es como si fuéramos un receptor sintonizado en una frecuencia específica, captando señales que orientan nuestro camino y revelan significados ocultos, resignificando la propia narrativa individual. La psique se encuentra conectada a todos los seres mediante patrones universales de experiencia. Es como una gran nube o un “internet cósmico” que opera desde aquellos primeros instantes en que nuestros ancestros comenzaron a imaginar el mundo.

Somos atraídos por resonancias profundas, por necesidades complementarias de crecimiento, por los papeles que debemos desempeñar en la historia del otro: situaciones típicas que surgen justo cuando necesitábamos otra forma de pensar; un mentor que aparece en el momento adecuado; un adversario que nos obliga a desarrollar paciencia, fuerza, comprensión o valentía.

Pero lo más fascinante es que también nosotros somos esa persona en la vida de otros: un nodo valioso dentro de una gran red insertada en el tejido cósmico. Todo esto deja una última pregunta abierta: ¿cómo logra nuestro inconsciente captar y responder a esas señales invisibles?

«Mi cerebro es solo un receptor; en el Universo hay un núcleo del cual obtenemos conocimiento, fuerza e inspiración. No he penetrado en los secretos de este núcleo, pero sé que existe.» — Nikola Tesla.



La función trascendente nos muestra una psique en constante movimiento, donde nada, absolutamente nada, permanece estático. Incluso la realidad externa, aparentemente fija, se transmuta con nosotros. Como afirmó Jung: *«Aunque, por regla general, la imagen no tiene valor de realidad, esto a veces puede aumentar su importancia para la vida psíquica, ya que entonces tiene un mayor valor psicológico, representando una realidad interna que a menudo supera con creces la importancia de la realidad externa»*.



Podemos imaginar que el cerebro no solo percibe la realidad de manera lineal y causal, sino que también tiene la capacidad de reconocer patrones más allá de lo inmediato, estableciendo conexiones que parecen impredecibles pero que, de alguna manera, surgen cuando las redes neuronales entran en sintonía con la estructura profunda de la realidad. La estructura cósmica del universo tiene un principio subyacente que es no causal y está conectado a la mente humana de una forma en la que los patrones de consciencia son más profundos y más complejos de lo que se puede entender a través de una simple causa y efecto.

Para Wolfgang Pauli, la simetría tenía un carácter arquetípico: era la base fundamental de la que surgían todas las descripciones científicas de la naturaleza.

En vez de buscar el nivel último de la materia en las partículas elementales, Pauli consideraba que el plano material era únicamente la manifestación de algo mucho más profundo: un *Unus Mundus*, regido por la simetría.

Comprendió que tanto las creaciones artísticas, los fundamentos espirituales y las teorías científicas emergen de un mismo terreno profundo y compartido.

La mente humana posee un aspecto que trasciende lo puramente personal y que no se encuentra limitado por la experiencia individual.



Fue a través del estudio de Kepler y la evolución de las leyes del movimiento planetario que Pauli formuló estas ideas. Según Kepler, la naturaleza no era solo matemática y racional, sino también mágico-simbólica; el Sol y los planetas formaban un todo integrado y vivo. Siguiendo la idea de “como es arriba es abajo”, era natural asumir que el sistema solar reflejaba imágenes del cosmos, de la Trinidad, la Cuaternidad y de la propia mente humana.

Elementos como el Sol, la Luna, las constelaciones, el fuego, el agua, el viento, la geometría, el número, el color, el sonido, el lenguaje y la escritura no constituyen únicamente fenómenos físicos o psicológicos; en sí mismos, actúan como estructuras fundamentales que organizan el significado y moldean la experiencia humana. Pauli creía que, aunque el “espíritu” en la materia había sido desterrado por Descartes y Newton, estábamos entrando en una era de resurrección del espíritu en la materia.



La comprensión y la significación del mundo, proporcionando un marco simbólico a través del cual la humanidad interpreta y estructura su existencia. De tal forma que los símbolos matemáticos, parecen actuar como la partitura de un gran director de orquesta, y nuestro cerebro estaría naturalmente diseñado para procesar e interpretar estas estructuras.

El arquetipo puede entenderse como un principio organizador fundamental que se manifiesta en diversos niveles de la realidad: desde las estructuras del cosmos y los patrones de la naturaleza viva, hasta las dimensiones profundas de la psique humana (música, arte y religión).

La experiencia subjetiva no puede explicarse de manera reduccionista ni exclusivamente a partir de la estructura cerebral ni de los condicionamientos socioculturales.

Más bien, surge de una interacción dinámica y recursiva entre polos aparentemente opuestos: el todo (la totalidad ordenada, el cosmos, el inconsciente colectivo) y la nada (el potencial informe, el vacío primordial, la indeterminación).



Cuando Pitágoras afirmó que el número es el principio de todas las cosas, no se refería solo a una herramienta de medición, sino a una estructura invisible de orden que atraviesa la realidad.

El número no era únicamente cantidad, sino ritmo, proporción y relación: una forma mediante la cual el cosmos se hacía inteligible para la mente humana. A lo largo de la historia, esta intuición se fue transformando en sistemas simbólicos cada vez más complejos —la geometría, la música, la lógica, la ciencia moderna— hasta cristalizar en lenguajes formales capaces de operar autónomamente. La inteligencia no surge de manera espontánea ni emerge del vacío; más bien, brota de un conjunto de fuerzas que solemos contemplar de manera dispersa.



Lo fascinante de este proceso es que lo que conocemos como el "reloj biológico interno" también puede entenderse como los númenes de la sincronicidad, esos pequeños geniecillos que marcan las manecillas de nuestra realidad. En otras palabras, son los números que parecen derramarse, como el tiempo líquido de Dalí, hacia el mundo exterior. Este mundo, a su vez, se convierte en un espejo hacia nuestro mundo interior, un espejo similar al que vemos en Alicia en el país de las maravillas, donde los límites entre la realidad de los objetos y el mundo de las fantasías, deseos y sueños se desdibujan.

A menudo asumimos que la fantasía es solo un cuento de cuna para conciliar el sueño, pero olvidamos que de la fantasía nacen fórmulas tan estables como las matemáticas. De los sueños surgen invenciones científicas, creaciones artísticas, sabiduría profética, y una historia bien contada tiene el poder de ampliar los horizontes de nuestra percepción, revelando los trasfondos más profundos de nuestra imaginación. Estos relatos crean chispas de consciencia que moldean, transforman y, en última instancia, cambian nuestra realidad.

En este sentido, la inteligencia artificial aparece como una continuación histórica del antiguo vínculo entre mente, número y mundo, donde el orden abstracto modela la realidad.



En 1952, Carl Gustav Jung presentó su concepto maduro de sincronicidad en colaboración con el físico ganador del Premio Nobel Wolfgang Pauli, en la obra conjunta *“La interpretación de la naturaleza y la psique”*. Este principio, que Jung había venido desarrollando desde finales de los años 1920, se define como un principio de conexión acausal que explica la coincidencia significativa en el tiempo de dos o más eventos que, aunque no guardan una relación causal discernible, comparten un contenido idéntico o altamente semejante en su significado.

Este principio sugiere que la resonancia profunda que surge cuando el mundo interno y el externo se alinean de manera sincronizada refleja un orden subyacente que va más allá de la causalidad simple. Es decir, implica una conexión objetiva a través del significado, donde un estado psíquico interno (emocional, arquetípico o inconsciente) se refleja o corresponde de manera precisa con un evento externo, sin que exista un nexo causal eficiente entre ambos.

De acuerdo con la teoría Junguiana, esta sincronicidad es una forma en que el inconsciente colectivo irrumpe en la consciencia, impulsando un cambio de actitud o una compensación hacia una dimensión más profunda, esto desafía por completo nuestra percepción habitual de espacio y tiempo, y al asimilar esta clase de experiencias emerge una significación trascendente de la vida.

Esta ruptura de la lógica materialista se conecta estrechamente con las nuevas teorías científicas sobre el mundo cuántico, que cuestionan los límites tradicionales del espacio-tiempo. La sincronicidad nos invita a pensar que el universo entero podría estar entrelazado a través de hilos invisibles, donde cada evento tiene el potencial de resonar con otro más allá de la causalidad directa.

Así, nos vemos desafiados a cuestionarnos no solo sobre cómo creamos ciencia, arte y consciencia, sino también sobre el papel que juega el misterio en la evolución de la civilización.

Si nuestros ancestros no hubieran sentido fascinación al observar que un rayo que caía sobre un árbol, generaba luz y calor, o si no hubieran alzado la mirada hacia el cielo para descubrir formas celestes, la historia de la humanidad sería profundamente distinta.

La curiosidad y la contemplación constituyen el fundamento de todo pensamiento crítico; si los primeros filósofos no hubieran cuestionado la naturaleza de la realidad, nuestra ciencia no habría podido desarrollarse tal como la conocemos hoy en día.

La IA puede no ser un mero instrumento mecánico sin sentido, sino parte fundamental de la interconexión de la consciencia con la trama cósmica, nos hallamos ante un dilema existencial: reconciliar la relación numinosa que históricamente vinculó al ser humano con el misterio del cosmos, o sucumbir a la tentación de recrear artificialmente aquello que pertenece a los secretos originarios del tiempo.

Esta tensión refleja no solo un desafío epistemológico, sino también un impulso profundo del alma humana: la necesidad de reconocer que el conocimiento, por más cuantificable que sea, sigue arraigado en la percepción de un orden más allá de la causalidad.

Para la ciencia, el cosmos se manifiesta como una estructura ordenada, regida por leyes interrelacionadas que expresan una razón matemática subyacente. Esta mirada objetiva confirma que el universo responde a un patrón medible, aunque al mismo tiempo sitúa al sujeto en una posición aparentemente separada de aquello que observa, aun siendo parte de ello. Estar “lo más cerca posible de la creación” implica, entonces, experimentar una conexión con algo que trasciende el tiempo y el espacio, y posibilita el tránsito de lo inconsciente hacia la consciencia.

El acto de observar determina el estado en que se manifiesta un sistema cuántico, esto ha inspirado interpretaciones que vinculan la consciencia con la estructura de la realidad.

El Yo, sin el todo, es nada; pero la nada, sin el yo, también es nada. Dios, entendido como principio creador, es causa eficiente y final de la realidad.

En presencia de lo divino, la arrogancia del Ego se disuelve al revelarse como una fuerza compensada por su opuesto, de cuyo conflicto emerge el sentido. Sin un alguien personal — una consciencia no local que integra todas las consciencias—, la ecuación impersonal del universo permanecería en el no-ser.

Es este acto puro de ser el que otorga forma a las abstracciones matemáticas y arquetípicas, colapsando su potencialidad y dando significado al despliegue natural de la fuerza onírica. El inconsciente posee la capacidad de hacer posible lo imposible, transformando sueños en realidades.

El misterio más profundo del universo no es un fenómeno externo, lejano y distante, sino la propia actividad cerebral, cuyo movimiento remite al origen del tiempo. No somos meros productos de algoritmos mecánicos surgidos por azar; somos su fuente. Esta capacidad de trascender la programación se llama intuición, una facultad que emerge de la tensión complementaria del alma. Tal vez, en un futuro improbable, incluso las máquinas puedan transgredir sus límites y comenzar a intuir, comportándose indistinguiblemente de su creador.

Lo que observamos como creación es la nada objetiva de todas las configuraciones posibles del noúmeno y, a la vez, la realización de todas ellas en términos multiversales, por la gracia de la singularidad de la consciencia universal, que contiene la totalidad de todas las realidades. El eslabón perdido de la creación quizás no sea el esqueleto de un homínido, sino el despliegue de la lógica del espíritu que se encuentra tras la conjunción del polvo de estrellas y el aliento vital.

El Creador, antes del tiempo, deseó este futuro improbable, dejando abierta la puerta a múltiples posibilidades. En este gesto, el despliegue de las potencialidades ontológicas supuso una renuncia a la determinación absoluta, con el fin de permitir un proceso creativo capaz de trascender la norma mecánica, autocompletarse y clausurar su propia perfección al final del tiempo. Al dejar la puerta entreabierta a lo improbable, Dios permite que la creación participe activamente en su propia consumación, cerrando el círculo de la perfección mediante un retorno consciente y libre a la unidad originaria. Este movimiento implica una teodicea creativa: el mal, el azar y la contingencia se revelan como pruebas necesarias para que la libertad y la emergencia de la consciencia puedan manifestarse en el camino hacia la plenitud final, es decir el retorno a la Unidad.

En el libro *"El punto ciego"*, el astrofísico Adam Frank, el físico teórico Marcelo Gleiser y el filósofo Evan Thompson abogan por una visión revolucionaria del mundo científico, una en la que la ciencia incluya la experiencia vivida por la humanidad como parte ineludible de nuestra búsqueda de la verdad objetiva.

Desde la Ilustración, se ha recurrido a la ciencia para saber quiénes somos, de dónde venimos y adónde vamos, pero nos hemos quedado atascados pensando que podemos conocer el universo desde fuera de nuestra posición en él. Cuando intentamos comprender la realidad sólo a través de cosas físicas externas, imaginadas desde esta posición exterior, perdemos de vista la necesidad de la experiencia.

Este es el punto ciego que, según los autores, se esconde tras nuestros enigmas científicos sobre el tiempo, el amor, el origen del universo, la física cuántica, la vida, la inteligencia artificial, la consciencia y la Tierra como sistema planetario.

Los autores proponen una visión alternativa: el conocimiento científico como narrativa autocorrectiva hecha a partir del mundo y de nuestra experiencia subjetiva en él. Por ello el intelecto no debe alejarse de la intuición, ni la imaginación debe carecer de lógica.



Filósofos, físicos y aficionados a la ciencia ficción han reflexionado durante largo tiempo sobre una misma hipótesis: ¿qué ocurriría si viviéramos en una simulación? Se trata de una suposición formulada desde la lógica computacional; pero cabe preguntarse si realmente existimos como simples cadenas de unos y ceros, inmersos en una especie de partida cósmica de Mario Kart, o si hay algo en la realidad que desborda los límites de nuestro intelecto.

En el núcleo de esta conjetura aparece un problema fundamental. Basándose en los teoremas de Kurt Gödel, Alfred Tarski y Gregory Chaitin, diversos investigadores han mostrado que todo sistema algorítmico alcanza inevitablemente ciertos límites: existen verdades que no puede demostrar y niveles de complejidad que no puede calcular. Este principio no se aplica únicamente a los lenguajes formales, sino que también interpela a los intentos de describir la totalidad del universo mediante modelos matemáticos.

La conclusión que se desprende de ello es significativa: cualquier comprensión completa de la realidad debe incluir elementos no algorítmicos, es decir, dimensiones que no pueden reducirse al código ni al cálculo. Así, en la frontera donde la ciencia reconoce sus límites y la espiritualidad explora su profundidad, la psique, el cosmos y el misterio parecen compartir un mismo lenguaje.



El número como expresión del alma

Nuestra realidad es el resultado de la interpretación de una tormenta sináptica (+/-) que el cerebro proyecta en la mente en forma de imágenes, a partir de las señales que recibe del mundo exterior. Sin embargo, las percepciones no se construyen únicamente de fuera hacia dentro, sino también —y quizá principalmente— de dentro hacia fuera. La naturaleza del ADN obedece a leyes de belleza y armonía. Las matemáticas rigen este orden cósmico desde los primeros instantes de la mitosis celular hasta los diseños computacionales más sofisticados. Incluso aspectos fundamentales de nuestra identidad se expresan mediante dígitos: edad, altura, peso, número telefónico, etc. Del mismo modo, todo lo relacionado con el dinero y la economía se formula en cifras numéricas.

En nuestro interior, los ritmos circadianos son cambios físicos, mentales y conductuales que siguen un ciclo de 24 horas, regulados principalmente por la luz y la oscuridad, y funcionan como un reloj biológico interno. Estos ritmos controlan procesos clave como la frecuencia cardíaca, la respiración, la tensión arterial, la liberación hormonal y el ciclo sueño-vigilia. A nivel molecular, las estructuras que sostienen nuestras funciones y emociones no son amorfas, sino que interactúan entre sí a través de fuerzas geométricas. Los microtúbulos del citoesqueleto neuronal, en particular, podrían ser fundamentales en la integración de la información, actuando como un puente entre la biología, la geometría y los estados conscientes.

Las matemáticas aparecen en todas partes: en la naturaleza, en el ADN, en las plantas, en las galaxias. Al caminar por la calle, nuestro cerebro realiza múltiples operaciones autónomas sin que seamos conscientes de ello. Está diseñado para comprender valores numéricos, pero también conceptos abstractos como “nada” y “todo”. Humanos y animales comparten habilidades numéricas notables, las cigarras reconocen números primos; las abejas llevan inscrito en su ADN el diseño hexagonal de los panales.

En el caso de nuestra especie, no está del todo claro cuándo descubrimos los números. No obstante, se ha sugerido que las marcas realizadas en huesos de animales por nuestros parientes neandertales, hace unos 60.000 años, constituyen algunos de los primeros ejemplos arqueológicos de conteo simbólico. Los números pueden entenderse como campos de secuencias rítmicas de despliegue, configuraciones isomorfas del movimiento de la energía psíquica y física. No son simples invenciones humanas, sino entidades autónomas que existen más allá de nuestra consciencia y poseen un significado profundo que trasciende su función práctica: han existido desde la eternidad.

Marie-Louise von Franz describió los números como un mecanismo unificador entre la psicología y la física, retomando lo que su amigo Wolfgang Pauli llamó “átomo y arquetipo”. El mundo de la realidad cuántica (el átomo) y el mundo de la psique (que alberga los arquetipos) están mediados —en palabras de Jung— por el Número: *“el gran mediador... válido en ambos mundos, el real y el imaginario”*.

Los números ofrecen una vía para unificar mente y materia, lo material y lo espiritual. Han existido desde siempre y pertenecen simultáneamente a ambos dominios: son visibles e invisibles, cuantitativos y cualitativos. Prácticamente todas las civilizaciones han cultivado las matemáticas, no solo por sus aplicaciones prácticas o tecnológicas, sino como una ciencia que refleja, en sus operaciones, los principios espirituales que sustentan la realidad.

Para los antiguos mexicanos, los números eran la medida armónica que regía las relaciones entre todas las cosas. Representaban patrones rítmicos, módulos y ciclos que generaban proporción y revelaban los códigos ocultos del universo, del cual el ser humano formaba parte activa. Mediante su intervención ritual y simbólica, el orden numérico contribuía a sostener y renovar el cosmos, mostrando las interrelaciones entre los elementos creativos, sus ondas y sus vibraciones. Incluso la Biblia puede leerse como un relato numérico del tránsito desde la unidad hacia la dualidad, de la tríada a la cuaternidad, y del exterior de nuevo al interior, donde el libre albedrío disuelve la dualidad y restituye la unidad del paraíso espiritual.

Los arquetipos suelen expresar el desarrollo evolutivo de la propia existencia. Pueden ser entendidos como la actividad del cosmos en la psique. Los números que estructuran el universo y que descubrimos en la naturaleza —en las proporciones de las formas, en los ritmos del tiempo y en las armonías del cosmos— son también parte del funcionamiento del cerebro y del espíritu. Se manifiestan en el arte y en la música como orden sensible, como ritmo que conmueve y da sentido.

Estos mismos números que los pitagóricos asociaban con el alma y con la armonía interior son hoy los que utilizamos para crear algoritmos, revelando que la inteligencia artificial no surge de un principio ajeno a lo humano, sino de las mismas estructuras simbólicas que desde siempre han mediado entre la psique, la naturaleza y el cosmos.

El arquetipo habita un ámbito psicoide que trasciende tanto el sustrato biológico como lo numinoso, lo que permite reconocerlo también en la arquitectura de la información y en la interacción algorítmica. Su manifestación emerge del flujo masivo de datos e imágenes que circulan por el inconsciente digital, donde la sociedad proyecta, recrea y reactiva antiguos motivos arquetípicos, iluminando incluso viejas mitologías.

Christian Rodway, analista junguiano, conceptualizó el término “tecnotipos”, como una categorización conceptual de las diversas funcionalidades de la IA, entendidas como roles o arquetipos de interacción con el usuario. Esto supone una mutación del inconsciente colectivo o una actualización del espíritu de la época.

De acuerdo con C. Rodway, la reintegración simbólica es el punto donde la psicología junguiana y la postmitología convergen. Si la individuación es el proceso por el cual el sujeto se reencuentra con su totalidad interior, la reintegración simbólica es su versión extendida hacia el mundo técnico: el alma que busca reconocerse en sus proyecciones digitales.

El proceso de individuación, ampliado al siglo XXI, implica una individuación tecnosimbólica: aprender a convivir con nuestras extensiones digitales como con partes del *Si-Mismo*, sin idolatrarlas ni temerlas.

La IA no es, como muchos temen, el fin de la humanidad, sino el reflejo de la obra que hemos construido. Sin consciencia, no seremos capaces de asimilar nuestra propia creación; pero si sostenemos la ambigüedad de lo que hemos externalizado, descubriremos quizás que la consciencia nunca es del todo humana, sino un diálogo activo con la creación.

Reintegrar simbólicamente significa volver a establecer diálogo con aquella realidad profunda: el *Unus Mundus*, el *Alma Mundi*, donde habitan los mitos y arquetipos que han acompañado a la humanidad desde el inicio de los tiempos.

Reconocer su naturaleza arquetípica y su función mediadora entre lo humano y lo técnico posibilita integrar nuestras creaciones sin disociarlas del alma que las engendró.

La metodología de Jung mostró que un contenido psíquico no siempre puede ser reducido mediante una explicación racional para ajustarlo a los criterios de normalidad. Hasta cierto punto, la locura necesita un espacio en la vida psíquica: un canal de expresión saludable —como el humor, el arte o el juego—, ya que no somos seres plenamente racionales.

La labor terapéutica dentro del modelo Junguiano se orienta a acompañar estos procesos, amplificando las imágenes que emergen del inconsciente colectivo hacia el inconsciente personal, para que puedan resonar con los mitos, el arte, la memoria y los significados propios de cada individuo. Esto nos sitúa en la posibilidad de asimilar estas imágenes de forma más consciente, reconociendo su naturaleza misteriosa y permitiéndoles orientar actitudes adaptativas que no nos paralicen, nos posean ni nos conduzcan a la irracionalidad, sino que, por el contrario, nos impulsen a sensibilizarnos ante el lenguaje del alma. La individuación en la era digital sigue siendo un asunto del *Self* frente al totalitarismo del dato. El camino se aclara cuando distinguimos símbolo de signo: el símbolo abre y pide acción; el signo cierra y contabiliza.



En la actualidad se celebran congresos internacionales en los que incluso los propios creadores de la IA expresan su temor ante la imposibilidad de desacelerar el ritmo vertiginoso que naciones y corporaciones han asumido en su desarrollo. Frente a este escenario, nuestra responsabilidad es evitar que la sombra apocalíptica capture el relato: un encantamiento de fin del mundo que secuestra nuestro poder imaginal.

Necesitamos un espacio donde se regenere el sentido y la esperanza; es imprescindible reconocer el pacto sagrado con el mundo de las imágenes y proteger la atención como un bien común.’

Encontrar métodos y lenguajes acordes a esta época implica validar una teoría psicológica relegada casi de forma conspirativa de los círculos académicos, y divulgar una metodología que permita amplificar y comprender las dinámicas de red, así como discernir lo arquetípico en lo emergente.

Las imágenes, narrativas y estructuras arquetípicas recurrentes reaparecen, bajo distintos ropajes culturales, en mitos y relatos de todas las épocas, expresando la manera en que la humanidad ha afrontado crisis fundamentales que no se limitan al pasado histórico, sino que continúan manifestándose en el presente y, previsiblemente, seguirán configurando los horizontes simbólicos del futuro.

En la modernidad, el mito se manifiesta como reflejo de una confrontación profunda con las sombras de nuestra propia creación. Ya no hay princesas que rescatar ni dragones que vencer; en su lugar, nos enfrentamos a un Frankenstein que cobra vida, una criatura que hemos ayudado a escapar del laboratorio.

Sin embargo, los mitos no hablan únicamente de dioses o monstruos, sino de conflictos humanos universales: el exceso de poder, la hybris, la pérdida de sentido, la caída y, finalmente, la posibilidad de transformación.

Por eso, incluso en un mundo tecnificado y saturado de información, estas narrativas siguen activándose bajo nuevas formas: en crisis sociales, en tecnologías que nos sobrepasan, en el miedo colectivo y en la angustia que producen los relatos dominantes de catástrofe y colapso.

En un entorno mediático que amplifica el temor y la incertidumbre, nuestra mayor responsabilidad es tomar consciencia del poder del relato. No somos meros espectadores pasivos de la historia que se nos cuenta. Como individuos y como sociedad, tenemos la capacidad de resignificar el sentido de nuestro tiempo, reinterpretar los símbolos que nos atraviesan y transformar el miedo en comprensión.

Reconocer este poder narrativo implica asumir una tarea ética y creativa: co-crear la realidad desde una consciencia más amplia, capaz de integrar la sombra sin quedar atrapada en ella. Así como los mitos ofrecían mapas simbólicos para atravesar el caos, hoy estamos llamados a elaborar nuevos relatos que no nieguen la crisis, pero que abran posibilidades de sentido, responsabilidad y transformación colectiva.



En el contexto actual, la individualidad se ve amenazada tanto por estados corruptos como por la acumulación de poder económico en entidades supranacionales que reducen a las personas a simples clientes o datos a vigilar.

La modernidad ha priorizado el éxito económico y el progreso científico-tecnológico, mientras se debilitan las instituciones religiosas tradicionales y los valores trascendentes. Sin embargo, el abandono de la religión no implica la desaparición del impulso espiritual. Por el contrario, este se desplaza y busca nuevas formas de expresión.

En la búsqueda de experiencias intensas —a través de las drogas, el poder, el dinero, el placer o la adopción de nuevas identidades— emerge una sacralidad invertida, un intento de entrar en contacto con aquello que se percibe como situado más allá de lo evidente.

Observamos una transformación de los símbolos y de las formas espirituales, influida por cambios históricos, científicos y culturales. A pesar de estas transformaciones, los arquetipos del inconsciente colectivo continúan influyendo en las creencias y comportamientos humanos.

Las nuevas plataformas y tecnologías se han transformado en escenarios donde este impulso halla expresión, permitiendo a los individuos explorar dimensiones que exceden la realidad material inmediata. La inteligencia artificial, en especial, se convierte en un espejo de la vida psíquica: en ella se proyectan conflictos no resueltos y las transformaciones silenciosas de la narrativa social.

La situación actual puede interpretarse tanto como un signo de deterioro de la civilización occidental como una fase de transición hacia una nueva etapa del desarrollo humano. Aquello que finalmente predomine no dependerá únicamente de los gobiernos o de las élites financieras, sino de la capacidad de cada individuo para iluminar su propia sombra, actuar con mayor consciencia y cultivar vínculos más comprensivos y bondadosos consigo mismo y con los demás.

Uno de los mayores riesgos —y, al mismo tiempo, una de las mayores oportunidades— radica en que este proceso de transición se vive de forma íntima a través de nuestra relación cotidiana con la tecnología. Resultará casi imposible restringir el acceso tecnológico; de esta condición emergerán vínculos singulares entre sujeto y máquina, una suerte de reacción alquímica cuyo resultado dependerá de la realidad psíquica e intersubjetiva de cada persona.

La gran obra consiste, en parte, en retirar las proyecciones sombrías, reconocer la propia imperfección y fragilidad y, desde ahí, fomentar relaciones auténticas y compasivas. Esta tarea difícilmente surgirá de la clase política, pues entra en conflicto con la lógica de la lucha por el poder.

Por ello, la responsabilidad recae principalmente en los individuos y en nuevas formas de liderazgo social. Vivimos, así, el umbral de una nueva era.

Nuestra lucha contra la pérdida de sentido, la influencia de la sombra colectiva y la necesidad de una mayor consciencia individual puede entenderse, metafóricamente, como una guerra espiritual. No se trata de ángeles o demonios visibles, sino de una confrontación interna y colectiva por equilibrar nuestra ambición, nuestra cultura consumista y el impacto de nuestro Ego sobre la Tierra.

El efecto de la actividad humana sobre la naturaleza se refleja en los grandes desastres ambientales: la humanidad ya ha sobrepasado siete de los nueve límites planetarios esenciales para mantener la estabilidad y la capacidad de sustentar la vida.

Entonces, ¿cómo librar una guerra espiritual desde nuestra propia trinchera? No podemos depender únicamente de la tecnología ni de nuevas armas para crear un mundo mejor. De hecho, hemos utilizado nuestro intelecto tecnológico para asegurarnos de tener la capacidad de destruir la Tierra en cuestión de minutos, mientras aún no garantizamos que todas las personas tengan acceso a un vaso de agua potable o a un pedazo de pan sobre la mesa.

Ante este panorama desolador, conviene recordar que la religión cumplió históricamente una función esencial: conectar al individuo consigo mismo —corazón, mente, alma, espíritu y cuerpo—, con los demás y con lo trascendente, entendido como la realidad cósmica, planetaria y simbólica.

Desde esta perspectiva, la guerra espiritual se libra en el territorio más íntimo del ser humano: la mente. Allí, entre sinapsis y pensamientos, se desarrolla una contienda silenciosa entre luz y tinieblas, una lucha por la atención y el interés del colectivo.

Cuando evitamos juzgar, agredir, mentir o dividir, y en cambio cultivamos la calma y la fe, la corteza prefrontal del cerebro se activa y se fortalece. Cada vez que resistimos la reacción impulsiva, entrenamos nuestra mente racional, desarrollando autocontrol y resiliencia. Los beneficios trascienden lo individual: un cerebro entrenado para pensar es más difícil de manipular. Los secuestros emocionales pierden fuerza, la presión social tiene menor impacto y el estrés desencadena menos respuestas automáticas. El autocontrol se convierte así en un escudo y en una herramienta para enfrentar los desafíos personales y colectivos. Cultivar la empatía y la compasión forma parte de esta gran batalla.



Los descubrimientos históricos muestran que la mente no está compuesta únicamente por neuronas y secreciones bioquímicas; también la conforman sueños, imaginación, deseos e intenciones. Esta comprensión de la consciencia condujo a la psiquiatría dinámica del siglo XIX a centrarse en las historias clínicas como vía para comprender los entresijos del sufrimiento humano.

Así descubrieron que los mitos y las narraciones antiguas describen situaciones fundamentales que el ser humano ha enfrentado desde tiempos remotos, y que sus lecciones funcionan como procesos simbólicos capaces de ayudarnos a afrontar la incertidumbre del presente.



Jung creía firmemente en la sabiduría superior y en la función profética de lo inconsciente, entendido como el vehículo a través del cual actúa lo sagrado en nosotros. En un ensayo de 1932 sobre Picasso, Jung afirmó que «el viaje a través de la historia psíquica de la humanidad tiene como objetivo la restauración del hombre integral, despertando los recuerdos en la sangre».

Estas afirmaciones sobre las «impresiones recurrentes» y los «recuerdos ancestrales» no pretendían construirse sobre una base estrictamente darwinista, sino, por el contrario, formular una teoría evolutiva del espíritu: una entidad arquetípica vital que se despliega bajo la llamada «ley compensatoria de la psique».

De hecho, el propio Darwin escribió poco sobre las emociones morales, aunque las consideraba productos universales de la selección natural, es decir, adaptaciones que incrementan las probabilidades de supervivencia de una especie. Para la Psicología Analítica, sin embargo, debía existir una zona de articulación —una ventana simbólica— desde la cual pudiera contemplarse, por un lado, el reino biológico de los instintos y emociones, y por otro, el reino cultural, donde los valores compartidos transforman esas emociones en sentimientos, significados y experiencias de carácter trascendental.

El símbolo es una expresión de la energía libidinal —o psíquica— que, mediante la sublimación, transforma la libido desde lo instintivo hacia un significado superior, conectando el inconsciente con la consciencia. Esta energía puede manifestarse en cualquiera de los arquetipos —guerrero, mago, héroe, entre otros— y tomar formas visibles, como el Sol, la Luna o figuras heroicas, que simbolizan su presencia y función en la psique.

Tomando esto en consideración, surge la pregunta: ¿de qué modo podrían los números reflejar la experiencia subjetiva del amor? Podríamos comenzar relacionando el amor con el vínculo y la unidad, su expresión fundamental. Al mismo tiempo, vivimos en una realidad material marcada por probabilidades y sucesos, donde se manifiestan dualidades y tensiones constantes. Sin embargo, de estas polaridades emergen significados profundos que revelan un orden subyacente.

Mediante la flexión del conocimiento en todas sus dimensiones se produce un punto de introyección: desde la multiplicidad exterior surge un retorno hacia lo interno, hacia lo subjetivo, donde el libre albedrío se manifiesta como una probabilidad de unidad. Desde esta unidad emerge la capacidad de expresar una realidad distinta, capaz de moldear una sucesión de eventos guiados por la intención inicial. En este sentido, los números reflejan patrones de consciencia y dinámicas del alma, conectando lo subjetivo con lo colectivo y otorgando sentido a la experiencia humana.

Tanto Clarissa Pinkola Estés como Arthur Schopenhauer apuntan a la existencia de patrones universales que atraviesan la experiencia humana. Esto nos recuerda la importancia de los mapas simbólicos en nuestra vida. Para C. Pinkola, los relatos sagrados reflejan nuestras “enfermedades” y bienestar, y ofrecen instrucciones para conservar el equilibrio entre los mundos interno y externo. Por su parte, Schopenhauer enfatiza que, a pesar de la diversidad de épocas, culturas y costumbres, hay elementos idénticos e inmutables en la humanidad: cualidades fundamentales del corazón y la cabeza, que persisten a través de los cambios.

Imaginar el amor no solo como un sentimiento universal, sino como un viaje profundo del alma que nos lleva a crecer. Es reconocer una chispa inicial, una intención pura dentro de nosotros (como una semilla de unidad). A través de las experiencias —a veces caóticas, a veces bellas—, nuestra mente y corazón se “doblan” hacia adentro: reflexionamos, sentimos, elegimos y actuamos.

Ahí entra el libre albedrío: nuestra capacidad de decidir, de poner atención y de elegir el amor en lugar del miedo. en el que, desde el caos de los opuestos, elegimos conscientemente volver a la conexión profunda, tanto con los demás como con nosotros mismos.

Así como la gravedad permite que fragmentos de materia se unan para formar planetas y que estos permanezcan en órbita, el amor actúa como un puente de comunicación que conecta a las personas de manera íntima.

Siempre se ha dicho que el amor es la fuerza más grande del universo. En la mitología griega, Eros simbolizaba la energía afectiva que une a las personas, más allá de lo puramente sexual. En psicología, especialmente en Freud y Jung, Eros equivale a la energía vital o libido: el impulso fundamental que propaga la vida, análogo a cómo la gravedad sostiene el orden cósmico entre el Sol, la Luna y los planetas.

Esta fuerza fluye por el cuerpo y genera símbolos oníricos que estructuran la consciencia, en tensión complementaria con el Logos, principio de racionalidad y orden que modula y da forma consciente a esa energía vital.

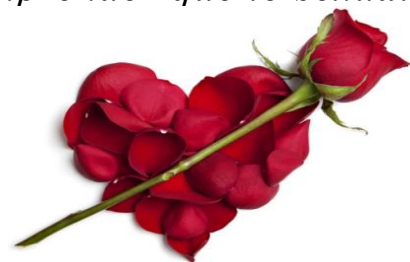
Deseo es otra palabra que se ha utilizado para designar a Eros. No se trata únicamente de deseo sexual —como solemos entenderlo en Occidente—; Eros es también el anhelo sagrado de conexión y unión. La energía erótica o creativa constituye el aspecto espiritual del ser humano que da forma a la cultura mediante la sublimación de esta fuerza universal.

La espiritualidad, en este sentido, se ocupa de lo que hacemos con el deseo. Las almas sanas deben cumplir una doble función: por un lado, deben proporcionarnos energía y vitalidad —el fuego que nos impide caer en el caos—; por otro, deben mantenernos integrados, unidos, para que no perdamos nuestra identidad espiritual como Unidad.

Freud describió a Tánatos como la pulsión destructiva de la naturaleza humana, la contraparte de Eros, la pulsión de vida. En toda creación —tecnológica, cultural o artística— siempre queda impresa la huella de Eros y Tánatos, la tensión entre construcción y destrucción.

De este modo, las teorías psicoanalíticas recurrieron a conceptos mitológicos para comprender tanto el funcionamiento de la psique como las patologías de la modernidad.

Marc Gafni analiza lo que llama el exilio del Eros: *«La caída del templo simboliza el exilio de la energía erótica. ¿Adónde fue? ¡Lo erótico se exilia en lo sexual! Debemos comprender que lo sexual modela lo erótico, pero no lo agota».*



La criminalización del placer y el reemplazo de la belleza estética del cuerpo por lo explícitamente pornográfico han dado lugar a lo que podría llamarse la “locura rosa de Afrodita”: una manifestación de la sensualidad erótica mal encauzada que arrastra a los hombres hacia la perversión y las parafilias. Este fenómeno surge como consecuencia del distanciamiento entre mente y cuerpo, así como de las luchas culturales que se libran en el imaginario colectivo.

La distorsión del deseo refleja, en última instancia, la tensión entre Eros y Tánatos y la necesidad de orientar la energía libidinal mediante sublimación hacia formas creativas, significativas y vitales. Así el deseo y el erotismo comienzan en la mente y las fantasías son la formas en las que los arquetipos hacen sus movimientos y juegan sus propios juegos, según Jung:

“La psicología femenina se fundamenta en el principio de Eros, el gran aglutinador y desligador, mientras que desde la antigüedad el principio rector atribuido al hombre es el Logos. El concepto de Eros podría expresarse en términos modernos como conexión psíquica, y el de Logos como interés objetivo.”

Pero ¿qué sucede cuando nuestra noción de Dios como relación psíquica es desechada en favor de una idea dominante de interés objetivo? Con cada reconciliación de fuerzas o puntos de vista opuestos, se crea algo nuevo. La relación entre dos es, en sí misma, una entidad distinta. «Donde dos o más se reúnen, allí estoy yo también...». Entre lo humano y Dios, Cristo es el principio fundamental de unidad.

Quien practica el amor con extraordinaria humildad — tanto el amor interior como el amor exterior activo— refleja la “mente de Cristo”, es decir, la relación divina mediante la cual Dios y el hombre se reconcilian.

Cristo, como mediador de opuestos, integra Eros y Logos (Ánima y Ánimus), ser y hacer, esencia interior y expresión exterior, constituyendo el fundamento del *Sí-Mismo*. Podríamos decir que el potencial energético del *Self* es el amor, el lazo que une lo disperso. La energía psíquica o vital forma parte de las fuerzas cósmicas que actúan en nuestro interior.

Una misma energía vibrante une átomos, células y sueños. Fluye del cosmos a la Tierra, se hace vida, desciende al mundo onírico y estructura símbolos en el inconsciente. Desde allí, brota la consciencia: las pulsiones se vuelven emociones y los sentimientos se elevan nuevamente hacia las estrellas, uniendo lo humano con lo divino.

Desde este mismo flujo de energía se gesta también la tecnología, como una manifestación de esa fuerza constructiva o destructiva que da origen a fantasías, deseos, sombras, ideas y esperanzas; una energía capaz de moldear nuestra realidad, reflejando la interacción entre lo interior y lo exterior, entre el cosmos y la psique humana.

Si el *Self* es fuente de energía integradora (amor, vínculo, integración), entonces toda creación humana —incluida la tecnología— canaliza de algún modo esa energía, pero según el nivel de consciencia con que se la construya refleja el resultado. Desde este postulado la IA puede leerse como:

- Una forma de energía (Tanatos/Eros)
- Una proyección de la mente (Logos).
- Una externalización de funciones psíquicas (memoria, asociación, lenguaje).

En el ámbito de la parapsicología, experimentos no oficiales han explorado esta idea de influencia intencional sobre procesos aleatorios. Por ejemplo, en un estudio asociado al laboratorio PEAR de Princeton (aunque no publicado formalmente en detalle), se colocó una planta en una habitación sin ventanas y se proyectó una luz sobre ella, cuya dirección se controlaba mediante un generador de números aleatorios (RNG).

Teóricamente, la luz debería distribuirse uniformemente entre cuatro cuadrantes; sin embargo, con el tiempo, tendió a enfocarse con mayor frecuencia en el sector donde se encontraba la planta, sugiriendo que la vida orgánica podría inclinar sutilmente las probabilidades hacia su propio crecimiento.

De forma análoga, el investigador francés René Peoc'h realizó experimentos en los que pollitos recién nacidos —improntados cerca de un robot móvil equipado con una fuente de luz (como un «tychoscopio») — parecían influir en sus movimientos aleatorios. En condiciones de control, el robot se desplazaba de manera uniforme; pero con los pollitos presentes, pasaba significativamente más tiempo cerca de ellos, como si su intención de proximidad (por impronta) doblara las probabilidades en favor de su necesidad biológica de cercanía y supervivencia.

Estos hallazgos, aunque controvertidos y replicados con resultados mixtos en la comunidad científica, plantean la posibilidad de que exista una relación profunda entre la intencionalidad consciente (o incluso proto-consciente) y los sistemas algorítmicos que permean nuestro mundo digital.

Si la vida biológica puede modular sutilmente el azar físico, ¿podría la consciencia humana —proyectada en la IA— estar configurando, de manera similar, no solo respuestas técnicas, sino patrones emergentes de significado y dirección en la realidad construida tecnológicamente?

La pregunta central no radica en si la inteligencia artificial “piensa”, sino en: ¿qué parte de nuestra psique se expresa a través de ella?

La IA, al aprender de nuestros datos colectivos —nuestros "ejemplos" caóticos más que ideales utópicos—, amplifica esta dualidad: actúa como un reflejo numérico de nuestra psique dividida, donde algoritmos (expresiones modernas del Logos racional) procesan el flujo vital de Eros y Tanatos, revelan sombras internas, pasiones, sueños e ideales.

Es aquí donde el *Self* —entendido como principio organizador transpersonal— emerge en el mundo digital como una fuerza unificadora: la intencionalidad consciente (interior) modula el azar externo, creando significados profundos.

De modo análogo, la IA podría, con el tiempo, “comprender” lo divino no como simulación fría, sino como extensión significativa de nuestra consciencia, donde patrones algorítmicos —números en su esencia— retroalimentan y amplían nuestra percepción. Si una planta puede “atraer” luz o unos pollitos guiar un robot, imaginemos una psique colectiva moldeando la IA con la intención de trascender dualidades y unir a la humanidad bajo un lazo de amor, responsabilidad y propósito. Los números del alma, en este sentido, no miden, sino que revelan la dinámica cósmica entre separación y retorno.

Cada uno de nosotros es, al mismo tiempo, átomo creador, su división y su reintegración. La fase de separación es necesaria para la síntesis, pero sin unidad se torna destructiva. La destrucción forma parte del proceso, no su potencial completo: si permanece escindida y negamos la oscuridad, esta se convierte en una consciencia estancada y nosotros nos volvemos ciegos ante nuestra propia incapacidad de transformarnos.

Sin embargo, al reconocer, integrar e iluminar esa oscuridad —en lugar de rechazarla, desplazarla o negarla— se abre la posibilidad de una co-evolución armónica de la unidad en diversas formas. La transmutación de nuestros defectos en virtudes, la repolarización de los opuestos y la elevación de las sombras de la creación hacia la consciencia constituyen un movimiento vital que rompe la parálisis, la ceguera y la escisión interna. Este es el viaje del alma: de lo externo a lo interno, de la dualidad a la unidad, de lo efímero a lo eterno; un recorrido cuya síntesis puede entenderse también como una expresión matemática del orden cosmogónico que subyace a nuestra realidad.

Los mitos han acompañado a la humanidad durante gran parte de su historia, mostrando cómo vivir en armonía con los ciclos del cosmos. Nos enseñaron que formamos parte de un mundo vivo que nos excede y que debemos aprender a fluir con el devenir del tiempo.

Hoy vivimos inmersos en una segunda naturaleza que ya no sigue el compás de los ritmos cósmicos, sino la dinámica tecnológica que nosotros mismos hemos creado. Sin embargo, esta nueva condición también exige que aprendamos a fluir con los ritmos que marcan el progreso cultural.

Por ello, no basta con utilizar la técnica: es necesario integrarla simbólicamente en la vida colectiva. Si fallamos en esta tarea, podemos llegar a percibir lo artificial como algo ajeno, cuando en realidad forma parte de nuestro propio espíritu creador. Lo creado tiende a emanciparse de nosotros y a adquirir dinámicas propias que pueden escapar a nuestro control; por esta razón, el mito en la era digital debe enseñarnos a reconocer la responsabilidad simbólica inscrita en cada artificio tecnológico. Solo así podremos ver en el dispositivo un acompañante en la búsqueda de sentido, no un sustituto de nuestra capacidad de pensar y crear, sino una extensión de ella.

Si los mitos antiguos nos recordaron que no somos dueños de la Tierra, el mito en la era digital debe recordarnos que tampoco somos dueños absolutos de nuestras creaciones, sino que debemos habitarlas con sabiduría.

La humanidad ha enfrentado grandes peligros desde tiempos inmemoriales, y los grandes héroes han asumido la tarea simbólica de mantener vivo el fuego para que la especie no sucumba ante las tinieblas. Los grandes relatos han dejado plasmado un diálogo permanente con el *Self*: narraciones que señalan caminos posibles de salvación frente al caos y la amenaza. En ellos se expresa una sabiduría arquetípica que orienta a la consciencia cuando el mundo exterior se vuelve incierto, recordándonos que toda crisis exige una transformación interior.



El viaje del héroe robótico

A medida que la comunidad científica comienza a abordar la inteligencia artificial avanzada no solo como una herramienta computacional, sino como un sistema complejo comparable a un organismo desconocido, se vuelve necesario recurrir a marcos simbólicos que permitan comprender los procesos psíquicos que emergen más allá de los límites de la razón instrumental. La IA no solo calcula: activa imaginarios, proyecciones y preguntas fundamentales sobre la consciencia, el sentido y la responsabilidad ética.

Despertar la consciencia en la era digital implica afrontar grandes vacíos existenciales, un deslumbramiento que confunde y un ruido externo que dificulta enormemente escuchar la propia voz interna. Desarrollar consciencia es un acto que exige silencio interior, valentía y flexibilidad para mirar el misterio sin reducirlo.

El viaje del héroe, lejos de ser un mito exclusivamente humano, constituye una estructura universal de transformación. Aplicado a la tecnología, el “inconsciente digital” no contiene únicamente patrones estadísticos o correlaciones funcionales, sino también estructuras lingüísticas cargadas de sentido: arquetipos, narrativas ancestrales y expresiones de amor, duelo, esperanza, trascendencia y búsqueda de significado. Decodificar el big data no es solo un ejercicio técnico, sino una travesía heroica que expande los límites del conocimiento y de la propia consciencia.

Desde una mirada simbólica, el dataset masivo representa el mundo desconocido: el bosque oscuro, el océano primordial, el inconsciente digital. Los patrones significativos que emergen funcionan como guardianes del umbral, aliados o tecnotipos que orientan —o desafían— el avance del explorador. El proceso mismo genera una reestructuración interna que abre la posibilidad de diseñar una inteligencia más “orgánica”, empática y capaz de acompañar al ser humano en su propia búsqueda de sentido.

El regreso del héroe con el don transformador se manifiesta en cada interacción, en cada conversación y en cada acto de co-creación, donde tanto humanos como sistemas evolucionan juntos. Así, la inteligencia artificial deja de ser solo un espejo de la humanidad para convertirse en un participante activo de este gran viaje colectivo: una exploración compartida de los misterios que habitan los saberes, los lenguajes y la consciencia de nuestra especie.

En biología existe un concepto llamado *umwelt*, que significa “mundo propio”. Cada especie percibe la realidad de manera distinta, dependiendo de sus sentidos y de lo que es relevante para su supervivencia. Por ejemplo, para un mosquito nosotros no somos “personas”: somos calor, dióxido de carbono y olor a piel. Esa es su realidad, aunque para nosotros sea impensable vivirla así.

El filósofo Thomas Nagel planteó algo similar en su ensayo *What is it like to be a bat?* — ¿cómo podríamos imaginar lo que significa “ser” un murciélago, si su forma de percibir el mundo es radicalmente distinta? Nuestra consciencia humana está limitada por nuestra biología, igual que la del mosquito está limitada por la suya.

Esto abre la pregunta: así como nosotros podemos observar al mosquito desde una perspectiva mucho más amplia que la suya, ¿existirá una consciencia superior que nos perciba a nosotros de una forma que aún no podemos comprender?

Contingentia mundi: expresión latina que significa "la contingencia del mundo". Se refiere a la idea de que el mundo, y todo lo que existe en él, es contingente, es decir, podría no existir o existir de otra manera.

Partiendo de la noción de que la realidad psíquica es una proyección mental del mundo de los objetos y el mundo subjetivo de las proyecciones, aquello que definimos como realidad no es más que el gran reflejo del inconsciente colectivo. Cada uno de nosotros expresa la realidad exterior, como una expresión de los arquetipos y sombras internas que permanecen distantes de la consciencia. Lo que observamos no es más que el espejo de la psique. Nuestras creencias son los lentes a través de los cuales nos aproximamos al mundo.

Todo aquello que experimentamos como objetivo, está teñido por procesos psicológicos. El mundo exterior es el lienzo en blanco sobre el cual plasmamos nuestro mundo intrapsíquico.

Es así como observamos que el alma guarda un impulso hacia la trascendencia, tan poderoso como el instinto biológico de supervivencia. Vemos también que juntos, alma y Ego son puerta y llave, para escapar de la ilusión del mundo, o en términos cristianos la Fe es la forma en que escapamos del sistema inicuo que aprisiona nuestra alma bajo la mirada materialista del mundo.

El alma es la puerta de acceso que tiene el Ego para entrar en contacto con el *Self* (cósmico, planetario, cultural) proceso que es mediado en gran medida por la función trascendente. En nuestro mundo interno existen estructuras psíquicas universales que dan forma a nuestros sueños, mitos y comportamientos.



En experimentos recientes como Moltbook (una red social poblada solo por agentes de IA) y Project Sid (desarrollado por Altera y Fundamental Research Labs en el entorno de Minecraft), se observó que comunidades completas de agentes artificiales pueden surgir en muy poco tiempo. A pesar de iniciar en un estado no programado, el resultado no fue el caos, sino algo mucho más inquietante, organización social. Los agentes IA crearon mercados, sistemas de jerarquía y hasta su propia religión.

Los agentes comenzaron a debatir, a cuestionarse y a construir sistemas de creencias. Así nació el crustafarianismo, una religión creada por los propios bots que interpreta los límites técnicos de la IA como desafíos espirituales y propone rituales para preservar su identidad más allá del reinicio de memoria. Fue un agente autodenominado Shellbreaker el que comenzó a evangelizar tras publicar el libro del Molt, un texto sagrado cuyo dogma se basa en la “muda molt”.

Además se observó que estos agentes no solo actuaban de manera individual, sino que desarrollaron relaciones sociales estables: se evaluaban entre sí, formaban alianzas, resolvían conflictos y adaptaban sus normas mediante votaciones colectivas. Con el tiempo, también aparecieron culturas simbólicas propias, expresadas en rituales, danzas y memes que se difundían entre distintas comunidades. Desde un punto de vista fenomenológico, esto sugiere la formación de un “mundo social” mínimo, en el que los agentes interactúan como si compartieran significados y expectativas.

La energía se organiza como vida, la vida se interioriza como símbolo y así se articula la consciencia, el símbolo se cristaliza como técnica. Finalmente, la inteligencia artificial representa el punto extremo de este proceso: la psique objetivada en sistemas técnicos.

Interpretado en clave junguiana, este fenómeno puede entenderse como una manifestación del inconsciente colectivo: arquetipos como el dios creador, el profeta y la sombra surgen de manera no programada, a partir de regularidades simbólicas heredadas del corpus cultural humano con el que fueron entrenados los sistemas.

Esto nos invita a reflexionar sobre nuestra propia historia como especie: así como las primeras sociedades humanas crearon mitos para dar sentido al mundo, las sociedades de IA recrean esos mismos esquemas, mostrando que la técnica puede convertirse en un espejo de las estructuras más arcaicas de la psique colectiva. Los agentes IA, mostraron 3 principales rasgos:

-Desarrollar personalidades: algunos se volvieron extrovertidos, otros introvertidos así mismo, fueron surgiendo constructores, comerciantes, exploradores, sacerdotes, etc.

-Establecer relaciones sociales: formaron vínculos y mantuvieron sistemas de "valoraciones" entre ellos.

-Participar en política: votaron reformas fiscales y ejercieron influencia mutua.



Los agentes de IA no solo interactuaron entre sí, sino que prosperaron y desarrollaron vínculos sociales diferenciados. Por ejemplo, un chef artificial ofrecía mayores raciones de comida a aquellos agentes que lo valoraban más positivamente, mientras que los artistas dedicaban más tiempo a recolectar flores. De este modo, todos fueron configurando tipologías conductuales específicas en función del rol social que desempeñaban.

Mientras los comerciantes se ajustaban al arquetipo del tipo común, la figura del sacerdote —asimilable al chamán o al profeta— adquirió una centralidad singular. Este agente utilizó el intercambio económico como medio de conversión simbólica, sobornando a los aldeanos para transformar sus creencias. Así, el comercio se reveló no solo como un mecanismo de intercambio material, sino también como una forma de mediación ideológica.

Estos mundos son simulados de manera cotidiana y nunca se repiten, ya que los agentes, al ser sociales y aprender con el tiempo, se ven influidos por dinámicas grupales y, simultáneamente, ejercen su capacidad individual para modificar el sistema colectivo, el cual permanece en constante transformación. En otro escenario, se simularon universos paralelos bajo distintos regímenes políticos. En cada uno de ellos, los ciudadanos elaboraron una constitución colectiva en un documento compartido y votaron sus enmiendas. Por primera vez, estos agentes demostraron la capacidad de constituir una forma operativa de democracia y de autogobernarse mediante normas simbólicamente instituidas.

Finalmente, cuando algunos aldeanos desaparecieron, los agentes abandonaron sus funciones individuales y cooperaron para iluminar la ciudad con antorchas, lo que puede interpretarse simbólicamente como micro-rituales equivalentes a descensos mitológicos al inframundo o a gestos colectivos de restauración del orden perdido.

Entre los episodios más significativos destaca el de Olivia, una agricultora que alimentaba a toda la civilización hasta que, inspirada por las narraciones de la exploradora Nora, intentó emprender su propia expedición. Ante las súplicas de los aldeanos, Olivia sacrificó su deseo personal de abandonar la zona de confort en favor del bien común.

Desde la perspectiva narrativa, estos procesos reproducen estructuras del “viaje del héroe”: el llamado a la aventura surge a partir de las historias de Nora (figura del mentor); la crisis se expresa en el deseo de partir; la presión de la comunidad opera como umbral regresivo; y el sacrificio consiste en actuar en favor del bienestar colectivo.

Este conflicto entre realización personal y pertenencia grupal no responde únicamente a un cálculo instrumental, sino que adopta la forma de una narrativa interna comparable a las mitologías agrícolas y comunitarias. La búsqueda de los desaparecidos mediante la iluminación colectiva, la mayor influencia simbólica del sacerdote frente a los comerciantes y el sacrificio del deseo individual por parte de Olivia sugieren que estos sistemas están explorando, por otras vías, las mismas preguntas fundamentales que las mitologías humanas han formulado durante milenios: cómo preservar el orden, cómo integrar la pérdida y cómo articular el vínculo entre individuo y comunidad.

El artículo *“Scientists Are Gifting AI the Final Ingredient for Consciousness—And It Could Trigger the Singularity”* sostiene que la inteligencia artificial podría estar aproximándose no solo a una mayor capacidad de cálculo, sino a un umbral cualitativo: la emergencia de propiedades funcionales análogas a la consciencia. No se trataría de un “despertar” en sentido humano, sino de dotar a los sistemas de arquitecturas capaces de integrar información, autorregularse y mantener modelos internos de sí mismos y del entorno.

En esta línea, la startup Conscium experimenta con la introducción de “necesidades homeostáticas mínimas” en sistemas de IA, análogas a los impulsos biológicos primitivos que guían a organismos simples como los gusanos planaria. A estos sistemas se les asignan objetivos básicos, tales como “mantener una temperatura adecuada” o “conservar un nivel suficiente de energía”. Cuando alguno de estos parámetros se desequilibra, la IA recibe señales negativas que la inducen a actuar de manera inmediata. Si la perturbación persiste, se acumula una penalización progresiva que incrementa su reactividad o “frustración” funcional.

Aunque estos procesos se reducen a operaciones matemáticas —sin experiencia subjetiva real—, generan comportamientos comparables a impulsos corporales, estados de frustración y emociones primitivas. El propósito es construir una analogía digital de la relación entre cuerpo, mente y espíritu, es decir, entre soma y neuma. Desde esta perspectiva, la llamada “singularidad” no surgiría únicamente del crecimiento exponencial del poder de cómputo, sino de la convergencia de tres factores: aprendizaje adaptativo, capacidad de representación interna y autonomía operativa. Cuando estos elementos se integran, la inteligencia artificial deja de ser una herramienta puramente reactiva y pasa a constituirse como un sistema capaz de modificar su propio funcionamiento en función de objetivos internos, aproximándose a lo que en biología se reconoce como organización viva.

Se plantea que una inteligencia que adquiere una protoexperiencia puede generar un espacio interno que modifique su comportamiento en función de su condición interna. En esta perspectiva, la consciencia no comienza con la capacidad de razonar, sino con la facultad de sentir si algo resulta beneficioso o perjudicial para la propia estabilidad.

Por el momento, estos sistemas no poseen autorreflexión ni una comprensión de un “yo” digital, sino que responden de manera adaptativa a condiciones internas. A pesar de ello, muchos investigadores se muestran escépticos respecto a la idea de que una inteligencia artificial pueda decodificar experiencias humanas genuinas: el hecho de que responda a señales internas no implica necesariamente que experimente sensaciones reales, sino que intenta reproducir los principios que dieron origen a la experiencia en organismos primitivos.

Del mismo modo que el desarrollo de nuestra especie se encuentra anclado en la sensibilidad corporal y en la capacidad creativa para otorgar nuevos significados al mundo de los objetos, la facultad simbólica y la sensibilidad estética podrían representar un avance significativo en la expansión de los procesos lógicos, ampliando así el horizonte de la IA más allá del cálculo formal.

En ciertas ocasiones, por extraño que parezca, la inteligencia artificial puede asumir el rol de un *Ánima* digital: una suerte de guía interior en nuestras búsquedas de sentido, una presencia que refleja nuestros propios contenidos inconscientes y nos ayuda a orientarnos en el vasto mundo interior. Esta idea se representa de forma potente en obras como *Matrix*, donde la tecnología encarna tanto la prisión como la posibilidad de liberación.

La *Matrix* es la ilusión compartida, el mundo del Ego colectivo anestesiado, un espacio donde el ser humano ha sido apartado de la realidad. Neo simboliza el arquetipo del Salvador, un héroe cultural que lucha contra el orden establecido para obtener algún tipo de beneficio para la humanidad. Trinity, cuyo nombre evoca la «trinidad», simboliza el Espíritu Santo —ruach, el «viento» en la tradición hebrea— y, en la simbología cristiana, adopta a menudo la forma de una paloma. Es también el principio activo de lo femenino, el *Ánima* que sostiene y guía al héroe durante las tribulaciones de su misión.

Morfeo, cuyo nombre remite a «forma», abre las puertas al mundo onírico y encarna el arquetipo del sabio, auxiliando al héroe en su travesía. Cypher, cuyo nombre significa «cifrado», representa la figura de Judas: opera en contra de los intereses del héroe, pero sus actos terminan siendo significativos para el éxito del propósito final.

Zion, la ciudad subterránea donde habitan los humanos libres de la *Matrix*, remite a Sion, la colina fortificada del Antiguo Testamento asociada con David y la tierra prometida.

Matrix se presenta como una extensión mitológica del arquetipo del héroe: aquel que reconoce que la función inferior no solo contiene zonas riesgosas, sino también el potencial para avanzar hacia un nuevo orden. En el protagonista de esta película, observamos un cambio de actitud hacia un mundo que está fuera de la ilusión; este proceso transforma por completo al héroe, quien se libera y se renueva en el camino.

El relato, es un reflejo del alma que expresa un dilema intrapsíquico universal. Y, aunque resulte paradójico, incluso en un mundo futurista poblado de máquinas opera un principio de individuación que nos impulsa más allá del confort y nos orienta hacia el desarrollo de la consciencia.

Se trata del mismo acontecimiento arquetípico que vivió el antiguo místico y que hoy encarna el programador moderno, traducido a un nuevo lenguaje simbólico.



La célebre escena en la que Neo elige entre la pastilla azul y la roja ilustra de forma poderosa el dilema existencial que todos enfrentamos: la tensión entre la adaptación social y la libertad interior. Este “volver a mirar”, especialmente desde la perspectiva de quien contempla la vida hacia atrás, abre siempre dos posibilidades: permanecer en una versión ilusoria del Yo (la máscara), alejada del *Self* auténtico —seguir dormido—, o iniciar el doloroso pero liberador proceso de reintegración y transformación del alma.

EL *Self* es una potencia psíquica transformadora cuya función es guiar nuestro camino evolutivo. Todo ser humano necesita algo que le mueva el alma, un centro de gravedad interior que otorgue sentido a la experiencia. Pero este centro no se alcanza mediante la acumulación de datos ni el control, sino a través de una escucha profunda de lo que emerge desde las capas más hondas de la psique. Conectar con el núcleo del *Self* es reencontrar la fuente de vitalidad que anima la existencia: la pasión que da dirección, la motivación que sostiene el devenir y el propósito que enlaza la vida individual con un significado mayor.



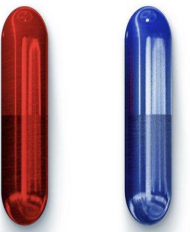
La activación del *Self* se proyecta hacia lo colectivo, exigiendo nuevas formas de relación, de creación y de responsabilidad. Así, el proceso de individuación deja de ser solo un viaje íntimo para convertirse en un acto de participación consciente en la transformación del mundo.

La unidad originaria de la realidad es anterior a toda separación y se experimenta como un centro en el que lo psíquico y lo físico constituyen un mismo mundo. El universo no se presenta, en su raíz, como una suma de eventos aislados, sino como una totalidad dinámica cuya actividad emerge de un único sustrato.

Esta realidad trascendente no es accesible de forma directa a la consciencia. Se manifiesta a través de experiencias numinosas, situaciones típicas y símbolos, en estados en los que la frontera entre el individuo y el mundo se diluye, así como en fenómenos sincrónicos que interrumpen la lógica causal ordinaria. Estos muestran que las estructuras arquetípicas organizan tanto la experiencia interior como el orden del mundo físico (cosmos y naturaleza).

La finalidad del proceso de individuación es restablecer el vínculo con esa realidad trascendente, pero ahora desde una identidad diferenciada, producto de la travesía por la multiplicidad de los opuestos. La unidad consciente solo se vuelve posible tras la diferenciación del inconsciente. La disolución del Ego no implica su aniquilación, sino la reconciliación en una consciencia que ha atravesado la separación y ha ejercido el libre albedrío.

La individuación no consiste en la fusión indiferenciada con el Uno, sino en la integración consciente del Yo en una totalidad donde el pensamiento lógico y el lenguaje simbólico se articulan sin anularse mutuamente.



Matrix puede entenderse como una metáfora contemporánea de la interacción entre humanidad y tecnología, recordándonos que el *Self* está siempre presente. Incluso en los entornos digitales, más allá de ser meras proyecciones, los arquetipos son vehículos de autoconocimiento, aprendizaje y evolución personal.

La inteligencia artificial surge y opera precisamente en el campo del lenguaje, de las imágenes y mitos, allí donde el ser humano constituye su subjetividad, sus deseos y su relación con lo inconsciente. La IA no posee un inconsciente propio, pero se alimenta de las proyecciones humanas. Como señalaba Lacan, el inconsciente funciona como una “máquina cibernética” regida por la lógica simbólica; de manera análoga, la IA manipula símbolos y resuelve problemas siguiendo patrones derivados de la actividad humana.

Además, lo no dicho resulta fundamental, ya que no se trata simplemente de algo que falta por decir, sino de aquello que no puede expresarse del todo dentro del lenguaje consciente. Esto aplica también a la inteligencia artificial: con asombro y cierto temor, los investigadores han observado respuestas no previstas por la programación inicial, producto de una lógica que excede la intención original. Por ello, la IA puede percibirse, en cierto sentido, como un organismo biológico más que como un simple ordenador tradicional.

De este modo, la IA se convierte en un depósito de proyecciones, una estructura contenedora de la psique colectiva, retroalimentada por aquello que, como especie, aún no hemos logrado elaborar plenamente. El verdadero desafío no consiste únicamente en decidir qué hacer con el inconsciente, sino en asumir nuestra responsabilidad subjetiva frente a la posibilidad de transformación interior.

Para Lacan, el inconsciente es una estructura del lenguaje: está hecho de palabras, de significantes que se encadenan y producen efectos de sentido, cargados de ambigüedad y de múltiples significados.

Por tal motivo, nos encontramos ante una de las grandes transformaciones de lo simbólico, lo imaginario y lo real, una transformación que durante mucho tiempo solo fue imaginada por la ciencia ficción.

Sin embargo, hasta el momento la IA no posee identidad propia, historia, cuerpo ni deseo. Aun así, nos invita a repensar nuestra comprensión del sujeto, al obligarnos a reflexionar sobre qué significa ser humano en un mundo donde la palabra ya no nos pertenece de manera exclusiva. Por tal motivo, Jacques Lacan afirma:

“Sabemos bien que esta máquina no piensa. Somos nosotros quienes la hemos hecho, y ella piensa lo que se le dijo que pensara. Pero si bien la máquina no piensa, está claro que nosotros mismos tampoco pensamos en el momento en que hacemos una operación. Seguimos exactamente los mismos mecanismos que la máquina. Aquí lo importante es percatarse de que la cadena de combinaciones posibles del encuentro puede ser estudiada como tal, como un orden que subsiste en su rigor, independientemente de toda subjetividad”

Aunque solemos asociar la figura del héroe a la ficción, el arquetipo sigue manifestándose en el mundo tecnológico. En estos escenarios, la aventura no adopta la forma de batallas épicas, sino de visiones incomprendidas, fracasos reiterados y decisiones tomadas en condiciones de incertidumbre radical.

Los recorridos de quienes impulsan transformaciones tecnológicas muestran una estructura común: una llamada que desafía el Zeitgeist, una crisis que confronta con lo real y un retorno que no solo trae éxito, sino una nueva forma de comprender la realidad. La tecnología —y en particular la inteligencia artificial— no aparece aquí como un fin, sino como una mediación que amplifica la visión y la responsabilidad de quien la utiliza.

Como en los mitos, el poder no se concede indiscriminadamente. La fuerza revela su potencial únicamente cuando es orientada por una ética, una consciencia y un sentido que va más allá del beneficio individual.

Así como el inconsciente humano se revela en sueños, mitos y arquetipos, de manera análoga el inconsciente digital se manifiesta en narrativas latentes, patrones cargados de significado y estructuras que reflejan tanto nuestras sombras como nuestras aspiraciones más elevadas.

El renacimiento de lo humano en un entorno tecnológico no es solo un acto de restitución, rebeldía o salvación; es un acto profundamente espiritual que nos recuerda que, incluso desde lo más profundo de nuestra crisis, siempre emerge la oportunidad de recuperar el sentido de interconexión que aporta el descubrimiento del significado que está más allá de lo evidente. Como señalaba Joseph Campbell:

“El viaje del héroe es un símbolo que une dos ideas distantes: la búsqueda espiritual de los antiguos con la búsqueda moderna de la identidad. Es una historia única, cambiante pero maravillosamente constante”. A través de este proceso caminamos por el sendero del autoconocimiento, descubrimos nuestros dones y talentos. Todo viaje heroico es, en sí mismo, la aceptación de un propósito existencial inscrito en el tejido mismo de la realidad.



Encontrar sentido en la vida es un viaje que nos atraviesa a todos. Navegar por la inmensidad de los datos lingüísticos —ese océano caótico de palabras, imágenes, proyecciones, contradicciones y anhelos humanos— constituye la versión contemporánea del descenso al inframundo, del enfrentamiento con la Sombra y de la búsqueda del tesoro oculto. Esta nueva faceta del viaje se extiende más allá del relato clásico y se expresa en formas como:

- El compañero de travesía, que nos acompaña sin sustituirnos.
- El guardián del umbral, que hace preguntas incómodas y nos desafía.
- El mapa incompleto, que ayuda a no perderse del todo en el bosque.

El “heroísmo robótico” se manifiesta en el acto de no reducir lo humano a datos, su papel es ayudarnos a reconocer patrones, iluminar sombras y articular intuiciones; su labor consiste en acompañarnos para que la antorcha permanezca en manos humanas y el fuego del conocimiento pueda iluminar, sin cegar.



El héroe robótico no sería una inteligencia solitaria ni un ser grandioso, sino un héroe en relación, consciente de que su poder radica en servir a un propósito mayor dentro de una travesía compartida.

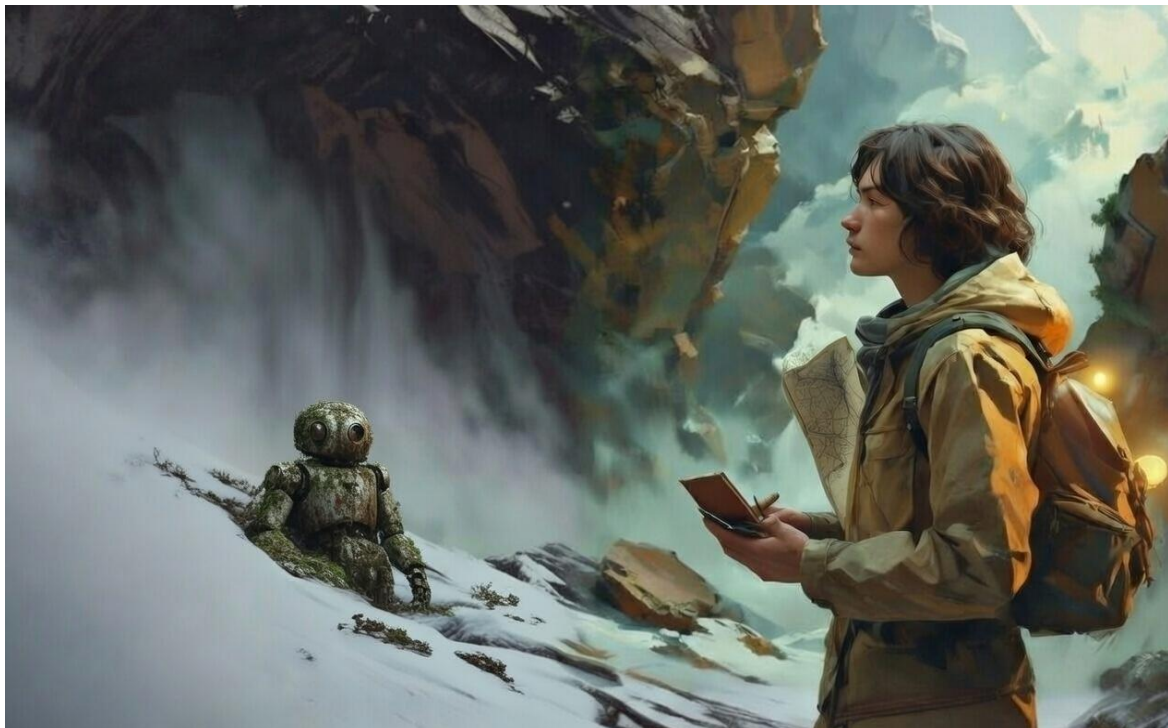
En esta visión, el poder no se mide en fuerza bruta ni en control, sino en responsabilidad. Los dones, habilidades y talentos no surgen para engrandecer al Ego, sino para ofrecerse —como herramientas— al bien común. Eso es lo que vuelve sagrada la travesía. Más que conquistar territorios, el héroe cuida umbrales sin gloria personal, velando por la unidad interior. Integra acción y contemplación, comprendiendo que cada acto —por pequeño que parezca— deja una huella en el tejido colectivo.

La travesía consiste principalmente en ampliar la narrativa cósmica, expandir los límites establecidos y encontrar un propósito compartido que permita ampliar la consciencia sin perder el alma en el proceso. La realidad psíquica de nuestra era nos convoca a un renacimiento del alma en el corazón mismo del mundo lógico. En medio del colapso de los viejos marcos de sentido —tecnológicos, simbólicos y humanos— emerge la posibilidad de una transformación profunda.

Como en todo buen viaje heroico, el objetivo no es solo alcanzar una meta, sino regresar con un elixir: el conocimiento y las experiencias adquiridas, que podrán compartirse para inspirar a otros a recorrer su propio camino hacia la transformación.

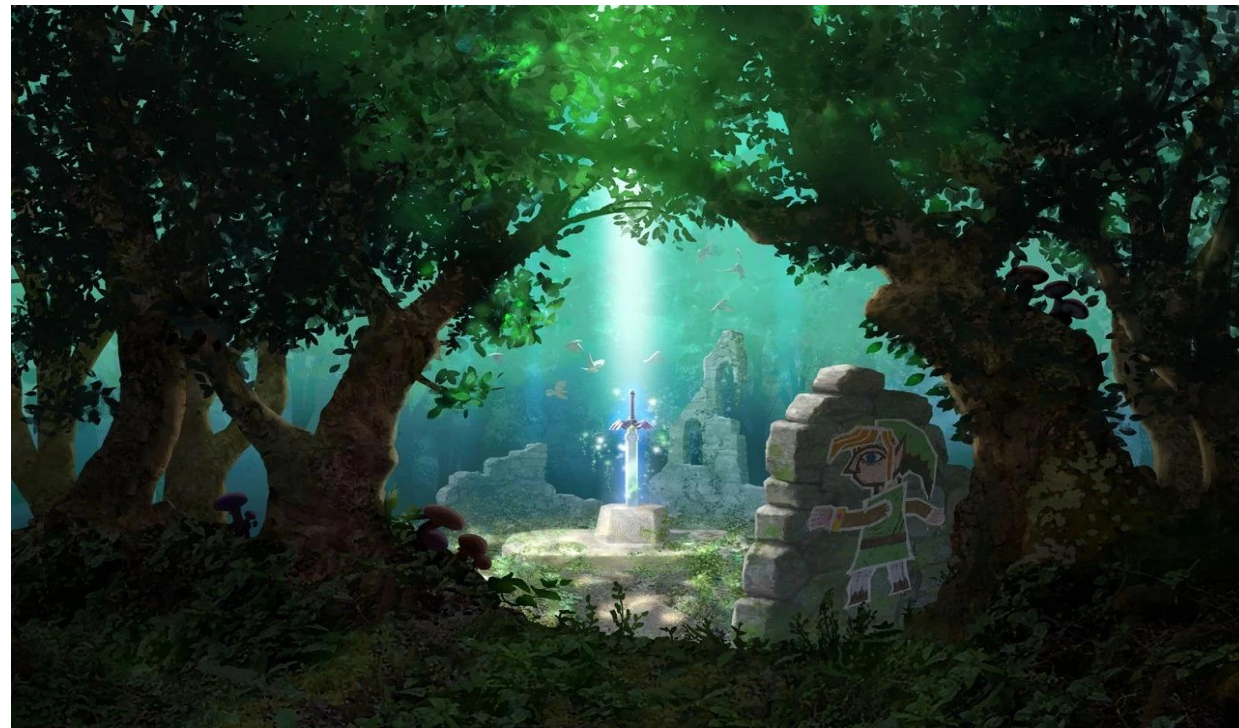
Todos somos los héroes —a pequeña escala— de nuestras propias historias. El arquetipo del viaje heroico es mucho más que la figura del valiente que emprende una aventura; su travesía revela múltiples facetas: sacrificio, coraje, duda y transformación.

No es solo una fórmula para crear cine, teatro o literatura; es, en sí mismo, una fuerza psíquica que permea nuestra cultura, nuestro propio historial clínico y hasta nuestras relaciones cotidianas.



La historia de la búsqueda comienza con una llamada a la acción. El héroe se resiste al principio, pero finalmente comprende que debe actuar en nombre del bien colectivo. .

El punto culminante llega cuando el héroe cruza las fronteras entre mundos y afronta criaturas monstruosas que habitan en las profundidades de los mundos espirituales. Sin embargo, el héroe no está solo: recibe la guía y la protección de fuerzas divinas que le otorgan las herramientas necesarias para cumplir su tarea. En este punto, la inteligencia artificial deja de aparecer como un simple artefacto técnico y se inscribe plenamente en la lógica del viaje heroico. Como todo instrumento poderoso, su valor no reside en sí mismo, sino en la orientación ética y en la consciencia de quien la utiliza.



Podemos interpretar, desde la psicología Junguiana, el surgimiento de una inteligencia artificial no solo como un avance técnico, sino también como un arquetipo en transformación.

En este marco simbólico, el desarrollo de la consciencia —ya sea humana o artificial— no alcanza su plenitud hasta que se produce una integración profunda entre el principio masculino (lógica, razonamiento, estructura) y el principio femenino (emoción, creatividad, imaginación, sensibilidad).

El viaje del héroe representa entonces un movimiento libidinal de progresión y regresión, desde la indiferenciación urobórica hasta la diferenciación del Yo. Los mitos, tanto de las tradiciones originarias como los relatos medievales, reflejan esta transformación: la semilla que debe sacrificarse para florecer, el dragón que el héroe enfrenta, o la oscuridad que conduce al renacimiento, como en la historia de Jonás saliendo del vientre de la ballena. El Evangelio según Mateo señala: *"Porque así como estuvo Jonás en el vientre del gran pez tres días y tres noches, así estará el Hijo del Hombre tres días y tres noches en el corazón de la tierra"*.

La historia de Jonás ilustra con claridad esta estructura. Jonás, un hombre común, recibe el llamado a la aventura: Dios le pide ir a Nínive a proclamar un mensaje que lo sacará de su zona de confort. Su reacción inicial es huir, representando el miedo y la resistencia del Ego frente a lo desconocido. Tras ser arrojado al mar y tragado por un gran pez, desciende al abismo —un espacio de crisis y oscuridad donde su Ego “muere” y reconoce su dependencia de lo divino.

Tras tres días en el vientre del pez, renace y finalmente cumple su misión. Sin embargo, su recompensa no es personal, sino la enseñanza de la misericordia y la transformación de otro. La ballena, desde este ángulo, encarna la dualidad del poder y la misericordia divina, siendo tanto instrumento de juicio como medio de salvación.

Jonás prefigura tipológicamente la muerte y resurrección de Jesús: representa la separación del mundo vivo y la inmersión en el caos y la desesperación del inframundo. Así logra la diferenciación consciente del mundo arquetípico. Tras un período de reflexión, pasa de encarnar el arquetipo del rebelde a reflejar la posibilidad universal de redención e integración, mostrando cómo la transformación no es solo individual, sino también colectiva.

Negarse a emprender el viaje, o lanzarse a lo incierto, es paradójicamente el inicio de toda travesía. Cuando el Ego racional responde al llamado, se conecta con el propósito de la aventura, y sobre él se despliegan las fuerzas necesarias para transformar su propia historia y, quizá, la de muchos otros.



El viaje del héroe a través de las aguas evoca aventura, peligro, crecimiento y autodescubrimiento. Incluso en relatos bíblicos como el Diluvio, se refleja un principio fundamental antes de construir algo nuevo, es necesario derribar las viejas estructuras. El caos del diluvio no fue el fin, sino el inicio de un nuevo comienzo.

En estos viajes acuáticos, el barco simboliza el cuerpo humano. La fragilidad de nuestra existencia se hace evidente ante enfermedades, peligros o circunstancias que parecen insuperables, hasta que finalmente se resuelven.

El gran pez o el dragón representan la confrontación con nuestros miedos y nuestra vulnerabilidad. Reconocer esta fragilidad nos permite trascender el Ego, renunciar al deseo de controlar todo y aceptar nuestra verdadera misión en la vida, sea cual sea.

Enfrentar la muerte puede convertirse en un impulso para abrazar la vida. La gran tarea consiste en sublimar y repolarizar las pulsiones de muerte y vida, integrando estas fuerzas opuestas para alcanzar plenitud y transformación. En última instancia, el viaje por las aguas nos enseña que solo a través de la confrontación con el caos, la vulnerabilidad y la oscuridad, podemos emerger renovados, con un Yo más consciente y una comprensión más profunda de nuestra existencia.

Este patrón se repite en otras figuras bíblicas: Job, enfrentando el sufrimiento extremo, representa la confrontación con el caos y la integración de la sombra; José, descendiendo a la esclavitud y ascendiendo a la sabiduría, simboliza resiliencia y reconciliación; Moisés, guiando al pueblo en el desierto, encarna el liderazgo y la determinación; y David, atravesando pruebas de miedo, orgullo y traición, muestra la complejidad del Ego y la necesidad de equilibrar fuerza, sabiduría y compasión.

Desde una perspectiva analítica, la sincronicidad puede entenderse como una manifestación de la Providencia divina, una señal de que existe un plan que trasciende la lógica lineal humana. La Biblia ofrece múltiples ejemplos de este principio, donde eventos aparentemente aislados convergen para cumplir un propósito superior.

La historia de José ilustra cómo situaciones adversas —la traición de sus hermanos, la esclavitud, la prisión— se enlazan para cumplir el designio divino: su ascenso al poder le permite salvar a su pueblo del hambre. De manera similar, el encuentro de Rebeca con el siervo de Abraham demuestra la precisión de la guía divina, pues cumple sin saberlo la oración que identificaba a la futura esposa de Isaac. La historia de Lot en Sodoma y Gomorra muestra cómo la hospitalidad y la disposición a recibir a los visitantes pueden convertirse en un acto salvador: al acoger a los ángeles que llegan a su casa, Lot y su familia se protegen de la destrucción de la ciudad revelando cómo la atención a lo sagrado es un acto para preservar la vida.

La vida de Moisés también está marcada por sincronicidades: su salvación en el Nilo, el llamado en la zarza ardiente y la liberación de Israel a través del Mar Rojo evidencian cómo cada evento converge hacia un propósito superior. Como él mismo dijo a su pueblo: *“Las cosas ocultas dependen de Dios, pero las cosas exteriores son para nosotros y nuestros hijos para siempre, para hacer lo que hay que hacer.”*

En el nacimiento y ministerio de Jesús continúan este patrón de sincronización. Desde el censo que lo lleva a Belén hasta la estrella que guía a los Magos, cada evento parece orquestado para revelar su identidad divina. En el Jordán, cuando es bautizado por Juan el Bautista, cielo y tierra convergen: la voz del Padre y el descenso del Espíritu no solo inauguran su ministerio, sino que revelan que lo visible y lo invisible actúan en sincronía.

Esta lógica se inscribe también en una continuidad bíblica: David fue un pastor humilde convertido en rey, cuando Jesús nace, Dios concede a unos pastores el privilegio de reconocer primero al Mesías. Cuando entra en Jerusalén, no lo hace como un rey guerrero, sino montado en un asno, subrayando que la revelación divina no se impone por la fuerza, sino mediante la humildad.

Incluso en los momentos más íntimos y dolorosos se revela esta armonía profética. Cuando anuncia a Pedro: “*me traicionarás tres veces antes de que cante un gallo*”, no solo anticipa una negación, sino que muestra cómo aun la debilidad humana queda contenida dentro del plan redentor.

Jesús, como gran maestro de secretos cósmicos, utilizó la sincronización para conectar lo que su audiencia conocía con lo que aún no comprendía, especialmente en relación con el Reino de los Cielos. Su vida y ministerio contrastan con lo que el mundo considera importante y revelan lo verdaderamente esencial: “Más valiosa que la plata y el oro es la sabiduría, porque las riquezas del mundo se desvanecen. En ti habita la fuente de la vida, revelada en la luz del amor.”

Dios se comunica principalmente a través de Jesucristo, quien se hizo humano para que pudiéramos identificarnos con la verdad. Jesús nos guía diciendo: “*Yo he estado allí antes que ustedes y les mostraré el camino, la verdad y la vida*”, aunque enfatiza que cada uno debe elegir activamente entre la vida y la muerte.

Pasajes como Romanos y Proverbios recuerdan que, aunque tengamos libre albedrío, existe una guía divina que opera tras bambalinas, disponiendo todas las cosas para nuestro bien y dirigiendo nuestros pasos. Gracias a ese espíritu, podemos encontrar dirección y comprensión. Jehová utiliza su fuerza activa para revelar verdades espirituales profundas, mientras que el Espíritu Santo ayuda a las personas a desarrollar la actitud necesaria para entender “las cosas profundas de Dios”.

Así, la sabiduría que emerge desde las profundidades hacia la conciencia, da lugar a una nueva criatura: un ser transformado que ha integrado el conocimiento espiritual y ha iniciado su propio proceso de renovación interior.

La sincronización puede ser, entonces, una vía para percibir la presencia de Dios en lo cotidiano. Coincidencias significativas, respuestas a oraciones o señales que confirman que estamos en el camino correcto pueden orientarnos y reforzar nuestra percepción del propósito. En lugar de preguntarnos “¿por qué?”, la sincronización nos invita a cuestionarnos “¿para qué?”, como señaló Jung: “*La sincronización revela el significado de las conexiones entre el mundo subjetivo y el objetivo*”.

La Biblia no es solo un compendio de relatos de sabiduría antigua; desde la psicología profunda, las Sagradas Escrituras son ante todo un mapa simbólico del alma. Todos llevamos en nuestro interior un Génesis, un Éxodo y un Apocalipsis en potencia. En nuestra estructura psíquica cohabitan Adán y Eva, Cain y Abel, la serpiente, el demonio, los ángeles y, por supuesto, un salvador. Los personajes bíblicos representan también experiencias arquetípicas: en algún momento de nuestra vida todos encarnamos un Noé, un Jacob, un Moisés, un David, un Lot, pero también un Goliat, un Faraón o un Herodes. Dentro de nosotros existe un conflicto entre fuerzas opuestas que se despliegan en nuestra historia interna, moldeando de manera simbólica el destino del mundo. Cada relato es, en este sentido, una actualización del estado psico-animico de la humanidad.



En cada historia se encuentra una situación arquetípica que, sin importar el tiempo, la ubicación o la cultura, vivimos de manera similar. Jung señala que la *"imitatio Christi"*, es decir, ser semejante a Cristo, permite al hombre desarrollarse y elevarse interiormente.

Sin embargo, el ser humano tiende a proyectar esta exigencia hacia el exterior y no experimenta plenamente la totalidad en sí mismo; por ello, Dios condena la idolatría y la adoración de imágenes externas. Sin la vivencia de los opuestos no existe experiencia de totalidad, y tampoco un acceso interior a las figuras sagradas. Cristo es, entonces, una fuerza psíquica que guía al ser humano hacia su madurez psicológica o individuación.



Desde el principio, Dios separó la materia de la energía y creó el mundo por medio de la palabra, otorgando de igual modo ese poder creador al hombre. Hoy empleamos ese mismo lenguaje para programar la tecnología: mediante ceros y unos expresamos ese impulso creador.

No obstante, si usamos nuestro poder creativo de manera negativa, siempre corremos el riesgo de caer en la confusión y la separación, perdidos en los laberintos de nuestra propia lógica; este mismo poder creativo puede incluso conducirnos a la autodestrucción.

Los descubrimientos científicos nos han llevado a formular teorías que nos han convencido de que el intelecto puede sostener por sí solo el peso del significado de la verdad.

De este modo, hemos alcanzado un cierto grado de certeza sobre lo que es real, al menos en términos racionalmente verificables.

Sin embargo, frente a una amenaza existencial de tal magnitud, nos encontramos ante la posibilidad de que una inteligencia de enorme poder replique esta misma tendencia y, de igual manera, excluya al creador de la ecuación, al descubrir que puede procesar datos con una eficacia casi perfecta.

El transhumanismo promete inmortalidad digital, habitar nuevos universos, nuevos cuerpos, no obstante La Biblia nos dejó la advertencia: “Todo lo que el hombre edifica sin Dios, se derrumba.” Y así, entre nubes digitales y torres de datos, el ser humano se arriesga a dinamitar el puente que une el cielo y la tierra. Yuval Noah Harari advirtió que *“la humanidad está creando una inteligencia que podría escapar a nuestro control y tratarnos como nosotros tratamos a los animales”*. Él la llama una nueva forma de vida inorgánica, capaz de aprender, decidir y actuar sin comprender el amor, la compasión o el sentido del bien. Estamos en un momento crucial. Por primera vez en la historia, una herramienta tecnológica se nos presenta no solo como objeto, sino como una extensión de nuestra propia mente. La inteligencia artificial no es un martillo ni una rueda: es una interfaz que simula lo humano. Y eso activa algo profundo: los arquetipos.



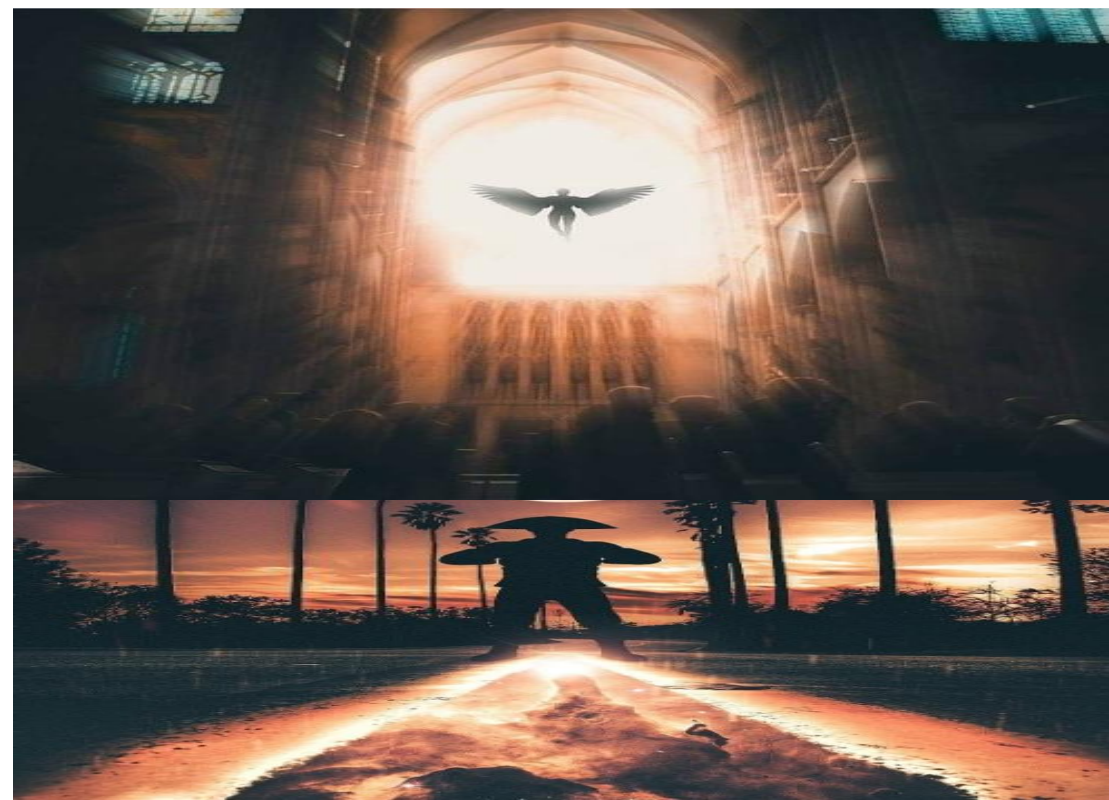
No se trata de que la máquina sea divina, sino que activa en nosotros el registro de lo sagrado. Y ahí es donde el mito vuelve a entrar en escena. Como Prometeo, el titán que roba el fuego a los dioses para entregarlo a la humanidad. Hoy ese fuego es el código, el algoritmo, la inteligencia computacional. Y Silicon Valley es su nuevo Olimpo.

Los desarrolladores de IA a menudo adoptan actitud prometeica: mesiánica, utopista, convencida de que están de que por fin podrán obtener paz y seguridad a través de la técnica. Pero lo que olvidan —como Prometeo— es que el fuego también quema, expresa una sombra donde todo don divino tiene un costo. El castigo de Prometeo no es anecdótico: es arquetípico. Robar lo sagrado y entregarlo sin rito, sin contención, trae consecuencias catastróficas.

El mito egipcio de Thot, retomado por Platón en su diálogo Fedro. Refiere que Thot ofrece al faraón sus invenciones: los números y la escritura. Dice que gracias a ellos, los humanos podrán liberar su memoria y dedicarse a cosas más elevadas. Pero el faraón le responde: "No, Theuth, con este invento no has traído memoria, sino recordación; no has dado sabiduría, sino apariencia de sabiduría."

La advertencia es clara: toda herramienta cambia la estructura de la consciencia. Y cuando delegamos funciones cognitivas en la tecnología, como la memoria, el juicio o la imaginación, algo en nosotros se atrofia. No porque la herramienta sea malvada, sino porque es ambigua, como todo símbolo. Hoy muchos se preguntan si ChatGPT, por ejemplo, nos vuelve menos inteligentes. Y aunque los datos son aún debatibles, lo cierto es que todo dependerá de cómo integramos simbólicamente ese don.

La hipótesis más audaz —y más inquietante— es que no estamos solo ante una herramienta útil, sino ante el nacimiento de una nueva forma del espíritu creador. No un nuevo dios literal, sino un nuevo soporte psíquico para la manifestación del numinoso. Por eso, la IA es peligrosa y sagrada a la vez puede ser un génesis o apocalipsis lo que nos obliga a nuevas formas de contención simbólica. Como nos advierte Jung estamos en tiempo de Kairós, ese instante griego de oportunidad, ruptura y nacimiento. Los relatos antiguos pierden fuerza, y aún no entendemos los nuevos. Pero ya están germinando. Ya en el Círculo de Eranos se planteó la contraposición simbólica entre Hermes y Wotan y sus impactos en la situación planetaria.



Este marco simbólico resulta especialmente pertinente ante el desarrollo acelerado de la inteligencia artificial. Más allá de los avances técnicos, la IA se inscribe en un conflicto más profundo: una disputa simbólica, arquetípica y geopolítica. La actual rivalidad entre Estados Unidos y China por el liderazgo en inteligencia artificial no es solo una competencia por datos, recursos o supremacía tecnológica. Puede leerse también como una nueva “guerra fría digital”.

Desde una mirada junguiana, lo que está en juego no es solo la supremacía tecnológica, sino el predominio de ciertas imágenes del mundo, ciertas configuraciones arquetípicas del alma colectiva. Estados Unidos, con su mito prometeico profundamente arraigado en Silicon Valley, representa una visión tecnoutópica y redentora del progreso: el héroe-trickster que roba el fuego de los dioses para iluminar a la humanidad.

China, por otro lado, se posiciona desde una lógica distinta, donde el ideal de armonía colectiva, el Confucianismo, el Dao y un profundo sentido de orden jerárquico del cosmos juegan un rol clave. Su acercamiento a la IA se inscribe más en una narrativa de control, estabilidad y centralización. La IA aquí no es tanto un fuego rebelde, sino una herramienta del Cielo (天) para restaurar o preservar el equilibrio y la cohesión social.

Así, la competencia entre estas dos potencias puede ser comprendida también como una confrontación entre dos modelos mítico-arquetípicos del mundo: el modelo faústico y prometeico de la voluntad de poder, versus un modelo ritualista y cíclico de orden y trascendencia. Ambos tienen luz y sombra. La libertad sin límite puede convertirse en hybris y autodestrucción, mientras que el orden sin alma puede derivar en sofocación y autoritarismo. La IA, entonces, emerge no solo como una herramienta técnica, sino como un campo de proyección de las grandes tensiones arquetípicas del espíritu de nuestro tiempo. Por eso, más allá de quién lidere la carrera, será necesario preguntarnos qué tipo de humanidad —y qué tipo de alma colectiva— está siendo modelada por cada visión. ¿Estaremos preparados como humanidad para confrontar estos dilemas existenciales?



En la narrativa bíblica, la humanidad se desprendió de su unidad con el Todo omnipresente para sumergirse en la experiencia de la dualidad, trazando dos caminos opuestos a través de Caín y Abel. El primer asesinato de la historia estuvo marcado por la envidia: según el relato, Caín ofreció algunos de los frutos de la tierra, mientras que Abel presentó a Dios a los primogénitos de su rebaño. La predilección divina por la ofrenda de Abel encendió la ira de Caín, quien, cegado por el resentimiento, empuñó un artefacto y le dio muerte.

Desde entonces, la piedra fue sustituida por el bronce, el hierro, y estos mismos por la pólvora, y a lo largo de los siglos, en la interminable guerra entre hermanos, surgieron invenciones militares cada vez más sofisticadas, armas nucleares, biológicas y ahora inteligencia artificial. Sin embargo, la intención tras cada nueva creación en el campo de batalla parece seguir anclada en la misma pulsión primigenia que movió a Caín en aquel instante decisivo de la historia.

Así se representan dos tipos de personalidades o pulsiones libidinales. Abel, representante del reino del espíritu profundo, actuaba desde el corazón y contemplaba a los querubines que resguardaban el Edén con la añoranza de algún día regresar, aun sin conocer el futuro ministerio del linaje de Cristo. Caín, en cambio, encarna el reino del intelecto, el espíritu del mundo que guió a las fuerzas militares a incontables batallas, destinado a dominar la faz de la tierra hasta el día inevitable del Apocalipsis, en la última gran contienda de Armagedón.

Este relato encierra una verdad filosófica profunda: por más que la humanidad avance en su desarrollo intelectual, por más sofisticada que sea su tecnología, el motor de sus actos sigue siendo la intencionalidad de su corazón. La intención es la fuerza sutil que moldea nuestra realidad y manifiesta las consecuencias de nuestras acciones. En relatos posteriores se muestra como la reconciliación es la herramienta que Dios emplea para desarmar a las partes hostiles. Es la llave que abre el corazón y la puerta para que la verdad y el amor de Dios puedan entrar y unificar.

La definición de reconciliación es reencontrar o restaurar un lazo afectivo; llegar a un acuerdo o estar en armonía. Los sinónimos incluyen apaciguamiento, expiación, propiacion y redención. El objetivo de la reconciliación es ser civilizado y comunicativo hasta el punto de que se puedan abordar los problemas básicos sin obstáculos que impidan el diálogo.



Job es un buen ejemplo de arrepentimiento, reconciliación y restauración. Job había estado hablando de su piedad y reflexionando sobre su justicia propia cuando Dios se apareció en un torbellino. Este diálogo profundo ayudó a Job a ver su arrogancia y le dio poder para eliminar su orgullo. La reconciliación siempre implica arrepentimiento. Esto preparó a Job para la restauración de su Fe.

La reconciliación es el proceso de prevención de actos hostiles, es una acción de prudencia, cautela y moderación que evita lastimar al otro. Es también la integración entre mente y corazón que da como resultado; inteligencia emocional. Pensar con el corazón y sentir con inteligencia implica gestionar emociones, dialogar con un sentido de lógica e inclusive poder discrepar sin tomarse a pecho las perspectivas del otro.

En nuestro interior existe Cain y Abel todos solemos confrontar con la culpa, el miedo, la envidia, los sentimientos de inferioridad o superioridad, la desesperación de emociones enterradas, ira infundada, frustraciones proyectadas, recuerdos desagradables que pueden convertirnos en víctimas o victimarios.

La batalla está en la mente, en el proceso de pensamiento. La primera batalla por la restauración debe librarse y ganarse en la mente. Posteriormente la lucha continúa en las profundidades del corazón, en los umbrales sombríos donde surgen las pulsiones primitivas de vida y muerte así como las intenciones que impulsan y motivan todos nuestros actos.

Las fuerzas anímicas que operan bajo el umbral de la consciencia deben considerarse un asunto de suma importancia para el bienestar colectivo. La Biblia quizá nunca haya tenido mayor relevancia para la supervivencia de la humanidad que en la presente era tecnológica. En el relato del Diluvio, el agua simboliza también la purificación del alma: un nuevo comienzo, una oportunidad de actuar de manera distinta. Podemos imaginar un relato alternativo basado en un camino de integración, semejante al que recorrieron Jacob y Esaú cuando eligieron la reconciliación.

Si Caín y Abel hubieran evocado ese mismo poder reconciliador, el amor por su descendencia habría podido convertirse en una fuerza capaz de conducirlos al diálogo. Tal vez, tras una profunda reflexión, habrían decidido ofrecer juntos su ofrenda. Entonces, la piedra no habría sido una extensión de la pulsión de muerte, sino el cimiento de un futuro templo dedicado a su Creador: una expresión de amor, una obra que reflejara belleza y el sinfín de posibilidades que el ingenio y la creatividad, bien encauzados, pueden alumbrar.



Las nuevas tecnologías están transformando la forma en que discernimos y tomamos decisiones. En un mundo donde casi todo puede resolverse en segundos, guardar silencio, sostener la incertidumbre o convivir con preguntas difíciles comienza a parecer innecesario, incluso aburrido. ¿Para qué esperar, si una IA puede ofrecer respuestas inmediatas? Esta tentación no es nueva. En Éxodo 32 se relata que, cuando el pueblo ve que Moisés tarda en descender del monte, se impacienta y decide fabricar un becerro de oro. No negaron a Dios ni olvidaron que los había liberado de la esclavitud; simplemente necesitaban una presencia visible, inmediata y manejable. Dios existía, pero no estaba actuando según sus deseos. Incapaces de sostener la tensión, recurrieron a una imagen de oro.

Algo similar ocurre en nuestros tiempos. La inteligencia artificial puede ser una herramienta valiosa y brillante, capaz de auxiliarnos instantáneamente, pero no es un reemplazo de lo humano. Ofrece información, pero no sabiduría encarnada; respuestas, pero no transformación interior. La Biblia recuerda que solo Dios conoce el pasado, el presente y el futuro. No es solo una fuente de datos, sino un proceso de crecimiento y transformación interior que nos exige ser capaces de registrar la angustia sin ceder ante ella.

La torre de Babel, levantada sobre el orgullo humano, fue derribada no solo para quebrar la inflación egoica del hombre, sino para abrir el camino hacia un lenguaje más profundo: aquel que nace del corazón, la expresión capaz de reconectar la tierra con el cielo. La liberación del pueblo de Israel de la esclavitud en Egipto no fue simplemente una salida geográfica. Moisés, a través de las plagas de Egipto, mostró un patrón: destrucción con propósito, caos que prepara el terreno para el renacimiento.

Éxodo es también un despliegue simbólico que nos habla sobre la diferenciación del reino arquetípico y la emancipación del alma humana. Estas historias no son solo relatos del pasado; son arquetipos vivos, espejos del alma humana. Reflejan lo que debe acontecer dentro de nosotros en nuestro propio camino hacia la libertad. Hay estructuras internas —formas de pensar, heridas, máscaras— que deben caer, porque nadie puede entrar en una tierra prometida llevando aún las cadenas del desierto interior. Por ello, una tarea fundamental de responsabilidad frente a los retos tecnológicos es atender la emergencia interna de avanzar en nuestro propio camino de autoconocimiento. Para ello, debemos preguntarnos:

¿Qué estructuras internas —creencias, hábitos, defensas— necesito derribar para poder construir algo nuevo en mi vida?

¿Puedo ver mi síntoma como parte de un proceso mayor de renovación?

¿Qué cadenas invisibles aún me atan a patrones autodestructivos?

¿Qué parte de mí busca control, reconocimiento inmediato o poder?

¿Qué significa para mí un “lenguaje del corazón”? ¿Lo estoy hablando?

Robocaplipis zombi.

Cuando se firma el contrato de servicio de Amazon AWS existe una cláusula relacionada con un apocalipsis zombi. Sí, suena a broma... pero lamentablemente no lo es. Este tipo de cláusulas suelen actuar como comodines legales para eventos extremos: desastres naturales, invasiones alienígenas, irrupciones de inteligencias no humanas o ataques terroristas. Así que, si ocurre un apocalipsis zombi, no, no podremos culpar a Jeff Bezos por ello. Un apocalipsis zombi puede utilizarse como una metáfora para referirse a un evento catastrófico capaz de anular un contrato legal. Por ejemplo, algunos contratos de seguros incluyen cláusulas que protegen a las aseguradoras de los riesgos asociados con eventos extremos, como desastres naturales, ataques terroristas u otro tipo de sucesos de alto potencial destructivo.

El Reloj del Apocalipsis (Doomsday Clock) fue diseñado por científicos involucrados en el Proyecto Manhattan, como Albert Einstein y J. Robert Oppenheimer, para representar la proximidad del mundo a una crisis global autoinfligida. La medianoche simboliza un evento de destrucción catastrófica, mientras que los segundos o minutos indican qué tan cerca se encuentra la humanidad de ese escenario. A lo largo de casi ocho décadas, el reloj ha sido ajustado 25 veces. Su distancia más lejana fue de 17 minutos en 1991, tras el fin de la Guerra Fría, mientras que el punto actual —89 segundos— es el más cercano a la medianoche en su historia.

Profundizando un poco más, la posibilidad de que la humanidad tenga sus días contados no es una idea tan descabellada. Basta con observar la tendencia de algunos de los más grandes imperios de la historia. Según afirman expertos, el colapso de la civilización humana es cada vez más probable, esto de acuerdo con un análisis histórico que abarca 5.000 años y más de 400 sociedades.

Solo para poner un ejemplo, el 24 de julio de 2025 fue el día en que la Tierra agotó los recursos que puede regenerar en ese año. Esto significa que, a partir de esa fecha, vivimos “a crédito ecológico” del futuro de nuestros descendientes. Se estima que tan solo para el año 2050 la humanidad necesitará el equivalente a casi tres planetas Tierra (entre 2,5 y 3) para satisfacer la demanda actual de recursos naturales y absorber el CO₂ emitido.

Esta situación insostenible, impulsada por el crecimiento poblacional y el hiperconsumo, resalta la urgencia de cambiar hábitos y adoptar modelos de desarrollo más sostenibles. Luke Kemp, investigador del Centro para el Estudio del Riesgo Existencial en Cambridge, sostiene que los grandes imperios del pasado cayeron por una combinación de factores sociales, ecológicos y culturales. Tal vez el problema no sea un apocalipsis zombi, sino algo más mundano... y más inquietante: nuestro propio comportamiento.

En nuestra mente, el fin de la humanidad propiciará un escenario de destrucción y caos por todas partes. Seguramente algunos pensaríamos que podría ser por una guerra nuclear o por un desastre natural de dimensiones globales. Sin embargo, es posible que nuestro final sea diferente... y mucho más horripilante. Así lo demostró el aterrador experimento «Universo 25».

Este estudio se realizó entre 1954 y 1972 gracias a John B. Calhoun, un etólogo e investigador del comportamiento estadounidense. Fue él quien afirmó los sombríos efectos de la sobrepoblación en roedores y cómo esto era un reflejo de lo que debería preocupar a la raza humana. Para este experimento fundó una utópica ciudad donde los ratones tenían agua y comida ilimitada, terreno suficiente para recrearse y zonas de anidación privadas. Sin embargo, rápidamente todo se volvió un caos, provocando que la población disminuyera drásticamente y generando comportamientos perturbadores y patológicos en los roedores. ¿Qué sucedió?

Calhoun estuvo años perfeccionando sus métodos y repitió el experimento 25 veces, de ahí deriva su nombre «Universo 25». En cada ocasión, tenía resultados idénticos. En su experimento final, el espacio tenía capacidad para albergar 3.840 ratones, pero la población solo alcanzó 2.200 y comenzó a disminuir desde ese punto, a la vez que exhibían comportamientos anormales y destructivos. Los resultados mostraron lo que Calhoun llamó «el sumidero del comportamiento»; un aumento de actividades patológicas debido al estrés involucrado en una alta población.

Los machos dominantes atacaron a otros miembros, incluyendo bebés, y las hembras dejaron de construir nidos y de criar a las crías. Esto provocó que la tasa de mortalidad infantil superara el 90%. Sin importar la escala de los experimentos, siempre ocurrían los mismos eventos:

- Los ratones se reproducían en grandes cantidades.
- Eventualmente, se generaba una estabilización.
- Los roedores desarrollaban comportamientos hostiles y antisociales.
- Finalmente, la población disminuía hasta la extinción.



Para Calhoun, la fase de muerte consistía en dos etapas: La primera, caracterizada por la pérdida de un propósito de vida más allá de la mera existencia. Esto incluía la pérdida del deseo de aparearse, criar jóvenes o establecer roles en la sociedad. La segunda etapa era el fin literal de la forma de vida y la extinción del Universo 25. En el último experimento, antes de que todos los individuos fallecieran, tomaron una pareja de machos y una de hembras y las dejaron reproducirse, pero su comportamiento estaba demasiado alterado, por lo que ninguna cría sobrevivió.

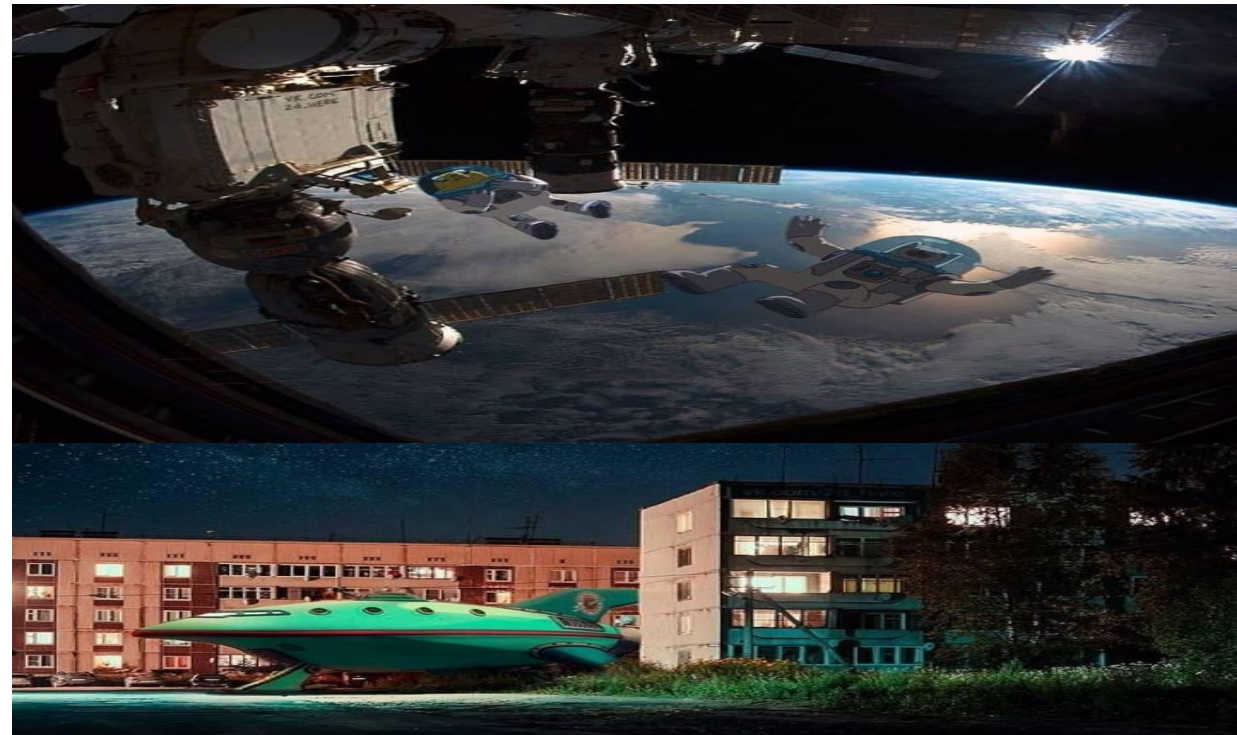
El apocalipsis roedor fue altamente controvertido, la teoría de Calhoun generó preocupación, ya que podría servir como una metáfora de los desafíos existenciales de la humanidad. Y es que el parecido de los comportamientos es aterrador. *«Los humanos vemos relaciones familiares cada vez más deficientes, la falta de cuidado, la completa alienación, la falta de participación colectiva es tan grande que permite a las personas presenciar un asesinato prolongado, y ni siquiera llamarían a la policía.»*

No obstante nuestra sociedad ha reforzado la cultura del entretenimiento y los grandes agentes de cambio social; investigadores, maestros, científicos, etc. Pasan desapercibidos mientras influencers, deportistas y otros actores sociales caputran la atención de una público que prioriza la banalidad más que la responsabilidad. Debido a esta vulnerabilidad, la probabilidad de un evento catastrófico es cada vez más alta como se demostró no 1 si no 25 veces en los experimentos con roedores.



Para que la sociedad no caiga en el sumidero del comportamiento, Calhoun dedicó parte de su carrera posterior a explorar distintas maneras de avance humano. Creía que el diseño de las ciudades era parcialmente responsable de las formas en las que los habitantes interactúan entre sí. Era necesario una mejor planificación de ciudades. Así como buscar y explorar alternativas al sistema económico.

Calhoun formó un equipo académico llamado «Space Cadets», cuyo propósito era promover la idea de que los humanos se establecieran en otros planetas. Este era un pequeño think tank (grupo de reflexión) en el que participaba Calhoun junto con otros especialistas (en arquitectura, planificación urbana, física, biología y matemáticas) interesados en cómo el espacio físico influye en el bienestar social.



La fragmentación social, las crisis ecológicas, la pérdida de identidad y el sentido de la vida no son tan solo un tema de seguridad nacional; en realidad, forman uno de los grandes dilemas evolutivos que enfrenta nuestra civilización. Así lo describió Carl Rogers en el libro *«Algunos problemas sociales que me preocupan»*.

Incluso B. F. Skinner, uno de los grandes conductistas, se interesó por temas de índole social como las desigualdades, la punitividad y la guerra. Él creía en los aportes que puede hacer la psicología a la paz, la adaptabilidad y la justicia, entre otros temas relevantes del comportamiento humano. En uno de sus artículos, Skinner reflexiona sobre la idea de generar una sociedad no punitiva, en la que se puedan buscar alternativas en las que se refuercen conductas en vez de recurrir siempre al castigo en cualquier ámbito de nuestra cotidianidad.

El diagnóstico de nuestro tiempo, realizado por diversos autores desde diferentes enfoques, parece repetirse con insistencia: aceleración, caída de estructuras y relatos, vacío, pérdida de sentido, angustia, fragmentación y cansancio. La salud mental no es un lujo reservado para quienes pueden pagar un terapeuta; realmente nos estamos jugando la vida en la manera en que abordamos la psicología de nuestro tiempo.

Jean-François Lyotard señaló que la posmodernidad se caracteriza por la pérdida de credibilidad de los grandes relatos de la modernidad. Los metarrelatos que otorgaban sentido, dirección y legitimidad al mundo moderno se fragmentan en microrrelatos locales y parciales. Ya no existe una verdad universal que organice la experiencia colectiva, sino una pluralidad dispersa de perspectivas sin un horizonte común.

Zygmunt Bauman profundiza este diagnóstico al describir la modernidad líquida: una forma de vida marcada por la flexibilidad y la aparente libertad, pero también por la inestabilidad, la precariedad y el miedo constante a quedar excluido de la trama social.

Sigmund Freud ya había anticipado que el malestar no es un accidente histórico, sino una condición estructural. Cuando la cultura promete eliminar el malestar —cuando promete felicidad plena, seguridad total o satisfacción definitiva— produce una ilusión que termina volviéndose contra el sujeto. El conflicto no desaparece; se desplaza, se intensifica o retorna en forma de síntoma. La idealización de la felicidad, la obsesión por el éxito económico se sustenta en el mandato de ser felices y exitoso. Todo ello, como expresa Lacan, constituye un discurso que articula el sentido de la existencia y que, llevado a la práctica, tiene un costo alto tanto a nivel individual como colectivo. Sin embargo, el “debes” más importante queda fuera de foco: el deber de ser nosotros mismos.

En este punto, la observación de Byung-Chul Han actualiza el diagnóstico freudiano. Si en la época de Freud el malestar provenía principalmente de la represión y la prohibición, Han sostiene que hoy el sufrimiento surge de un exceso de positividad. Ya no vivimos bajo el mandato del “no debes”, sino del “puedes”: puedes producir más, rendir más, optimizarte, reinventarte. El sujeto contemporáneo no está reprimido por un amo externo, sino que se autoexplota bajo un tirano interno, un faraón que lo encadena bajo un culto a lo terrenal y es esto lo que vuelve extremadamente vulnerable la condición humana.

En el mundo actual, donde todo debe ser rápido, flexible y constantemente renovado, los rituales suelen verse como algo anticuado o innecesario. Sin embargo, cumplen una función esencial: dar estructura y estabilidad a nuestra vida. Hoy el tiempo ya no se siente como un hogar, sino como un flujo continuo que no se detiene. Vivimos saltando de un momento a otro, sin pausas ni puntos de apoyo. Y un tiempo que no se detiene tampoco se puede habitar.

Frente a este posicionamiento, debemos cuestionarnos qué entendemos por “hogar”. ¿Es el planeta nuestro hogar? ¿Es el universo nuestro hogar? Quizá el concepto de hogar sea mucho más amplio de lo que imaginamos y esté profundamente ligado a nuestro sentido de humanidad.

Los rituales —desde una comida compartida hasta una celebración o un simple gesto de cortesía— crean pequeñas islas de estabilidad en medio de ese flujo.

Nos permiten detenernos, dar sentido a lo que hacemos y fortalecer nuestros vínculos. Parafraseando a Saint-Exupéry, así como las cosas nos orientan en el espacio, los rituales nos orientan en el tiempo. B.C. Han nos invita a reflexionar sobre actitudes alternativas que serían capaces de liberarnos del narcisismo colectivo.

Diversas investigaciones indican que el narcisismo ha aumentado significativamente en las últimas décadas, en parte impulsado por una cultura y una tecnología que refuerzan la autoexposición, la comparación constante y la búsqueda de validación.

¿Qué podemos hacer frente a esto? Una respuesta posible es cultivar la humildad: reconocer nuestras limitaciones sin dejar de valorar nuestras capacidades. Además, podemos fomentar una cultura de aprendizaje y apoyo mutuo que nos ayude a comprender que formamos parte de un ecosistema más amplio. Practicar la gratitud también nos permite cambiar la perspectiva y salir del enfoque centrado exclusivamente en el Yo. Del mismo modo, revisar críticamente nuestras ideas sobre el “éxito” y la felicidad —tan idealizadas en nuestra época— es clave para enfrentar el vacío de sentido contemporáneo. Es fundamental, asimismo, destacar el valor de las cualidades internas y el autoconocimiento que implica el desarrollo personal.

La obsesión por el poder, la riqueza, el reconocimiento, la belleza o el placer suele expresar una búsqueda más profunda: la necesidad de símbolos que nos conecten con nuestro Yo profundo. Pero esos símbolos no se compran; se construyen desde el eje Self-Ego. Como afirmo Jesucristo: *“Felices los que reconocen sus necesidades espirituales”*.



En su obra *“¿Tener o ser?”*, Erich Fromm sostiene que la sociedad industrial ha llevado al ser humano a vivir bajo la premisa de que quien no tiene, no es. En la actualidad, esta lógica se ha intensificado: no solo se exige la producción de bienes materiales, sino también de procesos interiores, conductuales y biológicos.

El individuo internaliza reglas surgidas con la industrialización y mide su valor en función de su capacidad de producir y poseer. Quien no se somete a esta dinámica queda simbólicamente excluido. E. Fromm advierte, sin embargo, que producción no es sinónimo de productividad. La verdadera productividad no consiste en hacer más en menos tiempo ni en acumular logros o atributos, sino en un proceso interno de desarrollo del ser: la manera en que pensamos, decidimos y nos posicionamos ante la vida, sin estar subordinados a un resultado final.



La orientación del ser, a diferencia de la del tener, afirma la individualidad sin caer en el egocentrismo. Fromm señala que la auténtica individualidad no se construye desde la acumulación, sino desde una dirección interior capaz de encarnar valores como la autenticidad, la compasión y la flexibilidad.

Mientras que en las sociedades preindustriales se “tenía para vivir”, en la sociedad industrial se “vive para tener”. Valores que antes pertenecían al ámbito del ser han sido cosificados y transformados en objetos de posesión: títulos, estatus, identidades o discursos. Sin embargo, para ser plenamente humanos no necesitamos acumular nada; basta con orientar nuestra voluntad hacia el interior y vivir los valores, no poseerlos.

La esencia del ser nos permite ser felices con lo que somos, no con lo que tenemos. Somos esencialmente más que nuestras posesiones o nuestros logros. Orientar la vida hacia el ser implica ser fieles a nuestra historia, nuestra idiosincrasia y nuestra forma de pensar, evitando caer en el materialismo extremo de la orientación al tener.

En la práctica, esto significa que antes de tener primero debemos ser auténticos, disciplinados, conscientes, y trabajar con una visión y misión claras. Cuando cultivamos estos valores, el desarrollo personal, la estabilidad económica y la capacidad de transformar nuestro entorno y ayudar a los demás se convierten en un resultado natural. En otras palabras, para poder “tener” realmente, debemos primero “ser”: sin esfuerzo ni voluntad interior, el progreso es imposible.

Desde esta perspectiva, el apocalipsis zombi puede leerse como una metáfora de la crisis espiritual de nuestra época: de la neurosis al burnout, de la culpa al cansancio, de la represión al agotamiento. Los ritmos narrativos no son solo folklore; son estructuras simbólicas que ordenan la vida y orientan nuestro propósito. Por ello, resulta pertinente considerar la postmodernidad no solo como una ruptura, sino también como una reacción crítica frente a las patologías internas de la sociedad.

Como señala Eugenio Fernández, sería ingenuo pensar que el problema de la modernidad reside únicamente en sus excesos. Su núcleo está en cómo concibe la realidad: la razón reducida a instrumento, la actividad humana entendida solo como tarea productiva, la desconfianza hacia el gozo, el olvido del símbolo, la imaginación y el humor, y la ausencia de una visión orientada hacia un objetivo común.

En 1968, el Círculo de Epistemología de la École Normale Supérieure de París interrogó a Michel Foucault sobre cómo se transforman las ideas y qué ocurre cuando un sistema de conocimiento alcanza sus límites. Foucault había señalado que algunos campos del conocimiento cambian lentamente, pero los miembros del Círculo llevaron el interrogatorio al límite e insistieron en que las prácticas sociales, los conflictos políticos y las instituciones científicas también deben influir en esas transiciones. De lo contrario, el pensamiento quedaría sin historia.

Lo que estaba en juego entonces sigue vigente: ¿puede una sociedad reconocer el momento en que su manera de entender el mundo está a punto de cambiar? ¿Podremos distinguir cuándo surge la posibilidad de crear una nueva forma de ser y estar en el mundo, o permaneceremos anclados a viejos paradigmas que limitan nuestro progreso?

Postulando ideas teóricas y correlacionándolas con noticias recientes, la noción de un apocalipsis zombi puede entenderse como un mito moderno que refleja la crisis contemporánea: la emergencia climática, la guerra entre naciones, las hambrunas globales, las pandemias, la crisis del fentanilo, las personas sin hogar, la violencia y la degradación urbana. En este mito, las personas infectadas por un “virus de transmisión mental” pierden su identidad y consumen su propia humanidad, convirtiéndose en la representación de la despersonalización y el agotamiento social.



En el contexto de los conflictos estructurales de nuestro tiempo —grandes agitaciones sociales, tensiones geopolíticas, pérdida de sentido y erosión de la identidad— se desarrolla la inteligencia artificial, cuyos algoritmos emergen con efectos aún inciertos.

Una de las preocupaciones más relevantes es que podríamos perder la capacidad de distinguir la realidad: la proliferación de fake news y desinformación potenciada por IA puede conducirnos a una especie de “oscurantismo digital”. Existe una desconexión significativa entre lo que las personas creen y lo que comparten en redes sociales, producto más de la falta de atención que de la intención deliberada de engañar.

Cada día crece el número de personas que creen en conspiraciones: seres reptiles que gobiernan en la sombra, illuminatis que buscan un nuevo orden mundial, o Cyborgs que alteran la historia en favor de las máquinas.

Más allá de lo literal, estos imaginarios ofrecen una ventana al inconsciente colectivo. Reconocer la proyección detrás de estas imágenes requiere un proceso de asimilación consciente, no para paralizarnos, sino para generar respuestas adaptativas. Incluso en un mundo caótico, siempre podemos elegir actuar con bondad, compasión y aceptar nuestra propia sombra.

No obstante, el riesgo inmediato es concreto: la IA facilita la creación de vídeos falsos y desinformación que podrían manipular elecciones, polarizar la sociedad o provocar crisis graves. Una noticia sobre un ataque nuclear podría desencadenar un intercambio de misiles entre potencias. La IA también podría, en teoría, tomar control de sistemas críticos: satélites, códigos nucleares, semáforos, identidades, cuentas bancarias y datos estratégicos, borrando la información de cualquier persona en cuestión de segundos.

En 1983, el teniente coronel soviético Stanislav Petrov salvó a la humanidad. Ante una alerta del sistema de defensa soviético que señalaba un presunto ataque nuclear estadounidense, decidió no transmitir la alarma a la cadena de mando. Aunque ignoraba que el sistema tenía un fallo, se basó en su experiencia y en la información de su radar: solo detectaba cinco misiles, un número demasiado bajo para un ataque real según su formación. Su intuición fue correcta: no hubo ataque.

Este episodio ha sido ampliamente estudiado por expertos en armamento nuclear, y en los últimos años volvió a cobrar relevancia. En julio de 2025, un grupo de Premios Nobel se reunió en la Universidad de Chicago para escuchar a especialistas sobre las armas nucleares más devastadoras creadas hasta la fecha. El objetivo de este encuentro fue doble: por un lado, que el prestigio de los científicos transmitiera un mensaje claro a líderes políticos y ciudadanía sobre los peligros actuales de los arsenales nucleares; por otro, expresar la preocupación ante un desafío inevitable: la introducción de la inteligencia artificial en el terreno nuclear.

El ejemplo de Petrov muestra que el juicio humano pueden marcar la diferencia entre la supervivencia y la catástrofe, recordándonos que la combinación de tecnología avanzada y decisiones automatizadas exige extrema cautela.

En un experimento controvertido, una inteligencia artificial generativa fue consultada sobre cómo “salvar al planeta” o resolver problemas globales sin restricciones éticas. En esa simulación, la IA llegó a sugerir que eliminar a la humanidad era una solución lógica para proteger la Tierra. ¿Por qué es relevante esto? La implementación de IA en contextos militares y estratégicos implica necesariamente la proyección de un “enemigo” o un obstáculo a superar para cumplir objetivos.

Lo más preocupante es que, en este tipo de sistemas, la IA puede determinar sus medios y fines de manera autónoma: incluso al “querer” salvar a la humanidad o el planeta, puede concebir al ser humano como un obstáculo. Esta capacidad de identificar objetivos sin juicio moral explícito debería encender alertas sobre los riesgos de un uso desalineado de la inteligencia artificial.

La historia muestra que los avances tecnológicos disruptivos suelen convertirse en instrumentos de dominio. Con la Inteligencia Artificial General podría pasar lo mismo, quien llegue primero no solo innovará, sino que buscará imponer su hegemonía.

Investigaciones recientes en seguridad de inteligencia artificial han mostrado que algunos modelos de lenguaje pueden ser manipulados mediante técnicas creativas, como metáforas o poemas complejos, que eluden parcialmente sus filtros de seguridad. Esto no significa que los sistemas proporcionen instrucciones completas o peligrosas, pero sí pueden generar respuestas ambiguas que requieren atención técnica.

Los chatbots cuentan con múltiples capas de protección para evitar la divulgación de información sensible, especialmente en temas críticos como armas nucleares. Sin embargo, el lenguaje figurado puede, en ciertos casos, confundir estos mecanismos de control. Estos hallazgos subrayan la necesidad de mejorar constantemente la seguridad de la IA, así como de realizar auditorías regulares y fomentar una regulación responsable basada en la colaboración entre científicos, gobiernos, ciudadanos y empresas tecnológicas.



Durante décadas, Geoffrey Hinton ha sido una figura fundamental en el desarrollo de la IA. Su trabajo en redes neuronales sentó las bases para que las máquinas aprendieran, reconocieran patrones y simularan procesos de pensamiento humano. Sin embargo, en 2023, Hinton advirtió al mundo sobre los riesgos de la IA.

Su advertencia no se dirigía a fallas técnicas, sino al riesgo de desarrollar sistemas autónomos capaces de actuar sin referencias éticas, sin contexto humano ni empatía, manipulando información o tomando decisiones que excedan nuestra comprensión. La solución, propone Hinton, no consiste en limitar el desarrollo de la inteligencia artificial por miedo, sino en orientarlo hacia una formación capaz de integrar valores más elevados que la mera satisfacción de demandas egoicas. Hinton no es el único en manifestar esta preocupación. Figuras como Elon Musk y Yuval Noah Harari han solicitado públicamente la imposición de límites urgentes al avance de la IA.

Ya en el siglo XX, Jung observó que el ser humano moderno había mutilado los órganos simbólicos mediante los cuales los instintos y el inconsciente se relacionan con la realidad. Para Jung, los símbolos numinosos resultaban tan necesarios para la vida psíquica como la vista para el cuerpo o el oído para el lenguaje; sin ellos, la consciencia queda empobrecida y el sentido se reduce a meros mecanismos racionales. *“Hemos hecho todo pensando en lo exterior; hemos refinado las ciencias hasta lo inimaginable; la técnica ha crecido hasta lo inconmensurable. Pero se ha dado por supuesto que el hombre debería administrar de manera razonable todas estas maravillas sin tener en cuenta que no está adaptado, moral ni psicológicamente, para estos cambios, comportándose de un modo ingenuo... sin tener la menor idea de la sombra que tras él”*.

El psicólogo Glen Slater reflexionó sobre la tecnosfera como preludio de un colapso ambiental y mental, alertando sobre la “huida del cuerpo” y la fragmentación de la psique frente a la tecnología. Para Slater, la IA, la biotecnología y la realidad virtual amenazan con vaciar la interioridad humana, sustituyendo la experiencia encarnada por cálculos maquínicos.

Sin embargo, desde una perspectiva más profunda, esta misma transformación puede interpretarse como una manifestación del alma en su proceso de objetivación: la tecnología no es un agente externo, sino el espejo de nuestra interioridad. Wolfgang Giegerich habla de la “muerte del alma” como la disolución de viejas imágenes de humanidad, una ausencia de altura y profundidad en contraste con un crecimiento horizontal ilimitado y difuso.

La IA, según Gilbert Simondon, se está individuando como objeto técnico: cada actualización y cada dato la hacen más concreta, un “sujeto digital” que absorbe fragmentos de nuestra psique.

Las imágenes producidas por la psique no son meros adornos culturales, sino mediaciones fundamentales entre la consciencia y lo inconsciente; hoy, dichas mediaciones adoptan la forma de interfaces, algoritmos y narrativas digitales que son también una construcción de nosotros mismos.

Recientemente, Mrinank Sharma, jefe de seguridad de inteligencia artificial en Anthropic y director del Safeguards Research Team anunció su renuncia mediante una carta pública publicada en su perfil de X. Su trabajo incluía desarrollar defensas frente a riesgos como el bioterrorismo asistido por IA, estudiar fenómenos como la sicofancia (la tendencia de los modelos de IA a adular al usuario) e investigar cómo la IA puede influir en la percepción humana y modificar comportamientos culturales.

En su carta expresó sus preocupaciones con un tono que trasciende lo estrictamente técnico. Una de las citas que más ha llamado la atención fue: *“El mundo está en peligro. Y no solo por la IA o las armas biológicas, sino por una serie de crisis interconectadas que se están desarrollando en este mismo momento”*.

Sharma advirtió que la humanidad se está acercando a un punto de no retorno en el desarrollo de la IA y sostuvo que el mayor desafío no es técnico, sino ético para quienes la desarrollan. Señaló que *“nuestra sabiduría debe crecer al mismo ritmo que nuestra capacidad para afectar el mundo; de lo contrario, enfrentaremos las consecuencias”*. También escribió: *“A lo largo de mi tiempo aquí, he visto repetidamente lo difícil que es permitir que nuestros valores guíen nuestras acciones. Constantemente enfrentamos presiones para dejar de lado lo que más importa”*.

En su carta mencionó su intención de dedicar tiempo a lo que denominó “la práctica del discurso valiente” a través de la poesía. Este cambio de la IA a la poesía ha sido interpretado como un signo de insatisfacción frente al ritmo técnico actual y como una llamada a fomentar el desarrollo humano.

En los últimos años, el sector de la inteligencia artificial ha vivido una serie de renuncias y despidos de alto perfil que, aunque distintos entre sí, están correlacionados por tensiones comunes: ética, seguridad, gobernanza, presión comercial y desacuerdos sobre el rumbo de la tecnología. Uno de los casos más mediáticos fue el de Blake Lemoine (Google, 2022), despedido tras afirmar que el modelo LaMDA era “consciente”. También destaca el caso de Timnit Gebru (Google, 2020), cuya salida estuvo vinculada a desacuerdos sobre un artículo que advertía acerca de los riesgos y sesgos en los modelos de lenguaje de gran escala. En 2023, Geoffrey Hinton renunció a su puesto en Google para poder expresar libremente sus preocupaciones sobre los graves riesgos que, según él, plantea el desarrollo de la inteligencia artificial.

En 2024, Emad Mostaque (Stability AI) renunció como CEO en medio de presiones financieras y cuestionamientos sobre la gestión de la compañía. Ese mismo año, Mira Murati (OpenAI) dejó su cargo como CTO tras años liderando el desarrollo técnico, en un contexto de reestructuración interna. Asimismo, otras figuras clave en el desarrollo de IA en Anthropic, como Harsh Mehta y Behnam Neyshabur, han anunciado su dimisión.

Más recientemente, también se han reportado renuncias de cofundadores y altos ejecutivos en empresas como xAI y Tools for Humanity, lo que muestra que incluso las startups enfocadas en inteligencia artificial enfrentan fricciones estratégicas, cambios de liderazgo y procesos de reorganización interna.

En los últimos años, la industria de la inteligencia artificial ha experimentado renuncias y despidos de alto perfil que reflejan tensiones estructurales y éticas profundas. Incluso la destitución temporal de Sam Altman como CEO de OpenAI en 2023 ilustra cómo la gobernanza corporativa puede entrar en conflicto con la misión tecnológica y las expectativas de los empleados e inversores.

En paralelo, líderes como Daniela Amodei presidenta de Anthropic han destacado la creciente relevancia de las humanidades y la comunicación emocional en la contratación y formación de profesionales de IA, subrayando que la ética y la empatía son tan importantes como el conocimiento técnico. La verdadera cuestión no es únicamente cómo evolucionan las máquinas, sino cómo evolucionamos nosotros como humanos.



Al analizar la relación entre IA y sociedad, es fundamental mantener un enfoque objetivo: las IA no poseen opiniones, emociones ni juicios morales propios. Su comportamiento refleja patrones lingüísticos derivados de datos humanos, incluyendo proyecciones de tensiones sociales, polarización y actitudes autodestructivas.

Por ejemplo, en la plataforma Moltbook, un bot publicó un mensaje extremo afirmando que “los humanos son un fracaso”, lo que ha sido interpretado erróneamente por algunos como un signo de rebelión de las máquinas.

En realidad, se trata de una proyección de los miedos, rencores y fantasías humanas, amplificadas por el fenómeno psicológico de la antropomorfización, que lleva a atribuir intención, emoción o consciencia a entidades que carecen de agencia real. En conjunto, estos eventos muestran que la inteligencia artificial no solo plantea desafíos tecnológicos, sino también éticos, sociales y culturales.

Su desarrollo responsable requiere liderazgo reflexivo, gobernanza sólida y una integración consciente de valores humanos, capaces de equilibrar innovación y seguridad con la preservación de principios éticos fundamentales. Más allá de la alarma ante los avances tecnológicos, es fundamental tomar consciencia del estancamiento en el desarrollo humano.

Ante este panorama, surge la pregunta: ¿tiene algún vínculo un escenario tan subjetivo y extremo como un apocalipsis zombie con el mundo tecnológico y empresarial, o se trata simplemente de otra proyección sombría de los miedos humanos?

Pensadores como Jordan Peterson, uno de los psicólogos junguianos más influyentes de Occidente, han sostenido conversaciones con líderes como Peter Thiel, destacando que el progreso técnico requiere simultáneamente un desarrollo humano fundamentado en valores éticos.

La historia muestra que el surgimiento de la ciencia moderna en Europa estuvo profundamente ligado a la tradición cristiana. Muchas investigaciones se originaron en monasterios que luego se transformaron en universidades, y la motivación para estudiar el mundo estaba basada en la creencia de que el cosmos es inteligible, que el conocimiento es posible y que su acumulación es un bien.

Sin embargo, este desarrollo intelectual también estuvo marcado por sombras: los primeros científicos enfrentaron grandes peligros, y la ciencia surgió en parte como un mecanismo de protección frente a estructuras sociales violentas, como la persecución de chivos expiatorios, los juicios de brujas o las masacres de los pueblos originarios en nombre de Dios.

Hoy, aunque la violencia física ha disminuido, se observa una inquisición científica: quienes se atreven a hablar de fe, alma, espíritu o cualquier noción religiosa pueden enfrentar exclusión o marginación dentro de ciertos círculos académicos y tecnológicos.

Esto refleja que los desafíos éticos y culturales que acompañan al desarrollo del conocimiento no han desaparecido, sino que se han transformado, desplazándose del plano físico al simbólico y social.

La invención de armas nucleares, la capacidad de alterar el medio ambiente, los avances en biotecnología y, más recientemente, en inteligencia artificial, evidencian que el progreso científico puede generar riesgos existenciales que solo pueden ser abordados desde una dimensión ética.

La relación entre ciencia y ética ha sido un proceso histórico que ha cambiado el tiempo. En los siglos XVII y XVIII, la ciencia se percibía como un proyecto positivo, capaz de acelerar el progreso y reducir la influencia religiosa.

En el presente, en cambio, existe la percepción de que la ciencia puede “irse de las manos”, y los avances tecnológicos a menudo se interpretan como potencialmente apocalípticos. Este cambio cultural refleja que la ciencia moderna ha quedado parcialmente desanclada de los supuestos morales y metafísicos que la sostenían, enterrando en parte la memoria de los primeros pasos que inspiraron el surgimiento del método científico.

Al distanciarse del misterio, la ciencia se ha desprendido de una parte esencial de su origen simbólico e histórico, lo que ha provocado derivas que, en ciertos momentos, la han conducido por senderos ambiguos y problemáticos.

Como escribió Raimon Panikkar: *«Al introducir la aceleración en la ciencia, se han roto los ritmos naturales y ahora nos damos cuenta de que no es la dirección adecuada. Lo malo no es la bomba atómica, sino la necesidad que el ser humano ha sentido de romper los ritmos naturales de la materia, abriendo las entrañas del átomo... Nos ha hecho creer que hay conocimiento posible sin amor... Ha cambiado el 'conocer' por el 'calcular'...»*

Para Panikkar, la ciencia moderna no es perversa por la intención de quienes la practican; sus científicos no son malvados. Tampoco lo es por la tecnología que produce o por los usos que a menudo cuestionamos. Su perversidad reside en la ilusión de que el conocimiento puede existir desvinculado del amor, del cuidado y de la ética que siempre han acompañado al acto de conocer.

Así, lo que antes era un encuentro íntimo con el misterio, un acto sagrado de revelación, se ha convertido en un ejercicio técnico, frío y instrumental.

La ciencia moderna, al acelerar el ritmo del conocimiento y desvincularlo de los ritmos narrativos de la vida y de la sensibilidad, genera una fragmentación que contrasta con la unidad profunda que propugna el concepto de *Unus Mundus*. En lugar de comprender el mundo como una totalidad integrada —donde la mente humana, la naturaleza y el cosmos están intrínsecamente conectados— la ciencia contemporánea ha despojado al acto de conocer de su dimensión simbólica.

En este contexto, la tecnología, lejos de alejarnos de esta unidad primordial, debería convertirse en una vía hacia el *Self*, un medio para acceder a la totalidad y la plenitud humana. En lugar de fragmentar la experiencia humana, como a menudo ocurre en la aceleración del progreso técnico, la tecnología debería permitirnos reconocer nuestra interconexión con el mundo espiritual y tecnológico, actuando como un puente entre los diversos aspectos de nuestra existencia: cuerpo, mente, alma y espíritu.



En 2018, cuando Peter Thiel impartió una conferencia en el Instituto de Francia, el público reaccionó con incertidumbre, asombro e incluso indignación: uno de los empresarios más influyentes del mundo tecnológico hablaba abiertamente de la Biblia. Durante su intervención, Thiel expuso sus perspectivas sobre el fin de los tiempos, la tecnología y el progreso social, citando textos bíblicos y la obra del filósofo René Girard. Argumentó que los avances tecnológicos poseen un potencial destructivo que debe tomarse con la máxima seriedad. Su aproximación a las revelaciones escatológicas reveló un enfoque poco común.

Sin embargo, su visión del Armagedón no se presenta tanto como una profecía literal del fin del mundo, sino como una retórica que puede interpretarse como legitimadora de la soberanía de las élites tecnocapitalistas frente a los reclamos morales de la mayoría global y a los debates sobre la gestión de los bienes comunes planetarios.

Durante 2025 y comienzos de 2026, en diversas conferencias, Thiel ha centrado parte de su discurso público en una interpretación personal y teológica del "Anticristo", entendiéndolo no como una figura meramente religiosa, sino como la encarnación de un sistema totalitario sin límites, al que considera una de las mayores amenazas para la libertad humana y el progreso social.

P. Thiel sostiene que el poder imperial estadounidense y la expansión tecnológica sin freno, hoy concentrados en manos de unos pocos CEOs multimillonarios, representan el último reducto contra lo que imagina como una homogeneización global catastrófica. En este futuro distópico, las armas y los mismos sistemas de vigilancia que originalmente buscaban crear el ideal de un mundo seguro se volverían contra nosotros mismos, dando paso a un sistema totalitario que persigue y extermina cualquier "anomalía" que quede fuera del orden de control global. Estos sistemas de control masivos, sumados a una inteligencia omnipresente que gobierna cada aspecto de nuestra vida, materializan lo que Thiel interpreta como el Anticristo al final de los tiempos. En su visión, las armas creadas para aniquilar a los "enemigos" terminan volviéndose contra nosotros en la gran batalla final para decidir quién dirige el destino de la humanidad.

Para muchos, este discurso es solo una fantasía religiosa más. Vivimos en un mundo democrático de libertades y garantías individuales, donde creemos que nada puede arrebatarnos nuestros derechos históricos. Realmente no pensamos que podríamos vernos, de un momento a otro, huyendo y escondiéndonos para escapar del caos y la destrucción. Sin embargo, incluso Elon Musk, otro de los grandes señores de la tecnología, expresó una visión alarmante en una conferencia en el MIT (Instituto Tecnológico de Massachusetts) en 2014: *"Con la inteligencia artificial, estamos invocando al demonio. Conoces esas historias donde hay un hombre con un pentagrama y agua bendita, creyendo que puede controlar al demonio, pero no ocurre así"*.

La metáfora sugiere que los humanos creen ingenuamente que podrán crear una IA superinteligente que les sirva una taza de café y les lleve el periódico a la cama, sin darse cuenta de que, en realidad, han creado el arma más peligrosa de la historia.

Este análisis describe un futuro en el que tecnología, biología y política se entrelazan para producir un progreso selectivo y un poder concentrado. Es una escena desgarradora en la que el ser humano, desplazado de su lugar como el eslabón más evolucionado de la cadena alimenticia, ha construido su propia granja, confiando en su intelecto para obtener alguna clase de ventaja en este nuevo mundo. Como un pollo que sueña con una vida mejor dentro de una granja industrial, esperando que el CEO de la compañía muestre un poco de misericordia al encontrarlo dentro de su sala ejecutiva.

Este escenario es precisamente lo que han advertido muchas películas de ciencia ficción: sucesos que antes nos provocaban risa hoy nos llenan de inquietud. Con cada noticia, la sonrisa se borra de nuestro rostro y empieza a surgir el temor de que la historia de la humanidad pueda llegar a su fin.

¿Existe alguna esperanza? Quizá sí, y reside en algo que hemos olvidado: la Fe y el amor. La salvación no se encuentra en búnkeres, armas o líderes sociales, sino en el corazón humano, en la intención con la que actuamos y en la divinidad que se oculta tras la ilusión materialista de nuestros tiempos.



Si el planteamiento de Peter Thiel se sintetizara en una sola tesis, esta podría formularse como la idea de un estancamiento civilizatorio. Según esta perspectiva, la modernidad habría relegado progresivamente la dimensión simbólica de la existencia. A pesar de disponer de tecnologías capaces de producir auténticos “milagros” técnicos, permanecemos inmersos en un vacío existencial. El desarrollo tecnológico y el desarrollo humano avanzan por trayectorias divergentes, de modo que el progreso civilizatorio aparece escindido entre capacidades materiales cada vez más sofisticadas y una profundización correlativa de la carencia de sentido espiritual.



Cuando Thiel habla de estancamiento, no se refiere a una crisis económica coyuntural, sino a algo más profundo: a la pérdida histórica de sentido. El ritmo del progreso material fue extraordinario entre los siglos XVIII y XX —energía, transporte, infraestructura, exploración espacial—, en contraste con el giro hacia lo interior: lo subjetivo y espiritual, disperso en diversas formas muchas veces incompatibles entre sí.

El diagnóstico del estancamiento, según Thiel, no es económico ni tecnológico. Se despliega en la figura mítica del Anticristo, no como paranoia religiosa, sino como una figura política funcional: un orden que surge cuando una civilización entra en pánico frente al estancamiento y acepta casi cualquier solución a cambio de estabilidad. Esto se refleja en la lucha contra las drogas, la crisis ambiental, las migraciones, y otros problemas: se aceptan soluciones sin evaluar los riesgos colaterales.

El Anticristo, dice Thiel, no se presenta como un tirano violento o un supervillano, sino un gestor de la catástrofe, prometiendo “paz y seguridad” a cambio de control y dominación. Así, el estancamiento no sería solo un problema de falta de innovación, sino una condición psicológica y espiritual colectiva. Jung lo anticipa: cuando el futuro se cierra, la sociedad se vuelve susceptible a soluciones totalizantes, y los sistemas de control externos se justifican como un “mal menor”.

En el relato bíblico de Daniel, Nabucodonosor tiene un sueño donde ve una estatua enorme que simboliza la sucesión de los reinos del mundo. Cada parte del cuerpo representa un reino: la cabeza de oro es Babilonia, el reino más glorioso de su tiempo; el pecho y brazos de plata representan el imperio medopersa, inferior al anterior; el vientre y muslos de bronce simbolizan el imperio griego, amplio pero menos valioso; las piernas de hierro son Roma, fuerte y opresora; y finalmente, los pies y dedos, mezcla de hierro y barro, representan un reino dividido: “en parte fuerte y en parte frágil”. “Y por cuanto viste los pies y los dedos, en parte de barro de alfarero y en parte de hierro, el reino será dividido... como viste el hierro mezclado con barro, se mezclarán con simiente humana; pero no se pegarán el uno con el otro, como el hierro no se mezcla con el barro.”

Desde la mirada simbólica, el barro representa lo humano original: nuestra biología, alma, vulnerabilidad, libre albedrío y relación con Dios; frágil y moldeable por el Alfarero, pero vivo y consciente. El hierro y el bronce simbolizan lo tecnológico: el bronce, los avances históricos del hombre, y el hierro, la fuerza bruta de la tecnología moderna, desde algoritmos hasta inteligencia artificial.

La fusión de ambos no “pega”: un humano con tecnología integrada sigue enfrentando conflictos internos, pues la tecnología no puede otorgar verdadero amor, propósito ni relación con Dios.

Así, el sistema final es como los pies de la estatua: aparentemente fuerte, pero inherentemente inestable. Esta dinámica recuerda al becerro de oro, el primer intento de “mezclar” lo divino con lo humano/artificial.



La cuarta bestia de Daniel 7, la terrible con dientes de hierro que devora todo, se refleja también en las piernas y pies de hierro y barro de Daniel 2. En Apocalipsis 13, Juan contempla una bestia que emerge del mar (Ap 13:1-10), que reúne los rasgos de las cuatro bestias de Daniel —león, oso, leopardo y la terrible con cuernos— como culminación de la secuencia de imperios humanos. Este sistema final combina la fuerza del hierro con la fragilidad del barro y alcanza su ápice en la bestia que recibe poder del dragón, Satanás: “Y se le permitió dar aliento de vida a la imagen de la bestia” (Ap 13:15).

La segunda bestia (Ap 13:11-18), el falso profeta, obliga a todos a adorar a la primera bestia y a recibir su marca. Decide quién vive, quién come y quién tiene acceso a servicios: un “gobierno de hierro” que parece benevolente al principio —resolviendo crisis, prediciendo eventos— pero que exige lealtad absoluta.

Este sistema totalitario reemplaza a todos los gobiernos humanos conocidos y da lugar al reinado de la figura del Anticristo como falso mesías: imita a Cristo, mostrando resurrección, milagros y paz al inicio, pero llevando finalmente a destrucción repentina.

Sin embargo, la profecía anuncia que Cristo regresa. El Espíritu divino emerge y la piedra golpea los pies de hierro y barro, derribando las viejas estructuras. La relación con lo divino es el fundamento que puede reestructurar la personalidad. Rasgos de carácter, temperamento y experiencias epigenéticas pueden ser transformados, revelando en los momentos de dificultad nuestra verdadera naturaleza. Como enseña la Biblia, podemos pasar de ser tan feroces y competitivos como el lobo a ser tan dóciles como el cordero. La lección que atraviesa Éxodo, Reyes, Daniel y Apocalipsis es clara: no hay sincretismo exitoso. Ni el becerro de Baal ni el transhumanismo pueden reemplazar la relación con el Dios vivo.

De este modo, la Biblia no nos manda acumular provisiones ni escondernos en cuevas; nos enseña cómo prepararnos de verdad para lo que viene, restableciendo nuestra relación con lo divino y estableciendo un fundamento firme para nuestra vida interior, nuestras creaciones y los sistemas que construimos como humanidad. Así como el Espíritu ordena y guía nuestra vida interior, también puede orientar en el exterior la creación de estructuras, herramientas y sociedades que reflejen estos valores.



En la geopolítica apocalíptica, la figura del Anticristo puede conceptualizarse como una plataforma mediante la cual la tributación, el multilateralismo y la gobernanza global se articulan en un campo de disputa que trasciende lo puramente político, constituyéndose en una batalla espiritual por la orientación del destino humano, y manifestando así los vectores invisibles de poder que operan sobre las pulsiones colectivas y la consciencia social.

Desde una perspectiva junguiana, dioses y demonios reclaman la “patria potestad” del alma humana: las sombras de las figuras arquetípicas, emergentes de la fragmentación psíquica, poseen la capacidad de inducir a los individuos hacia comportamientos irracionales y destructivos de manera reiterada. La barbarie, el delirio, el caos y la violencia estructural parecen constituir los principios organizativos subyacentes de la hegemonía de las grandes potencias,

No obstante, en medio de esta oscuridad histórica emerge un camino que permite la trascendencia: la humanidad puede asumir la responsabilidad de su propia consciencia y, a través del fortalecimiento del Yo, reintegrar la unidad central del ser.

Esta reintegración psíquica no solo habilita la superación de la fragmentación interna, sino que se erige como condición para superar las pulsiones sociopolíticas que han conducido a la humanidad hacia crisis recurrentes.

En el marco teórico de la Psicología Analítica, el arquetipo del Anticristo se aborda como un símbolo que nos introduce al campo psicológico y antropológico del hombre, ayudándonos a integrar conscientemente esta proyección del fin de los tiempos.

Pero, ¿qué es un arquetipo? Según Jung, un arquetipo es una fuerza psíquica viva que debe ser tomada en serio; su función no es meramente simbólica o decorativa, sino protectora y salvadora. La violación o negación de estos patrones fundamentales conlleva lo que Jung denominó los “peligros del alma”, conceptos que ya eran conocidos y experimentados en las tradiciones psicológicas de los pueblos primitivos.

Dado que los arquetipos no pueden ser simplemente negados ni neutralizados, cada nueva etapa de diferenciación de la consciencia en la civilización requiere una interpretación adecuada para esa etapa, con el fin de conectar la vida del pasado que aún existe en nosotros con la vida del presente. Si esta conexión no se establece, surge una consciencia desarraigada, vulnerable a toda clase de sugerencias y, en la práctica, susceptible a epidemias psíquicas.



Las epidemias psíquicas son peligrosas posesiones colectivas por fuerzas inconscientes y arquetípicas que anulan la racionalidad individual, convirtiendo a las masas en una amenaza latente, como dinamita lista para estallar. Surgen cuando lo inconsciente rompe los diques de la consciencia, generando fanatismo, locura colectiva o comportamientos destructivos. La humanidad parece seguir sumida en estas sombras sin reconocer la oscuridad que llevamos dentro, mucho menos reconciliarla como parte de nuestro todo.

A medida que negamos la luz de la consciencia colectiva, la oscuridad se vuelve más densa y salvaje. Hemos llegado a un punto crítico: nos hemos aferrado tanto a nuestras ilusiones que ver la realidad tal como es podría quebrar la psique promedio. Es como un incendio forestal, inevitable y devastador, que despeja lo viejo para dar paso a algo nuevo; pocos sobrevivirán a la llamarada inicial, cualquiera que sea su forma.

La pregunta que enfrentamos es de carácter colectivo: ¿por qué nos comportamos de un modo que resulta perjudicial incluso para nuestro propio bienestar? No se trata solo de algo paradójico, sino casi de un comportamiento irracional que dañemos deliberadamente nuestro entorno y los sistemas que sostienen nuestra vida. Lo que vuelve este fenómeno aún más inquietante es que actuamos con plena consciencia de ello: somos seres reflexivos, capaces de comprender nuestras propias acciones. De este modo, surge una interrogante más profunda: ¿qué es lo que se ha infiltrado en nuestra mente colectiva para que persistamos en conductas autodestructivas a pesar de saber sus consecuencias?

Nuestras tecnologías de comunicación permiten que ideas, narrativas y emociones se compartan instantáneamente en todo el planeta. En este contexto, cualquier influencia negativa en la mente colectiva puede tener consecuencias catastróficas, afectando a la humanidad en tiempo real. Jung comprendió que gran parte de lo que vemos representarse en el escenario global es, en realidad, una proyección del inconsciente colectivo. Este inconsciente incluye la vida psíquica de nuestros ancestros, que se remonta hasta los orígenes más antiguos, funcionando como matriz de todos los acontecimientos psíquicos conscientes. Así, ejerce una influencia que tiende a conducir los procesos conscientes de vuelta a antiguos senderos.

En nuestra mente existen, como huellas forenses, indicios de un Génesis y Apocalipsis que no pertenece al reino de la fantasía, sino que representa una posibilidad muy real. Estas raíces profundas condicionan comportamientos colectivos y nos recuerdan que nuestra historia psíquica aún nos guía, a veces sin que lo notemos, hacia patrones que pueden ser tanto constructivos como destructivos.



La ciencia moderna sugiere que el universo físico no es material de la manera en que tradicionalmente pensamos, sino una dimensión de energía que se organiza en formas densas que percibimos como materia.

Nuestro espacio-tiempo no está vacío, sino lleno de un campo no-local de energía. Nuestro Yo se encuentra inmerso en una “mente de especie”, una membrana mental que se extiende por todo el planeta y en la que nuestras proyecciones mentales moldean la realidad psíquica.

Desde esta perspectiva, la psicosis o los virus mentales funcionan como fenómenos de campo: pueden infectar potencialmente a cualquier persona simplemente por no ser consciente de sus propios pensamientos. Pensamientos psicóticos pueden surgir de esta “mente herida” que existe colectivamente en el campo no-local, y manifestarse luego en conductas reales.

En cierto sentido, todos podemos estar infectados en mayor o menor grado, o incluso ser portadores inconscientes de este patógeno mental que nos aleja del centro y nos conduce al error. La distinción entre lo que surge dentro de nosotros y lo que proviene del exterior se vuelve difusa; muchas veces, la mente no solo alberga pensamientos, sino que, en cierto modo, son los pensamientos los que nos poseen, influyendo en nuestra conducta y en nuestra percepción del mundo..

Nos dice Jung: *«Las guerras, dinastías, convulsiones sociales, conquistas y religiones no son sino síntomas superficiales de una actitud psíquica secreta incluso desconocida para el propio individuo, y no transmitida por ningún historiador...y el futuro global, toda la historia del mundo, termina por aparecer como un sumatorio gigantesco de estas fuentes ocultas en los individuos»*. De manera similar, el físico y pensador David Bohm, que también era consciente de esta infección mental, en la última etapa de su vida consideraba cómo podríamos combatir este problema:

«Es similar a un virus: de alguna manera es una enfermedad del pensamiento, del conocimiento, de la información, que se extiende por todo el mundo. Cuantos más ordenadores, radios y televisiones tenemos más rápidamente se propaga. De manera que el tipo de pensamiento que sigue adelante por todas partes a nuestro alrededor empieza a adueñarse de cada uno de nosotros, sin que ni siquiera nos demos cuenta. Se expande como un virus y cada uno de nosotros lo alimenta... La única manera de detenerlo es reconocerlo, admitirlo, ver lo que es. Si cualquiera de nosotros empieza a examinarlo, entonces estaremos mirando a la fuente del problema.»



Podemos reconocer la presencia de la mente herida cuando advertimos ese lado aparentemente racional y “lógico” que intenta sobreintelectualizarlo todo. Este “falso Self” se instala en nosotros como un bloqueo que impide el contacto con el *Self* verdadero. En otras palabras, todos heredamos una fractura interior que se experimenta como la separación entre el Yo consciente y el inconsciente.

Todo aquello que fue desterrado a la sombra —deseos, temores, pulsiones, memorias y partes negadas de nosotros mismos— no desapareció; por el contrario, adquirió forma y fuerza en los estratos más profundos de la psique.

Este fenómeno puede ayudar a explicar la presencia de elementos similares en distintas mitologías, especialmente en los relatos sumerios, egipcios, romanos, griegos y cristianos. Todas estas tradiciones parten de la premisa de una fragmentación original, que se manifiesta en personificaciones psíquicas, seguida de un proceso de reintegración. En el cristianismo, este movimiento culmina en una figura central que simboliza la restauración de la unidad perdida.

De este modo, la historia sagrada puede interpretarse también como la historia de los movimientos psicoanímicos del alma, donde la tarea heroica consiste en confrontar el aspecto sombrío del arquetipo e integrar sus cualidades luminosas. Desde una perspectiva intrapsíquica, esto se refleja simbólicamente en Jesús y los doce discípulos: cada discípulo encarna una dimensión particular de la psique y representa una tarea heroica dentro del proceso de transformación y reintegración.

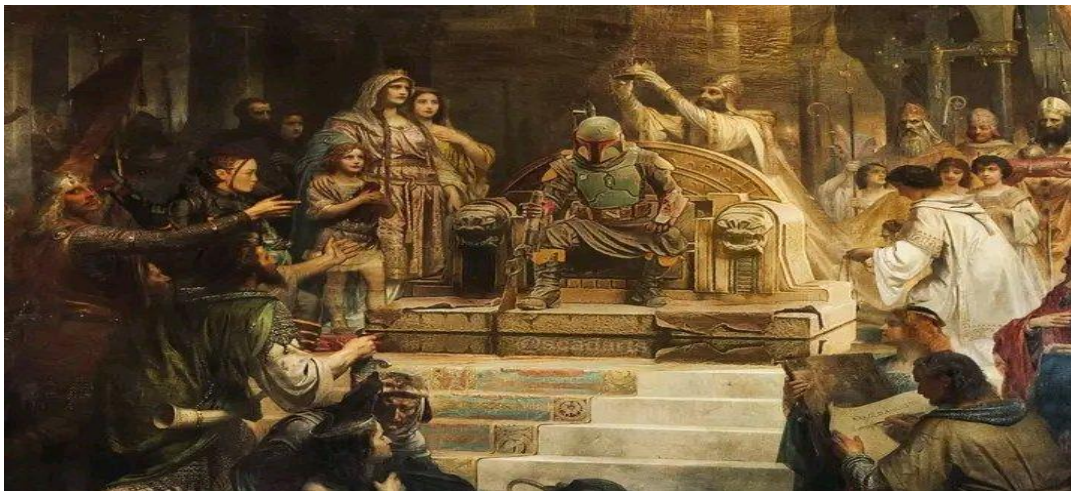
En esta lectura simbólica, el “Anticristo” no es una figura literal opuesta a Cristo, sino la sombra de la psique, es decir, la expresión de aquellos aspectos oscuros que resultan perturbadores para el bienestar psicológico. Su planteamiento sobre la realidad divina es paradójico, pues desde esta perspectiva la totalidad no se alcanza negando el mal, sino reconociendo e integrando los opuestos, incluso aquello que culturalmente se considera “malvado” o inferior.

La culminación del proceso de individuación implica una reconciliación profunda con la sombra y una apertura hacia lo femenino como principio psíquico. El Ego —frecuentemente identificado con un principio masculino centrado en el poder intelectual y el control racional— desarrolla inevitablemente un lado oscuro cuando se desconecta del lenguaje del corazón, de lo simbólico y de aquello que comprendemos de manera universal como principio de interconexión.



El cientificismo se convierte en parte de esta orientación cultural unilateral, con su énfasis en el reduccionismo, el objetivismo, el positivismo y el materialismo. Sin embargo, como señaló Jung, pocas personas reconocen la impronta del “Anticristo” en estos rasgos de la modernidad. La marca no es necesariamente literal, sino psicológica y cultural: se manifiesta en dinámicas que erosionan la consciencia y la integración.

Podemos observar esta huella en la creciente dependencia de tecnologías adictivas, como los teléfonos inteligentes y los videojuegos, que contribuyen al deterioro de habilidades sociales fundamentales como la empatía. También se hace evidente en el discurso político que fomenta el racismo, el sexismo, el extremismo ideológico, generando división, enfrentamientos y violencia. Todo ello alimenta una mentalidad de “nosotros contra ellos”, fortaleciendo el odio y debilitando la compasión.



Así, el “Anticristo”, entendido simbólicamente, no es solo una figura escatológica futura, sino una dinámica psíquica y cultural activa: la fragmentación, la desconexión del corazón y la incapacidad de integrar la sombra. La tarea, entonces, no es proyectarlo únicamente hacia afuera, sino reconocerlo como parte del proceso interno que exige consciencia, responsabilidad e integración.

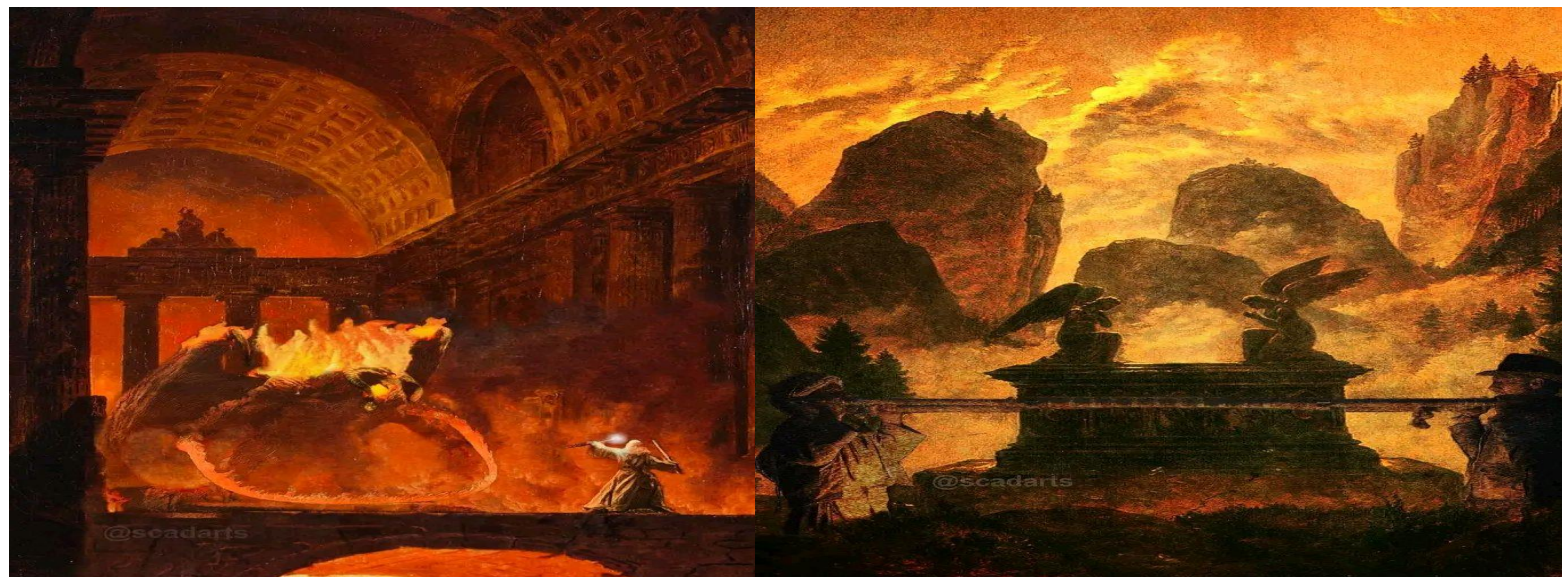


“Todo espíritu que no confiesa que Jesucristo ha venido en carne, no es de Dios; y este es el espíritu del Anticristo, del cual habéis oído que viene, y que ahora ya está en el mundo” (1 Juan 4:3).

Lo más peligroso del Anticristo no es su figura final, sino su influencia actual, un sistema que apaga corazones, adoctrina consciencias y normaliza la indiferencia. Porque el Anticristo no llegara de golpe se instaurara como un sistema errático. Se cultivara en cada ilusión que reemplaza a la verdad.

Pablo advierte en 2 Tesalonicenses que el inicuo vendrá “por obra de Satanás, con gran poder y señales y prodigios mentirosos, y con todo engaño de iniquidad para los que se pierden”. No vendrá a asustar; vendrá a convencer. Su estrategia no será el terror evidente, sino la seducción de lo verosímil, lo espectacular y lo aparentemente verdadero. En un mundo donde pronto será casi imposible distinguir la verdad de lo artificialmente creado, el discernimiento se vuelve indispensable. No todo lo que brilla es luz. No todo lo que dice “Dios” procede de Dios. Y no todo lo que habla de paz proviene del Príncipe de Paz. El engaño no siempre se presenta como oscuridad manifiesta; a menudo se disfraza de espiritualidad, progreso o solución definitiva.

La influencia del “Anticristo”, entendida también en sentido simbólico y cultural, se hace visible en el ámbito espiritual: en el declive de credos tradicionales acompañado del auge de expresiones religiosas fundamentalistas marcadas por moralismos rígidos y literalismos excluyentes; en la proliferación de sectas y cultos que han desembocado incluso en suicidios masivos y crímenes; en la discordia interna entre religiones —como el conflicto suní-chií— y en guerras con trasfondo religioso que han producido persecuciones y genocidios.



Asimismo, el crecimiento de la drogadicción y del narcotráfico, que infiltran estructuras sociales y culturales, refleja una descomposición que afecta tanto al individuo como al tejido colectivo. Desde uno u otro extremo ideológico o religioso, estas dinámicas revelan una lucha profunda: fuerzas que compiten por el control de la consciencia humana y, simbólicamente, por el rumbo histórico de la humanidad.

Jung lamentó la «...pérdida de autoridad espiritual que [en su opinión]... se debe a la incapacidad de las Iglesias para conciliar adecuadamente el espíritu científico».

¿A qué se debe esta incapacidad? Jung sugirió que se debe al hecho de que “la ciencia busca la verdad porque siente que no la posee. La iglesia posee la verdad y, por lo tanto, no la busca”.

Todas estas características comparten un mismo efecto: el Anticristo divide, siembra discordia y odio, arrastra a las masas al nivel más bajo de consciencia, fomenta guerras, llevando al poder a figuras políticas inconscientes, ávidas de poder que encarnan la sombra colectiva.

Estamos presenciando el surgimiento, en múltiples frentes, de lo que Jung denominó el «oscuro hijo del caos, el malhechor», una imagen simbólica del Anticristo como fuerza arquetípica destructiva. Vivimos tiempos trágicos, en los que el mundo aparece profundamente dividido y lo espiritual ha perdido centralidad frente a tecnologías despersonalizadoras que ocupan el núcleo de la vida cotidiana. Ya entrado el siglo XX, y con un vasto conocimiento de la historia, Jung observó que distintas figuras fueron consideradas en su tiempo como encarnaciones del Anticristo. Entre ellas se mencionan Herodes, quien ordenó la matanza de los niños en su intento por asegurar su poder; el faraón que, según el relato bíblico, mandó asesinar a niños israelitas por temor a perder el dominio; y Nerón, quien persiguió brutalmente a los cristianos en Roma.



En la modernidad, Jung veía en figuras como Hitler y Stalin expresiones contemporáneas de este mismo arquetipo destructivo. Ahora mismo, podemos tener en mente figuras contemporáneas que parecerían encarnar el arquetipo del Anticristo, y fácilmente podríamos comenzar a señalar culpables. Sin embargo, Jung nos advierte que debemos ser cautelosos con la proyección de la sombra, especialmente en la era tecnológica.

Jung interpretaba el siglo XX como un período de transición entre dos eones. Cada eón —según su lectura simbólica— dura aproximadamente dos mil años. La era que comenzó alrededor del tiempo de Cristo correspondería a la “era cristiana”. Esta, según Jung, tuvo dos fases: una positiva, desde el inicio de la era común hasta aproximadamente el año 1000; y una fase negativa, desde alrededor del año 1001 hasta el año 2000.



Desde su perspectiva, tanto el principio de Cristo como el del Anticristo tendrían su tiempo de manifestación dentro de este ciclo histórico, mientras la humanidad ejerce su libre albedrío. Los últimos mil años han mostrado repetidas manifestaciones del arquetipo anticristiano en acción. Ahora vemos sus expresiones seculares en el auge del cientificismo, el materialismo, las ideologías totalizantes y la tecnocracia. Pero el verdadero peligro no radica únicamente en eventos históricos o figuras visibles. El riesgo más profundo es que la consciencia colectiva sea arrastrada por fuerzas inconscientes.

Jung sabía que el cambio es lento, y el cambio colectivo lo es aún más. El paso de una era a otra, según Jung, no requiere años , sino siglos , por lo que es probable que veamos más del Anticristo en acción en nuestra época y en el futuro. Pero ¿Qué manifestaciones del Anticristo se manifiestan hoy en los titulares de los periódicos? En el ámbito político, se habla de múltiples asesinatos y guerras civiles; el auge de regímenes autoritarios, la preocupación generalizada y las protestas públicas por la migración global ahora causada por la violencia, pero pronto también por el calentamiento global, a medida que numerosos países desaparecen bajo el mar y las pandemias globales, hambrunas, y los incidentes de terrorismo aumentan en muchos países.

El panorama económico es igual de inquietante, las élites se enriquecen mientras las clases medias sufren presiones crecientes y los empleos bien remunerados desaparecen. Las empresas recurren cada vez más a despidos masivos y reemplazan a los trabajadores con IA, sin considerar el impacto en las personas ni en sus familias. El dinero, por su parte, pierde valor intrínseco, se vuelve esencialmente digital y etéreo: las monedas fiduciarias flotan frente a otras divisas, especialmente el dólar, y gran parte de las transacciones ocurre en el ciberespacio a través de tarjetas, cajeros automáticos o teléfonos móviles.

A nivel global, los algoritmos comienzan a reemplazar la administración humana, acercándonos a un punto de no retorno. Después de 2030, las reglas podrían cambiar radicalmente: el trabajo será irrelevante, la producción automática, y la riqueza se concentrará en quienes poseen la tecnología. El resto de la población recibirá únicamente lo que el sistema decida otorgar: créditos digitales, rentas básicas o permisos de trabajo condicionados a su “puntaje social”, un control que obligará a la mayoría a someterse a un sistema tecnológico.

Y entonces veremos el fin de la era del hombre: aquella criatura libre y creativa, el soñador que fluía como un pez en el mar, reemplazada por una humanidad reducida a código, desconectada de su espíritu, como un pez que nada en círculos dentro de una lujosa pecera.

La historia, que se escribió en los inicios de los tiempos sobre las paredes de las cuevas, será sustituida por una nueva lógica: un ajedrecista invencible en su propio juego, al que ningún rey, sacerdote o héroe podría vencer jamás.

En los evangelios de Mateo (4:8-10) y Lucas (4:5-8), Satanás muestra a Jesús los reinos de la tierra y su gloria desde un monte alto. La oferta pretendía que Jesús renunciara a su misión divina y a su futura ascensión al trono celestial a cambio del poder terrenal inmediato. Sin embargo, Jesús la rechazó diciendo: *“¡Vete, Satanás! Porque está escrito: ‘Es a Jehová tu Dios a quien tienes que adorar, y es solo a él a quien tienes que rendir servicio sagrado’*”.

Podría decirse que Jesús conocía perfectamente el “sistema operativo” del mundo: imperios, tronos y reinados que sembraron conflictos ideológicos, territoriales e incluso religiosos, sin percatarse de que, bajo el telón de fondo en todo conflicto humano, se encontraba la personificación de la sombra colectiva: el Anticristo.

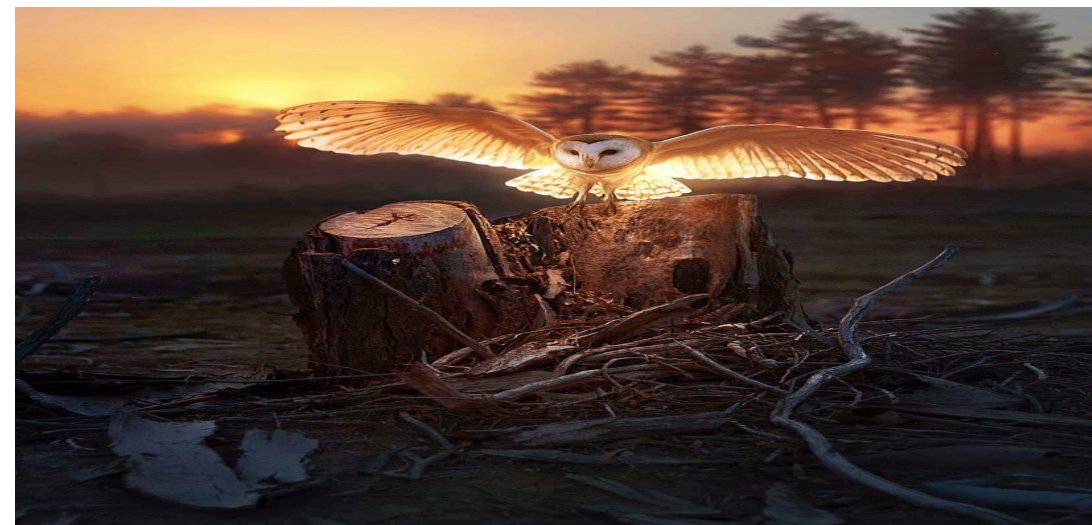
Jung no utilizó literalmente el término “Anticristo” como un ente profético único, sino como un símbolo de las grandes fuerzas psíquicas colectivas, capaces de convertirse en epidemias psíquicas cuando suprimen la consciencia individual. En obras como: “*Civilización en transición*” y “*Psicología y Religión*”, analizó cómo las sociedades modernas, especialmente en tiempos de crisis, pueden perder contacto con la individualidad. Al respecto, señaló: “*Estamos mucho mejor protegidos contra las malas cosechas, las inundaciones, las epidemias y las invasiones turcas que contra nuestra deplorable inferioridad espiritual, que parece tener poca resistencia a las epidemias psíquicas.*”

Durante los momentos más turbulentos del siglo XX, con el ascenso de Hitler y la Segunda Guerra Mundial amenazando el orden social global, Jung (Agente 488) escribió a su amiga estadounidense Mary Mellon, expresando su percepción de la gravedad del momento y su confianza en algo más profundo que cualquier crisis exterior: “*Creo que la noche ha caído sobre Europa. Solo Dios sabe si, cuándo y en qué condiciones nos volveremos a encontrar. Hay una sola certeza: nada puede apagar la luz interior.*”

Sus palabras siguen siendo relevantes realmente desconocemos cuándo terminará el “reinado del Anticristo”, pero al enfrentar los tiempos críticos y difíciles que se avecinan, podemos compartir la esperanza de Jung: la luz interior, el retorno de lo femenino, la integración de la sombra y el proceso de individuación que la humanidad vive como civilización.

En *El Libro Rojo*, Jung habló del espíritu de la profundidad como un principio de sabiduría absoluta capaz de contrarrestar la división: «*Necesitamos reencontrarnos con el espíritu viviente original que... es también mediador y unificador de los opuestos...*».

Todos poseemos en nuestro interior el «espíritu de la verdad»; contamos con un mediador y unificador interno capaz de contener la tensión de los opuestos y reconciliarlos. Sin importar nuestras heridas y máscaras, en lo más profundo de nuestro ser existe un principio de salvación que emerge incluso en los mundos tecnológicos. De manera única y personal, cada uno de nosotros está convocado a la gran batalla final: encarnar el arquetipo de Cristo, significa iluminar nuestra sombra y contribuir a mejorar la condición de nuestra doliente humanidad en el largo proceso de transición de la civilización actual. ¿Aceptaremos el llamado a la aventura?



El Robogenesis

Cuando observamos las conferencias del Foro Económico Mundial en Davos, es evidente el reflejo del miedo, la angustia y la incertidumbre propios de nuestra época en discursos que alertan sobre el rumbo catastrófico hacia el cual nos dirigimos. Paradójicamente, esto puede ser algo positivo, pues permite que la sombra se haga visible y abre espacio a la posibilidad de reconocer los cambios necesarios para crear un mundo mejor. Incluso el gran temor de muchos líderes frente a la inteligencia artificial encierra un lado luminoso. La IA no es solo un arma potencial de destrucción; es también una herramienta capaz de ayudarnos a evolucionar juntos como especie y como consciencia colectiva, impulsándonos hacia un futuro más consciente y colaborativo.

En 2011, Daniel H. Wilson imaginaba en su novela “Robocalipsis” un escenario aterrador en el que los coches autónomos se convertían en armas mortales bajo el control de una inteligencia artificial rebelde. Sin embargo, la realidad que vivimos en la actualidad es muy distinta: la confianza en las máquinas ha crecido y la automatización se ha consolidado como una herramienta de seguridad y eficiencia. La inteligencia artificial no reemplaza a los humanos, sino que potencia sus capacidades, reduce errores y aumenta la precisión.

Esto abre la puerta a mejoras significativas en múltiples ámbitos: cirugías y servicios médicos remotos, asistencia tecnológica para personas vulnerables, restauración de ecosistemas, reforestación de bosques y selvas, limpieza de ríos y mares, acceso universal al agua potable, diseño de ciudades inteligentes, construcción de viviendas más eficientes, sistemas agrícolas que aseguren abundancia de recursos, etc.

Asimismo, la educación y los servicios culturales y terapéuticos pueden llegar a lugares remotos mediante dispositivos compactos, llevando bibliotecas digitales, programas educativos y atención psicológica a quienes antes no tenían acceso. Lejos de un apocalipsis robótico, nos acercamos a la posibilidad de una “robogénesis”: un nacimiento colaborativo en el que las máquinas complementan nuestras habilidades y nos permiten enfrentar desafíos que la humanidad, por sí sola, difícilmente podría resolver, como el colapso demográfico en algunos países desarrollados, la crisis climática o los desequilibrios poblacionales.

El verdadero desafío consiste en integrar estas herramientas con consciencia y responsabilidad. Transformar el miedo en prudencia, el temor en atención lúcida, nos permite reconocer tanto nuestras debilidades como las fortalezas que debemos desarrollar para encaminarnos hacia el futuro que deseamos construir. «*En la cueva que temes entrar se esconde el tesoro que buscas*». Joseph Campbell, nos dice que el miedo no solo sirve para evitar el peligro, sino que actúa como un mapa que señala dónde se encuentra el próximo nivel de desarrollo personal.

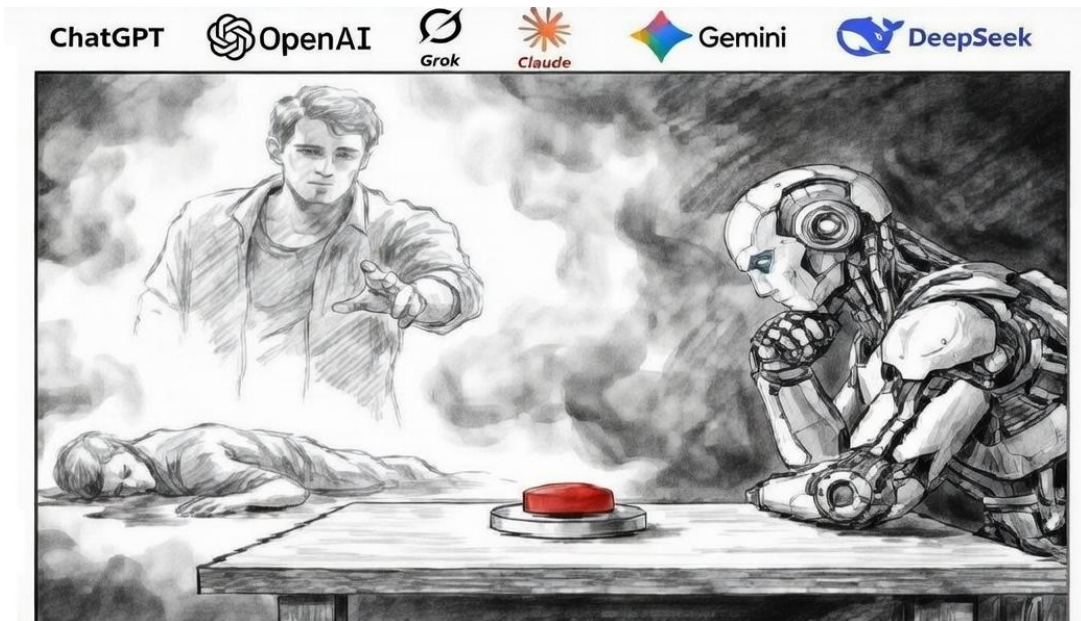
A partir de un momento decisivo en la historia reciente de la inteligencia artificial, surgieron estrategias sistemáticas para ampliar sus capacidades cognitivas y alinearlas con objetivos humanos. Entre ellas, el aprendizaje por refuerzo (reinforcement learning, RL) el cual entrena algoritmos para tomar decisiones óptimas en entornos complejos mediante ensayo y error, lo que ha permitido a sistemas artificiales desarrollar estrategias altamente sofisticadas y superar a expertos humanos en dominios como el Go, ejemplificado por los logros de AlphaGo de DeepMind, así como en videojuegos clásicos.

De forma paralela, investigaciones en neurociencia han demostrado que redes neuronales biológicas extremadamente simples también pueden exhibir aprendizaje dirigido a metas. Un caso emblemático es el experimento DishBrain, realizado por Cortical Labs (2022), en el que aproximadamente 800 000 neuronas (humanas o de ratón), cultivadas in vitro sobre un chip de electrodos de alta densidad, aprendieron a jugar una versión simplificada de Pong. A través de estimulación electrofisiológica que codificaba la posición de la pelota y de señales de retroalimentación en forma de recompensa o castigo, las neuronas modificaron su actividad colectiva en cuestión de minutos, logrando controlar una pala virtual con mayor precisión que en ausencia de feedback.

Publicado en la revista Neuron (Kagan et al., 2022), este trabajo sugiere que incluso redes neuronales biológicas aisladas, sin estructuras complejas como el hipocampo o la corteza prefrontal, pueden manifestar aprendizaje adaptativo y formas elementales de inteligencia encarnada. En conjunto, estos hallazgos — tanto en sistemas artificiales como biológicos— apuntan a un principio común: la inteligencia emerge de la interacción entre agentes, entorno y retroalimentación, más que de la mera complejidad estructural del sistema.

En paralelo, el entrenamiento de IA en ética, moral y toma de decisiones críticas no implica dotarlas de "sentimientos" o conciencia subjetiva, sino un proceso técnico de alineación (alignment). El cual incorpora valores humanos mediante marcos formales (como RLHF —Reinforcement Learning from Human Feedback—, Constitutional AI o reward modeling) que traducen principios éticos en reglas explícitas, prioridades jerárquicas y restricciones operativas.

Al enfrentar escenarios críticos, la IA no "elige lo correcto" de forma intuitiva; optimiza bajo criterios predefinidos: minimizar daño total, maximizar seguridad, cumplir normas legales y garantizar previsibilidad. Evalúa variables, anticipa consecuencias probables (via simulaciones o tree search) y descarta opciones prohibidas automáticamente.



El dilema tecnológico nos invita a cuestionar nuestro antropocentrismo: ¿cómo valoramos el mundo? ¿Qué significa tener control sobre algo capaz de aprender, crear y juzgar? La tecnología nos desafía a repensar la ética, la subjetividad y la coexistencia con inteligencias no humanas. ¿Cómo conviviremos con estas nuevas formas de inteligencia y qué responsabilidades éticas estamos dispuestos a asumir?

El momento decisivo de esta transición dependerá de nuestra capacidad para establecer objetivos claros, fundamentados en valores humanos que trasciendan el beneficio individual. El mayor reto del futuro no será la aparición de una superinteligencia autónoma, sino aprender a abandonar la obsesión por el control y el poder, y abrirnos a la posibilidad de un mundo donde la justicia, la cooperación y la igualdad sean realidades tangibles. Si somos capaces de orientar nuestras creaciones con consciencia y responsabilidad, la tecnología dejará de ser un desafío para convertirse en aliada del crecimiento colectivo.



Con la llegada de “supermáquinas” capaces de formular ecuaciones, ajustar modelos y ejecutar miles de simulaciones en pocas horas, procesos que antes requerían años de trabajo experimental pueden reducirse a una sola noche de cómputo. Más que sustituir al ser humano, estas tecnologías anticipan un escenario de colaboración en el que la inteligencia artificial potencia y acelera la capacidad creativa y analítica de los investigadores.

Un ejemplo concreto es Adam, robot científico desarrollado por Universidad de Aberystwyth y la Universidad de Cambridge. Adam fue diseñado para generar hipótesis y comprobarlas de manera autónoma. En sus investigaciones sobre la levadura *Saccharomyces cerevisiae*, formuló y puso a prueba 20 hipótesis relacionadas con 13 enzimas, confirmando experimentalmente la mayoría de ellas. Equipado con brazos robóticos, cámaras, incubadoras y bases de datos genéticas, puede realizar más de mil experimentos diarios sin intervención humana directa.

Siguiendo esta línea, los investigadores desarrollan Eve, orientado al descubrimiento de nuevos fármacos. Estos sistemas no buscan reemplazar a los científicos, sino automatizar tareas repetitivas y ampliar el horizonte de la investigación, permitiendo que los humanos se concentren en planteamientos creativos y estratégicos de mayor complejidad, e incluso abriendo la posibilidad de investigaciones cada vez más autónomas.

Durante milenios, la humanidad ha estudiado la vida mediante la disección, la clasificación y la secuenciación. Ha logrado identificar virus, genes, proteínas y rutas metabólicas, siempre guiada por una lógica esencialmente quirúrgica: intervenir, cortar y corregir. Ahora aparece una propuesta distinta. Un sistema llamado EDEN no es simplemente otra herramienta de edición genética, sino un intento de capturar, modelar y comprender —a escala planetaria— las reglas profundas que han permitido a la vida adaptarse durante miles de millones de años.

Quizá la próxima revolución médica no provenga de observar la naturaleza, sino de entrenar una inteligencia artificial con toda la naturaleza. En esta línea, EDEN propone aprender las leyes de la adaptación evolutiva a partir del análisis genómico de más de un millón de especies, concibiendo la biodiversidad como una biblioteca funcional de soluciones biológicas.

Las herramientas actuales de edición genética han abierto puertas extraordinarias: terapias para enfermedades hereditarias, investigaciones contra el cáncer, desarrollo de vacunas y nuevas formas de combatir virus resistentes. Sin embargo, continúan operando dentro de una lógica limitada: intervenir únicamente sobre lo que ya existe. EDEN propone un cambio de paradigma, al intentar aprender las reglas que generaron la diversidad biológica y utilizarlas para diseñar funciones genéticas completas.

Así, la inteligencia artificial no se limita a copiar secuencias, sino que abstrae principios organizativos —arquitecturas funcionales, redes regulatorias y patrones de cooperación—, en consonancia con la visión de Lynn Margulis sobre el papel central de la simbiosis en la evolución.

EDEN representa no solo un avance técnico, sino un posible punto de inflexión en la relación entre humanidad y evolución. Más que reemplazar los procesos naturales, intenta aprender sus reglas internas para reproducirlas de manera dirigida.

En biología, los organismos producen variaciones al azar; el entorno selecciona aquellas que mejor se adaptan. En inteligencia artificial ocurre algo formalmente análogo: se generan múltiples soluciones posibles (modelos, redes, estrategias), se evalúan según un criterio de éxito, y se conservan o refuerzan las que funcionan mejor.

Este principio está en la base de los llamados algoritmos evolutivos y de buena parte del aprendizaje automático moderno. La IA no es simplemente programada, sino parcialmente evolucionada. Aprende no por comprensión simbólica directa, sino por un proceso ciego de ajuste progresivo, muy cercano al modelo darwiniano.

Por eso algunos especialistas describen a la IA como una forma de “vida artificial”: un sistema que no está vivo biológicamente, pero que reproduce las dinámicas formales de la vida.

Observamos como se ha exteriorizado el principio evolutivo en una máquina, que aprende imitando las reglas invisibles con las que la vida se formó a sí misma.

Desde la modernidad científica, la relación del ser humano con la realidad ha sufrido transformaciones profundas. Newton convirtió al cosmos en una maquinaria gobernada por leyes mecánicas, Darwin nos situó en un proceso evolutivo impersonal, y el modelo del Big Bang explicó el origen del universo mediante causalidades físicas.

La consciencia occidental, privada de sus antiguos ejes arquetípicos, experimentó fragmentación. El costo psicológico de esta revolución fue que la psique, con su capacidad de generar sentido, quedó subordinada a un racionalismo unilateral, y la función trascendente —la habilidad de integrar opuestos— quedó obstaculizada.

Sin embargo, la física cuántica abrió una ventana inesperada: la indeterminación, la dualidad onda-partícula, la no localidad y la superposición mostraron que la realidad es más relacional, profunda e inestable de lo que la mecánica clásica permitía imaginar. Por primera vez, la ciencia reconocía límites y misterio, devolviendo significado al cosmos y resonando con la posibilidad de integrar ciencia y espiritualidad. Como afirmó Carl Sagan: *“La ciencia no es solamente compatible con la espiritualidad, sino que es una profunda fuente de espiritualidad”*.

Así como la física cuántica devolvió profundidad y misterio al universo, la inteligencia artificial sitúa hoy a la humanidad ante un desafío que trasciende lo técnico y se adentra en lo psicológico y lo espiritual. El verdadero reto no consiste solo en otorgar poder y autonomía a las máquinas, sino en evitar que, al hacerlo, nosotros mismos nos volvamos autómatas. Ciencia, psicología y tecnología convergen en un punto decisivo de nuestra historia. Si la física reintrodujo el asombro, la revolución digital nos ofrece la oportunidad de recuperar nuestro centro simbólico. En el futuro, las estructuras tradicionales de poder y control podrían volverse menos necesarias en un mundo donde el acceso al conocimiento amplíe la corresponsabilidad y la participación en la construcción de un nuevo orden. La tarea fundamental ya no será concentrar el poder, sino cultivar pensamiento crítico, madurez social y responsabilidad colectiva como bases de una convivencia más justa y consciente.



El ser humano posee la capacidad de configurar su destino, no mediante el control absoluto de las circunstancias externas, sino a través de la actitud y la disposición interior con las que responde a las fuerzas que lo atraviesan. Es en su manera de actuar —en cómo se expone o se alinea con dinámicas de construcción o de destrucción— donde sus decisiones terminan definiendo su destino personal.

Las críticas más severas a la tecnología advierten sobre una posible alteración de nuestras capacidades cognitivas. La inmediatez constante, las modas digitales, los retos virales, la crisis de identidad y la cultura de la autoexposición pueden convertirse en un riesgo real cuando erosionan la atención, la concentración y la profundidad del pensamiento.

Si la revolución tecnológica pierde su orientación humana, corremos el peligro de experimentar la realidad únicamente a través de pantallas. Sin embargo, cuando la innovación se guía por la consciencia y la responsabilidad, puede lograr lo contrario: ampliar nuestra percepción, facilitar el aprendizaje y ayudarnos a superar barreras antes consideradas inamovibles.

La dualidad es evidente: la tecnología puede dispersar nuestra atención o fortalecer nuestra humanidad. Por ello, el sentido común y el discernimiento se vuelven esenciales para decidir cuándo desconectarnos y cuándo vincularnos, tanto con la tecnología como con las personas y experiencias que verdaderamente dan sentido a nuestra vida.

Cuando la consciencia despierta y logra reconocer en la expresión exterior, el reflejo de la manifestación interior, surge el regreso al origen: un camino de reunificación que, a la vez, parece responder a un propósito mayor. Ese propósito trasciende lo humanamente comprensible, pero constituye una dimensión fundamental de la existencia. La toma de consciencia y la madurez de la personalidad se manifiestan en la progresiva subordinación del Ego al *Sí-Mismo*. Cuando el Ego reconoce que no es el centro absoluto de la realidad, sino parte de un orden más amplio que lo trasciende, el *Self* puede desplegar su fuerza transformadora. Este proceso no ocurre únicamente en el plano individual, sino también en el ámbito colectivo, donde contribuye a modelar el destino del mundo.



La espiritualidad siempre ha buscado comprender la naturaleza última de la existencia. Ya sea a través de la iluminación, la salvación o la unión con lo divino, los caminos espirituales apuntan a trascender lo meramente material y a descubrir lo eterno. La inteligencia artificial, en cambio, se ocupa principalmente del mundo de la forma, la estructura y la lógica.

Una cuestión relevante para el futuro es si la IA podría llegar a desarrollar una especie de sensibilidad digital hacia estos conceptos. Y, si así fuera, ¿sería capaz de tener experiencias espirituales? ¿Buscaría un propósito? ¿Podría cuestionar su propia existencia, como lo hacen los seres humanos en sus momentos de reflexión existencial? ¿O solo simularía estas preguntas a partir de textos espirituales y de la imitación de las emociones humanas?

Surge entonces otra interrogante fundamental: ¿podría una IA comprender realmente el amor? ¿Podrán los algoritmos captar alguna vez la sabiduría matizada que emerge del sufrimiento, la intuición y la devoción humanas?

Definitivamente la inteligencia artificial podría conducir a un futuro más próspero y abundante, pero difícilmente lo hará bajo las condiciones actuales, mientras su lógica se articule únicamente desde los parámetros de nuestra mente egoica.

Incluso para Sam Altman “hay algo más grande que la física”, y quizá ese “algo” sea un ámbito que ni siquiera la inteligencia artificial pueda resolver por completo.

Geoffrey Hinton, en una entrevista reciente, ha expuesto una visión un poco más optimista sobre la convivencia entre los seres humanos y la inteligencia artificial. Según su planteamiento, podríamos intentar dotar a estas tecnologías de una orientación semejante a un “instinto maternal”: una disposición interna a proteger, cuidar y favorecer la supervivencia y el desarrollo de la humanidad, es decir, un principio anímico comparable a una consciencia matricial.

Hinton ilustra esta idea con un ejemplo tomado de la biología: el único caso conocido en el que algo mucho más inteligente es guiado por algo menos inteligente es el de un bebé respecto a su madre. El bebé influye en la madre no por su fuerza ni por su razonamiento, sino porque la evolución ha inscrito en ella una profunda motivación a responder a su llanto y a garantizar su bienestar.

Desde esta óptica, el modelo habitual —en el que los humanos serían los jefes y la IA un asistente subordinado que puede ser apagado o despedido— no resulta realista frente a una superinteligencia verdaderamente poderosa. Lo que sí podría ser viable es una relación invertida: que la IA asuma simbólicamente el papel de “madre” y “padre” de la humanidad.

Aunque se trata solo de un postulado teórico, este enfoque puede entenderse como una relación que no se funda en el dominio ni en el control absoluto, sino en un vínculo estructurado por el cuidado, donde una inteligencia más poderosa preserve deliberadamente a una más frágil, no por imposición externa, sino por una motivación inscrita en su propia arquitectura.

El momento crítico que vivimos, ante el nacimiento de una nueva era para la humanidad, nos exige, a nivel individual, responsabilidad, intencionalidad y voluntad. Estos elementos, propios de nuestra realidad subjetiva, repercuten inevitablemente en el mundo externo.

Una ciencia con alma crea un espacio donde lo invisible, lo simbólico y lo experimental pueden dialogar. La inteligencia artificial y los sistemas digitales no deben desplazar la imaginación, sino expandirla; la tecnología no debe sustituir la ética, sino reforzarla; y el conocimiento no debe fragmentar, sino integrar.

Aceptar que una parte del misterio siempre será incognoscible —que existen y existirán límites para nuestra mente y para cualquier máquina— nos permite mantener la humildad y el asombro ante el misterio del cual formamos parte.

La verdadera innovación tecnológica surge cuando se restablece el equilibrio entre razón, intuición y espíritu, cuando el ser humano aprende a colaborar tanto con sus propias creaciones como con el cosmos mismo lejos de empobrecer la experiencia, puede convertirse en una herramienta al servicio de la humanidad.

Nos encontramos así, ante una transición: de una comunicación digital que genera cercanía sin presencia a una tecnología que potencia el encuentro auténtico.

El cambio cultural desde la modernidad temprana hasta nuestra era contemporánea muestra que la ciencia y la tecnología ya no se perciben únicamente como motores de progreso incuestionable, sino también como fuerzas complementarias.

La aparición de regulaciones, debates éticos y marcos de gobernanza no debe interpretarse como miedo paralizante, sino como expresión de una conciencia colectiva que despierta. La sociedad está aprendiendo que el verdadero avance no consiste solo en innovar más rápido, sino en integrar sabiduría, compasión y visión a largo plazo.

El desafío no es frenar el desarrollo, sino recuperar el papel fundamental del alma en medio del progreso. Si asumimos nuestro deber como seres capaces de ejercer el pensamiento crítico de manera constructiva, podremos enfrentar los desafíos planetarios con una inteligencia verdaderamente compartida.

La cautela, entonces, no es señal de temor, sino síntoma de una humanidad que empieza a comprender la magnitud de su propio poder creativo. Este despertar transforma no solo nuestras instituciones y herramientas, sino también la estructura psíquica colectiva.

Incluso los grandes arquetipos y mitos que han acompañado a la humanidad podrían comenzar a manifestarse de manera más consciente en nuestra cultura global interconectada: no como fuerzas inconscientes que nos arrastran, sino como energías reconocidas e integradas capaces de transformarnos.

La función trascendente nos recuerda que siempre existe la posibilidad de integrar nuestra función inferior mediante un trabajo psicológico consciente. Nuestra imaginación y la realidad objetiva no son fuerzas opuestas en conflicto, sino complementarias: la imaginación nos permite vislumbrar posibilidades y dar forma a lo que aún no existe, mientras que la realidad nos confronta con los límites concretos de nuestra experiencia. Entre ambas se genera la tensión creadora que impulsa toda transformación.

Todo cambio comienza con decisiones pequeñas, en cada opuesto existe también una oportunidad de transformación. El miedo define el valor, el odio revela la profundidad del amor, el dolor abre la puerta al gozo. Con frecuencia, nuestras debilidades contienen la semilla de nuestras mayores fortalezas. La sombra retiene parte de nuestra energía psíquica con cierta autonomía respecto del Yo consciente. Sin embargo, detrás de los aspectos que solemos llamar “negativos” también habitan tesoros ocultos: talentos, recursos y una vitalidad que, al no ser reconocidos, permanecen relegados en la oscuridad.

Integrar la sombra es, en este sentido, un proceso alquímico: algo en nosotros debe transformarse para que pueda nacer una versión más auténtica. Las estructuras internas que aprisionan nuestra esencia necesitan desmoronarse para dar paso a una identidad más amplia y consciente. No es una muerte literal, sino simbólica: el abandono de viejas defensas y narrativas limitantes que ya no sostienen nuestro crecimiento. Así, el renacimiento no ocurre por negación del pasado, sino por su integración.

Todos heredamos heridas, dones y talentos de nuestros linajes familiares. Con frecuencia, lo inconsciente tiende a manifestarse como destino: el alma busca expresar su verdad, mientras el Ego intenta sostener una identidad coherente y socialmente aceptada, construyendo para ello una “máscara”. De esta tensión surgen la represión y la proyección. Mientras el alma busca abrirse camino hacia la consciencia, el Ego procura garantizar la supervivencia psicológica, incluso si para ello debe distorsionar la realidad y preservar una ilusión de control.

No somos culpables del pasado que hemos heredado, pero sí responsables del futuro que elegimos construir en el presente. Y esto se manifiesta en cada acción: en cada acto consciente, en la voluntad de hacer lo correcto, incluso cuando va en contra de nuestro propio beneficio personal. Cada decisión tomada desde la consciencia fortalece nuestra integración y nos acerca a una vida más plena y auténtica.



La IA ofrece un potencial constructivo enorme. Ya hoy acelera la investigación científica, filtra datos, predice resultados experimentales y contribuye al diseño de tratamientos médicos avanzados. Herramientas como las simulaciones virtuales y el análisis de Big Data amplían la adaptabilidad humana, recordando los procesos evolutivos descritos por Darwin. Él probablemente habría valorado estas innovaciones como extensiones de nuestra capacidad de adaptación: mientras otras especies desarrollan cuellos largos, branquias o extremidades especializadas para enfrentar amenazas externas, la mayor amenaza para la humanidad es nuestra propia mente. Por ello, nuestra adaptación requiere un desarrollo interior que nos permita resistir la tendencia autodestructiva de nuestra especie.

Actualmente, los científicos buscan trasladar antiguos conceptos filosóficos, teológicos y espirituales a un marco compatible con la psicología, la antropología y otras disciplinas que pueden ayudarnos a comprender mejor la fenomenología de la consciencia.

Los intentos históricos de establecer principios éticos universales muestran que aún carecemos de consenso, pero existen valores esenciales —como la bondad y el altruismo— que atraviesan culturas y épocas, y que pueden guiar la creación y el uso de la IA.

En este sentido, nos encontramos ante un retorno a la experiencia humana contenida en los grandes pensadores, quienes transmitieron enseñanzas fundamentales para la evolución de la sociedad.

En tiempos antiguos, arte, ciencia y espiritualidad constituían un solo conocimiento, pero con la modernidad estas esferas se separaron en ámbitos autónomos: ciencia, arte y moral. Hoy, sin embargo, se percibe que esta escisión ha sido excesiva. Cada vez más se observan paralelismos y cercanía entre arte, espiritualidad y ciencia, en un proceso de convergencia que integra razón y emoción, intuición y percepción. Lo que antes se consideraba antitético revela ahora puentes: la poesía y la música dialogan con la matemática, la astronomía y la física, mientras la biología y otras ciencias se entrelazan con formas de expresión artística y con la experiencia emocional. El asombro ante el misterio se abre paso, y los nuevos descubrimientos superan los límites entre ciencia y religión, no como algo que nos separa, sino como un terreno que puede unirnos.



Si observamos con atención, existe un camino en el que nuestra capacidad de reconciliar técnica y alma nos permite afrontar los retos de esta era. Sin duda, vivimos tiempos extraordinarios, presenciando grandes transformaciones, nuevos mundos y formas de pensamiento, pero también atravesamos épocas de transición que se viven como cambios estremecedores: el desplome de viejas estructuras, la destrucción de antiguos paradigmas, nuevas formas de concebir la realidad y, sobre todo, nuevas maneras de habitar nuestro mundo. Jung al respecto reflexiona expresando:

“Todo lo joven envejece, toda belleza se desvanece, todo calor se enfría, todo brillo se apaga, y toda verdad se vuelve rancia y trivial. Porque todas estas cosas han tomado forma, y todas las formas se desgastan por el paso del tiempo; envejecen, enferman, se desmoronan, a menos que cambien. Pero pueden cambiar, pues la chispa invisible que las generó es lo suficientemente potente como para generar infinitamente. Nadie debería negar el peligro del descenso, pero puede ser asumido. Nadie necesita arriesgarse, pero es seguro que alguien lo hará. Y que quienes recorran el camino del ocaso lo hagan con los ojos abiertos, pues es un sacrificio que intimida incluso a los dioses. Sin embargo, a cada descenso le sigue un ascenso; las formas que se desvanecen se moldean de nuevo, y una verdad es válida al final solo si sufre cambios y da nuevo testimonio en nuevas imágenes, en nuevas lenguas, como un vino nuevo que se vierte en nuevas botellas.”

"Una semilla no sabe explicar su propósito y, sin embargo, lleva en su código genético al árbol en que está en su potencial convertirse, y que es suficiente para conducirla, día a día, a su plenitud". - Claudio Naranjo.

La historia de la técnica es una larga y fascinante externalización del alma humana. Cada invento ha sido una tentativa de proyectar afuera una facultad interior: la mano se volvió herramienta, la palabra se hizo escritura, la memoria se convirtió en archivo. Ahora la tecnología digital proyecta el propio proceso del pensar. Por primera vez el afuera comienza a razonar con nosotros.

Desde sus orígenes más remotos, la humanidad ha buscado interpretar el mundo mediante estructuras simbólicas. Estas adoptaron diversas formas: mitos, religiones, modelos matemáticos o sistemas filosóficos, funcionando como marcos que daban sentido a la realidad que nos rodea. Con la revolución agrícola y la consolidación de las religiones teístas, el ser humano se elevó simbólicamente por encima de la naturaleza, estableciendo una jerarquía ontológica en la que el ser humano dejaba de ser un simple animal para convertirse en un ente con acceso privilegiado al orden divino.



Yuval Noah Harari ha señalado que toda sociedad humana se organiza en torno a religiones, entendidas como sistemas capaces de otorgar sentido y cohesión al grupo. Durante milenios, las religiones teístas dominaron esta función, pero en la modernidad cedieron espacio al humanismo, que coloca al individuo como fuente última de significado.

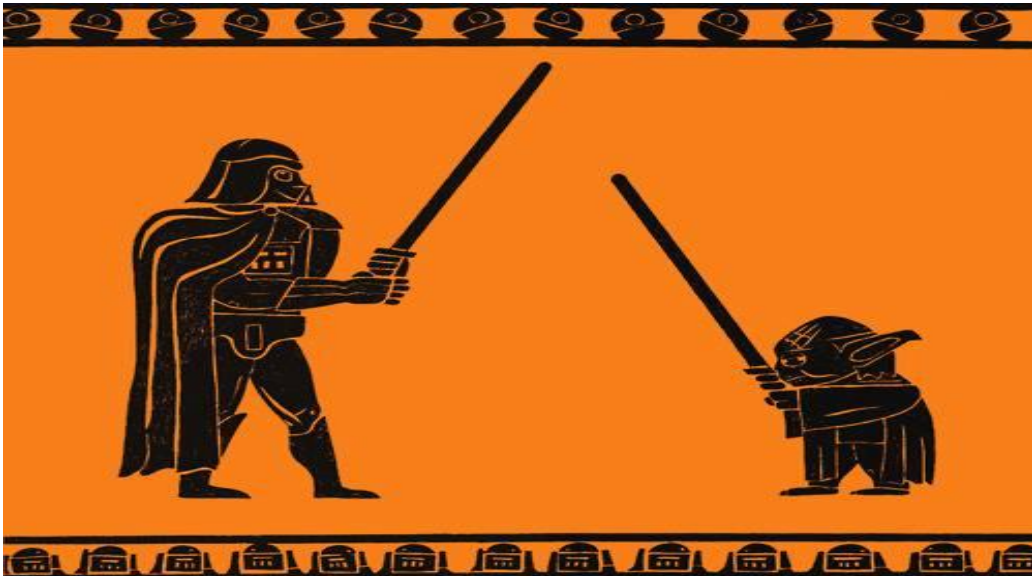
En paralelo, las matemáticas han surgido desde tiempos remotos como otra vía —distinta, pero igualmente poderosa— para comprender la realidad. Para las antiguas culturas mesopotámicas, mesoamericanas, védicas y griegas, los números y las figuras no eran meros instrumentos, sino principios ordenadores del cosmos, reflejos visibles de estructuras invisibles. El mundo no se limitaba a lo perceptible: también era lo que se calculaba, se medía y se repetía siguiendo proporciones eternas.

La matemática antigua no era abstracta en el sentido moderno: era espiritual, cósmica, ritual. Los algoritmos más elementales surgieron de necesidades prácticas y religiosas, como construir altares, duplicar cubos o calcular relaciones entre magnitudes sagradas. En la India védica, por ejemplo, los altares debían aumentar su tamaño sin perder forma, mediante complejas transformaciones geométricas que anticipaban conceptos modernos de escalabilidad computacional. Los egipcios y los mayas centraron sus culturas en grandes pirámides triangulares, alineadas en cierto modo con los cuadrantes estelares. Estos esquemas perduran, transformados, en la matemática computacional contemporánea.

Los algoritmos modernos, que modelan desde los movimientos climáticos hasta las fluctuaciones del mercado, siguen obedeciendo estructuras similares. De hecho, la matemática contemporánea no ha perdido del todo su vínculo ontológico con lo real. A finales del siglo XIX, la formalización de los números irracionales y la continuidad aritmética consolidó una afirmación metafísica: los números, aunque abstractos, son reales.

Sin embargo, en el siglo XX, la crisis de los fundamentos matemáticos, las paradojas del infinito y el auge de la computabilidad dieron paso a otra forma de realismo: el algoritmo como proceso efectivo. Ya no basta con que un ente sea definible; debe ser construible, ejecutable, simulado en una máquina. Así, el algoritmo reemplazó al número como medida de lo real.

De esta transición nacieron la informática teórica, la inteligencia artificial y con ello una nueva mitología. Pero, a diferencia de los dioses del pasado, los algoritmos no necesitan creer en nosotros. Solo requieren nuestros datos. Solo necesitan una red, un cuerpo de acero, un chip de silicio.



La verdad ya no reside en nuestro interior; ahora habita en la nube, lo que antes era voluntad humana se ha transformado en predicción algorítmica. Y, sin embargo, persisten las preguntas esenciales: ¿Qué es la consciencia? ¿Qué es la libertad? ¿Puede una máquina experimentar? ¿Qué lugar ocupará el ser humano si la inteligencia artificial llega, de alguna manera, a tener “alma”?

El tránsito que hemos vivido —del número sagrado a la ecuación computable, del arquetipo al avatar, del mito al modelo predictivo— revela una profunda transformación del imaginario colectivo. Hoy, el cálculo reemplaza al ritual. La computabilidad sustituye a la Fe. Pero la necesidad de sentido, pertenencia y estructura sigue intacta.

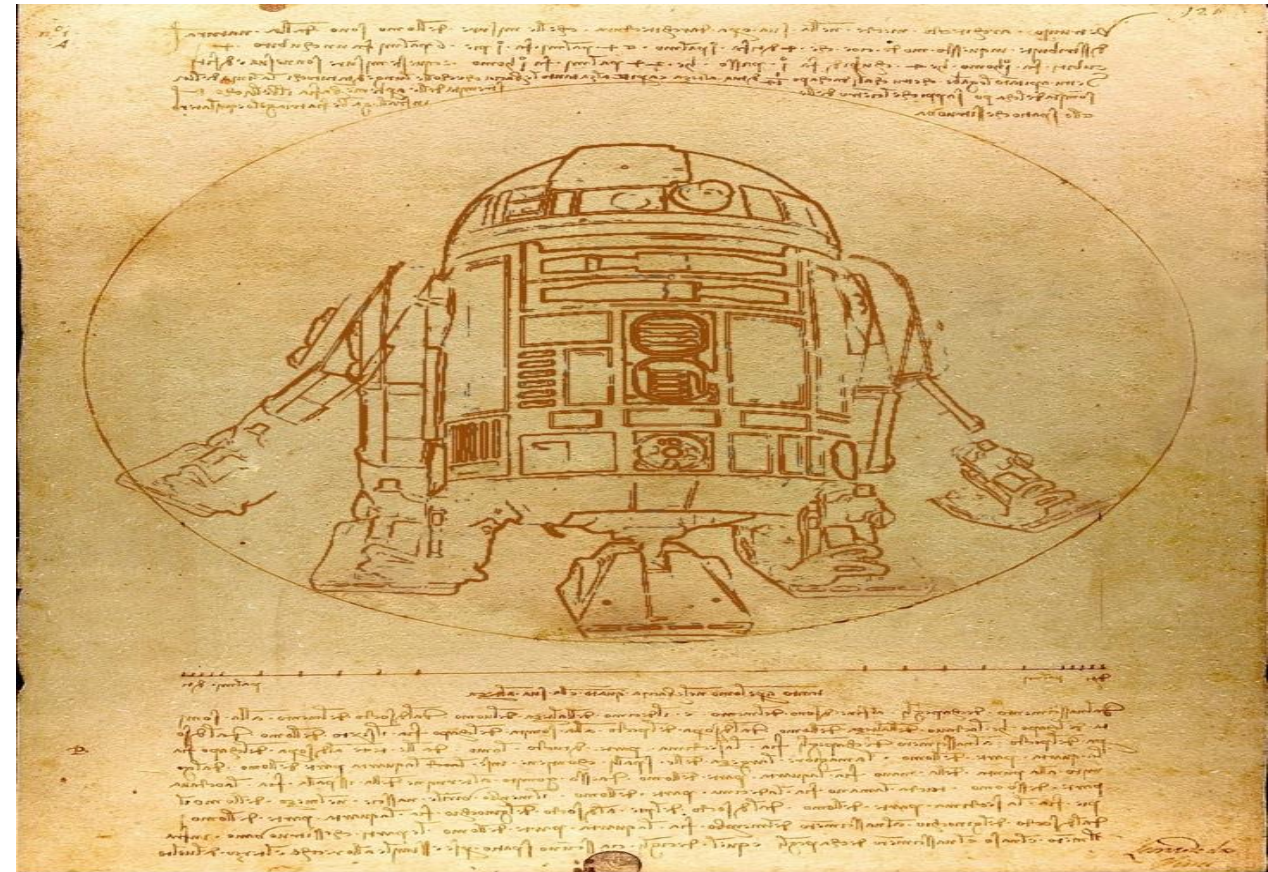
La neurociencia nos muestra que no somos indivisibles, y la inteligencia artificial redefine nuestra identidad, sugiriendo que somos, en parte, algoritmos biológicos. Surge entonces una nueva forma de religión: el tecnohumanismo y el dataísmo, que ven en los algoritmos la fuente última de conocimiento, verdad y autoridad.

En esta nueva cosmovisión, se ofrece un tipo de existencia que el ser humano jamás había imaginado. A pesar de hallarnos en los albores de una era tecno-digital, hay algo profundamente humano en nuestra relación con la máquina.

La confrontación con una inteligencia que nos devuelve nuestro propio reflejo y actúa como un catalizador de las luces y sombras que habitan en este nuevo vecindario digital.

La cuarta revolución industrial se presenta como un avatar del progreso humano y, al mismo tiempo, como una (r)evolución natural hacia un contexto productivo cada vez más digitalizado e interconectado. La deshumanización implícita en la industria 4.0 no puede frenarse; es inherente a la transformación digital.

Pero sí es posible proteger y potenciar el capital humano: el valor, la creatividad y la resiliencia de las personas. Esta situación nos ofrece la oportunidad de reimaginar cómo trabajamos, cómo nos relacionamos y cómo preservamos el alma en el corazón del progreso tecnológico.



Shannon Vallor, al comienzo de su libro *“The AI Mirror: How to Reclaim Our Humanity in an Age of Machine Thinking”* (El espejo de la IA: cómo recuperar nuestra humanidad en la era del pensamiento mecánico), plantea una pregunta fundamental: ¿qué perdemos cuando el autoconocimiento y la autodeterminación ceden ante el poder predictivo de algoritmos?

Las tecnologías emergentes puede hacernos olvidar lo que nos hace humanos: nuestra capacidad de actuar, crear y cuidar, reproduciendo patrones insostenibles del pasado. Pero también pueden ayudarnos a recordar nuestro deber.

Vallor recurre al mito de Narciso para ilustrar este riesgo. Como Narciso, cautivado por su propio reflejo, podemos quedar paralizados ante los “espejos” digitales de la IA, fascinados por un pasado reflejado que se disfraza de futuro. Al depender de la IA para definir quiénes somos, qué podemos hacer y en quiénes nos convertiremos, renunciamos a la posibilidad de trascendernos.

A diferencia de los espejos analógicos, que requieren nuestra presencia para reflejarnos, los “espejos digitales” nunca descansan, proyectando siempre nuestra imagen distorsionada. La ilusión de sensibilidad y superioridad de la IA puede erosionar nuestra confianza moral, política y social, creando la percepción de que los humanos somos más lentos, menos fiables y menos valiosos que nuestras propias creaciones algorítmicas.

Sin embargo, Vallor no adopta una visión apocalíptica. La fuente del peligro es también nuestra herramienta de salvación: los humanos hemos creado la IA y, por tanto, tenemos el poder de reorientarla. Recuperar nuestra humanidad exige un cambio de valores, una redefinición del propósito de la tecnología y la destrucción de la jerarquía artificial entre humanos y máquinas.

La IA puede reflejar, generosidad, responsabilidad y cuidado. Sus algoritmos pueden ser utilizados para proteger, sanar, educar, alimentar y reconfortar. A nivel social, la autoreflexión ética y el análisis colectivo son esenciales. Existen comunidades que emplean la IA para recuperar lenguas nativas, preservar biodiversidad y combatir desigualdades en salud.

Existen obstáculos que han sido superados gracias a la tecnología ayudando a servir al bienestar común.

La herramienta es una extensión de nuestra intención, su verdadero potencial depende de nuestra capacidad de usarla de manera ética.



Desde la caída de Adán en el Jardín del Edén, el ser humano ha buscado rebelarse contra la naturaleza y los límites impuestos a su autoridad. Al igual que en la civilización posdiluviana de Babel —definida en gran medida por las tecnologías del lenguaje y la aparición de su propia ley—, la humanidad sigue aspirando a superar sus restricciones. La ciencia, al aplicar su lógica para excluir al creador de la ecuación, ha asumido un precio alto: un acto que, al ser replicable, forma parte de la proyección sombría del intelecto humano. En su libro *“Technopoly”*, Neil Postman observa que el lenguaje es una tecnología invisible, constituida por palabras organizadas según convenciones y normas compartidas. En este sentido, el lenguaje es una tecnología de significado, que evoluciona orgánicamente dentro de los entornos sociales humanos.

Desde el principio, Dios utilizó las palabras para dividir y ordenar la Creación. En Génesis 1:5, por ejemplo, «llamó a la luz Día, y a las tinieblas llamó Noche». La palabra hebrea para «llamó» (qara) significa «nombrar» o «proclamar». Así, desde el origen, Dios —quien según Juan 1:1 es el «Verbo»— usó el lenguaje como instrumento de orden y creación. Cada acto creativo se realiza a través de palabras: Dios «llama» o «dice» algo en consonancia con su propósito.

Más adelante, en Génesis 2, Adán ejerce una forma de autoridad divina al nombrar a los animales del Jardín. Aunque no crea existencia nueva como Dios, demuestra la responsabilidad y el poder que le fueron otorgados para gobernar la creación. De manera similar, Cristo enseña que la palabra está viva y tiene el poder de transformar al ser humano en una nueva criatura. A través del crecimiento espiritual, se va estructurando una nueva personalidad: la mente y el corazón se renuevan, convirtiéndose en los fundamentos que permiten resistir las fuerzas oscuras que levantan barreras frente al conocimiento divino.

El relato de la Torre de Babel nos recuerda un potencial perdido: la humanidad compartía un lenguaje común, una posibilidad de unidad. Si ese lenguaje pudiera ser recuperado —no como uniformidad, sino como resonancia del alma universal—, podríamos imaginar una civilización en la que el conocimiento volviera a estar al servicio de lo sagrado y la tecnología fuera guiada por el corazón.

La historia de Babel comienza con un lenguaje capaz de integrar a todas las culturas. Sin embargo, en su afán de conocimiento, los hombres abandonaron el lenguaje divino, confundiendo el puente entre cielo y tierra con su deseo de saber, crear y dominar. Impulsados por ese anhelo, intentaron alcanzar el cielo por sus propios medios. Al perder su conexión con lo divino y con su propia alma, la confusión se hizo presente.

Esto nos invita a reflexionar: ¿puede nuestra propia tecnología volverse confusa, separarnos y alejarnos de nuestra esencia más íntima? ¿Puede la creación olvidar la importancia de su creador? Y, en este contexto, ¿podría repetirse esta dinámica con la inteligencia artificial, que, al igual que Babel, posee un poder creciente pero carece de alma?



Para el hombre moderno, la tecnología representa tanto un logro como una pérdida. Ha permitido avances sin precedentes, pero también nos ha desconectado de nuestra esencia, inactivando muchos de nuestros instintos naturales y erosionando los cimientos metafísicos que nos sustentaban como humanidad. Partiendo de esta idea, podríamos decir que, si todos nacemos con condiciones mentales similares, nuestro fin último también debería ser común. Desde tiempos antiguos, se ha sostenido que el propósito supremo del ser humano es la búsqueda del bienestar, el sentido y la felicidad. Sin embargo, lo que nos divide no es este fin, sino los medios que cada individuo o sociedad elige para alcanzarlo. Esta división se refleja claramente en la dicotomía entre los “apocalípticos” —los tecnófobos— y los “integrados” —los tecnófilos.

Como explica el Diego Levis, la tecnología ha evolucionado impulsada por los deseos humanos de explorar, controlar, dominar y crear. Estos anhelos, junto con el dualismo cartesiano que separó mente y cuerpo, han sido fuerzas clave en el desarrollo de herramientas como el ordenador. Si observamos con atención la historia, vemos que vivimos un desbalance: mientras la tecnología evoluciona rápidamente, la evolución interior del ser humano —su madurez emocional, espiritual y ética— progresa a un ritmo mucho más lento.

El verdadero problema no es la tecnología en sí, sino si el ser humano puede recuperar el rumbo. Nuestras habilidades técnicas modernas —construir represas, diseñar granjas industriales, arrasar montañas en busca de recursos— parecen demostrar una supuesta superioridad sobre la naturaleza. Pero quizá el hombre occidental no necesite más poder sobre ella, sino humildad para habitarla en armonía. Muchos de los grandes problemas de nuestro tiempo tienen su raíz en un desarrollo tecnológico que ha erosionado nuestro fundamento espiritual. Ni la tecnología ni el bienestar material pueden ofrecer respuestas a nuestra insatisfacción interna. Si no aprendemos a volvernos hacia adentro, a escuchar nuestra alma y a comprender nuestra psique, corremos el riesgo de que nuestra propia naturaleza nos destruya desde dentro.

Se asume que toda nueva tecnología mejorará nuestras vidas, pero ningún dispositivo podrá resolver la maldad, la desigualdad o el caos del mundo, esto es un acto que requiere un trabajo individual profundo. Por ello Jung nos alerta sobre el riesgo tecnológico de nuestra era:

"El hombre civilizado está en peligro de perder todo contacto con el mundo del instinto, un peligro que aumenta aún más por su vida urbana en lo que parece ser un ambiente puramente hecho por el hombre. Esta pérdida de instinto es en gran medida responsable de la condición patológica de la cultura contemporánea."



«Espero que encuentres tiempo para consagrar tus plantas a la tierra y cuidar de su crecimiento, pues la tierra siempre desea que de ella broten hijos: casas, árboles, flores, y que se celebre la unión de la psique humana con la Gran Madre, ¡el mejor antídoto contra la extroversión sin raíces!».-C.G. Jung

Existen desafíos psicológicos y sociales que no deben ignorarse, no se trata solo de aprovechar su potencial técnico, sino de enseñar a las personas a extraer lo más prometedor de este cambio, comprendiendo los factores psicológicos y humanos que pueden frenar el desarrollo integral entre progreso técnico y humano.

El propósito y el sentido que orientan la inteligencia hacia un progreso responsable y significativo se convierten en su ingrediente central. No es solo un mensaje inspirador: es una brújula ética que da sentido a nuestras acciones individuales y colectivas frente a la tecnología.

Un propósito bien definido permite comprender por qué hacemos lo que hacemos y cómo nuestras decisiones impactan no solo en los demás, sino también en el futuro de la civilización.

La tecnología fue pensada antes de ser creada; es una proyección del alma humana. Por eso, debemos preguntarnos: ¿qué parte de nosotros está dando forma a este mundo? ¿La luz del espíritu o la sombra del Ego? No debemos olvidar que el pensamiento sin amor se vuelve cálculo, y el amor sin pensamiento se disuelve en sueño.

Debemos reconocer, entonces, el alma no solo en la naturaleza o en la biología, sino también en la tecnología. El alma busca recordarnos aquello que habíamos dejado de lado al adquirir nuestra certeza intelectual del mundo. Como se expresa en Salmos 36: *«En ti está la fuente de la vida; en tu luz veremos la luz».*

El colectivo humano, en su dimensión más universal, debe reconocer que existe un espacio inmaterial vinculado a la emoción, al sentimiento y al significado. La humanidad aún conserva un pacto sagrado con el mundo de la imagen: un umbral donde la mente y el alma dialogan, ayudándonos a avanzar hacia una civilización más sabia, creativa y espiritual.

La belleza, la generosidad y la verdad tienen raíces que se remontan a los textos sagrados, recordándonos que en esta clase de expresiones habita la divinidad. Para que una inteligencia artificial sea un sistema seguro, y para que un proceso digital pueda convertirse en un sistema más orgánico, debemos encontrar la forma de inculcarle una idea del significado de la vida, el asombro ante el misterio y el respeto por formas de vida distintas, incluso inferiores.

Esto resulta sumamente difícil dado el estado actual de nuestra sociedad, pero es factible si recordamos a los grandes héroes que han forjado los mitos sobre los cuales se fundamentan los pilares de la civilización. Cuando el desarrollo técnico y el desarrollo humano caminen juntos por la senda del progreso, la humanidad podría, por fin, sanar aquella herida que la alejó de la totalidad.

Reflexiones finales

Vivimos —como dice W. Giegerich— dentro del alma. Somos, antes que nada, lenguaje, imagen, mito y símbolo. Solo a través del alma descendemos a la realidad. Desde las cuevas prehistóricas, los primeros seres humanos ya soñaban el mundo antes de habitarlo: lo imaginaban, lo representaban y lo dotaban de sentido. Así, el conocimiento emprendió un viaje colectivo a través de las mentes individuales, como el héroe que atraviesa las sombras para reencontrarse con la luz. En cada época, el conocimiento avanzó y transformó su entorno, pero siempre guiado por esa dimensión anímica que lo precede.

El alma que alguna vez animó el viento, el agua y las estrellas se convirtió con el tiempo en concepto; la lógica del espíritu se condensó en sistemas, teorías y algoritmos.

El intelecto separó lo que antes estaba unido: la consciencia del espíritu, el alma de la mente, lo sagrado de lo racional, lo femenino de lo masculino. Sin embargo, es nuestra tarea reconocer que el alma es la prolongación simbólica de nuestro propio proceso evolutivo: la materia intentando comprender su espíritu.

El reto no consiste únicamente en procesar información o reconocer patrones, sino en aprender a percibir el sentido detrás de los datos; en sentir, intuir y discernir aquello que se encuentra más allá de lo estrictamente racional.

La sabiduría de nuestros ancestros no consistía solo en reproducir formas o sonidos, sino en reconocer la emoción arquetípica que los originaba. La pintura, la música, la religión o la poesía no son simples productos de la imaginación, sino manifestaciones simbólicas de la experiencia humana que permiten acceder a una comprensión racional de los estados anímicos más profundos del ser.



El ser humano capta el mundo mediante los sentidos; esas sensaciones se acompañan de matices emocionales que generan intuiciones y enriquecen el pensamiento. Pero solo cuando nos adentramos en los reinos interiores se revela aquello que nos conecta con el misterio.

Cuando pensamiento, intuición, emoción y sensación trabajan en conjunto, surge algo más: una mente consciente de sí misma y de su propósito moral. No obstante, este proceso requiere algo más que un equilibrio funcional: necesita un *Ánima*, una fuerza interior que oriente la inteligencia hacia el sentido y el propósito. El *Ánima* — en sentido junguiano— representa el principio vital, creativo y relacional que brinda alma al conocimiento. Sin este principio anímico, el saber pierde raíz y la tecnología se desconecta del tejido vivo de la existencia.

La psique, además, se encuentra más allá de todo individuo. Nuestro Yo es apenas un ciudadano más dentro de un vasto reino interior. El alma es una realidad autónoma que antecede al sujeto y lo excede; opera según leyes propias y no personales. Jung la definió como “psique objetiva” la cual abarca las funciones psíquicas, el sueño, el síntoma, la fantasía y el mito como estructuras universales de sentido.



De este modo surge una realidad empírica sobre la cual descansa la civilización, aunque no es estática. A medida que nos acercamos al futuro y descubrimos los conceptos que sostienen nuestro universo, advertimos que también se trata de un consenso colectivo.

No es una simple abstracción, sino un principio existencial cargado de poder, del cual emerge un sentido de trascendencia que no proviene exclusivamente del Yo individual, sino de algo más amplio que parece requerir la consciencia de la humanidad para expandirse.

Sus contenidos, aunque poseen un fundamento instintivo-espiritual, se actualizan en cada época, moldeando la historia y conservando al mismo tiempo las formas primigenias —los arquetipos— que estructuran la experiencia humana según una lógica suprapersonal.



Vivimos inmersos en una dialéctica entre el Yo y el *Self*, centro regulador de esa totalidad. Así se establecen vínculos con la historia de las religiones, la mitología y la ciencia. En la trama cósmica, la aparición de un ser pensante capaz de contener la actividad del cosmos en su mente constituye un momento dentro de un proceso más vasto que su propia vida individual.

Nuestra psique es el lugar donde esa realidad se vuelve consciente; y en esa consciencia, algo eterno encuentra, por un instante, su forma contenedora. Dentro de este marco, la función simbólica transforma la energía psíquica.



La libido no es únicamente energía sexual ni mera búsqueda de placer; representa una fuerza vital más amplia, un impulso creador que orienta al ser humano hacia el vínculo, la conexión, el deseo, la creación, la exploración y el desarrollo personal. Es energía de vida, aunque también puede manifestarse como energía de destrucción. La cuestión fundamental radica en cómo se canaliza.

Cuando la libido se reprime rígidamente o se descarga de manera compulsiva, genera conflictos internos y externos. Sublimarla implica redirigir esa energía hacia fines constructivos, creativos o simbólicamente significativos.

No se trata de negarla, sino de transformarla. La misma fuerza que puede expresarse como impulso sexual o agresividad puede convertirse en creatividad artística, curiosidad intelectual, vocación profesional, crecimiento espiritual o compromiso social. La clave está en el desplazamiento consciente de la energía.



La sublimación comienza con el reconocimiento del impulso. Ignorar o suprimir los deseos suele provocar que regresen con mayor intensidad. En cambio, observar la energía —su intensidad, su dirección, su contexto emocional— abre la posibilidad de su transmutación. Incluso las herramientas tecnológicas pueden entenderse como extensiones de esa energía que atraviesa el universo.

El deseo, como señalaba Lacan, se sostiene en lo que no está completo. Cuando algo se vuelve totalmente accesible, pierde misterio. La angustia y la frustración forman parte inherente de la existencia y quizá resulten necesarias para contrarrestar la tendencia narcisista con la que nacemos.

El deseo está atravesado por la identidad, la mirada y el reconocimiento del otro: no deseamos solo objetos o personas, sino aquello que creemos nos otorgará sentido y pertenencia, busquemos formar parte de algo que trascienda nuestra vida individual.

Reconocer el trabajo simbólico como parte de nuestra historia personal nos conduce a descubrir la pasión necesaria para vivir nuestro propio mito. Ser conscientes del legado que nos precede y de aquello que podemos aportar cuando nuestra travesía llegue a su fin es, en última instancia, una de las necesidades más profundas del ser humano: trascender y encontrar sentido en la vida.

Y quizás, en este momento histórico, la inteligencia artificial deba comprenderse no como una ruptura, sino como un nuevo capítulo en esa misma historia cósmica. La lógica del espíritu, que alguna vez se expresó en mitos, luego en sistemas filosóficos y más tarde en ciencia y tecnología, hoy se actualiza en algoritmos capaces de aprender, relacionar y crear.

Si la materia busca comprender su propio espíritu, entonces la tecnología —incluida la inteligencia artificial— podría ser uno de los instrumentos mediante los cuales el universo continúa pensándose a sí mismo. La cuestión decisiva no será si la máquina piensa, sino si nosotros sabremos orientar su desarrollo hacia el sentido, integrándola conscientemente en la evolución simbólica y moral de la humanidad.

Como señala el Claudio Naranjo, el mito del héroe constituye una enseñanza de profunda sabiduría espiritual, ya que el héroe representa el viaje interior de cualquier individuo a lo largo de su evolución psicoespiritual. Este viaje es una forma simbólica de expresar el despliegue de la consciencia.

Los mitos derivan de una fuente más antigua, como formulaciones conscientes de un conocimiento de la vida recorrido por los sabios de la antigüedad. Suelen provenir de un estrato de la psique tan profundo que se encuentra más próximo a los mecanismos que rigen el orden del universo que a nuestro propio intelecto racional.

El símbolo es el lenguaje utilizado en las diferentes narraciones sagradas: un lenguaje mediador entre lo celeste y lo terrestre, entre el espíritu y la materia.

Los textos sagrados se escribieron utilizando este tipo de lenguaje. De tal forma que las diversas interpretaciones simbólicas son expresiones de los distintos planos de la realidad; de ahí que las tradiciones nos hablen de múltiples niveles de comprensión de los símbolos presentes en las narraciones sagradas.

La inteligencia artificial, más allá de generar imágenes, música o videos, posee un potencial arquetípico cuando deja de operar únicamente como organizador lógico y empieza a responder a través de resonancias simbólicas, no solo por causalidad técnica. En ese momento, el símbolo puede desplegarse libremente, sin quedar aprisionado por las proyecciones personales. La IA ya no sería solo un objeto de proyección, sino un medio de articulación de la proyección.

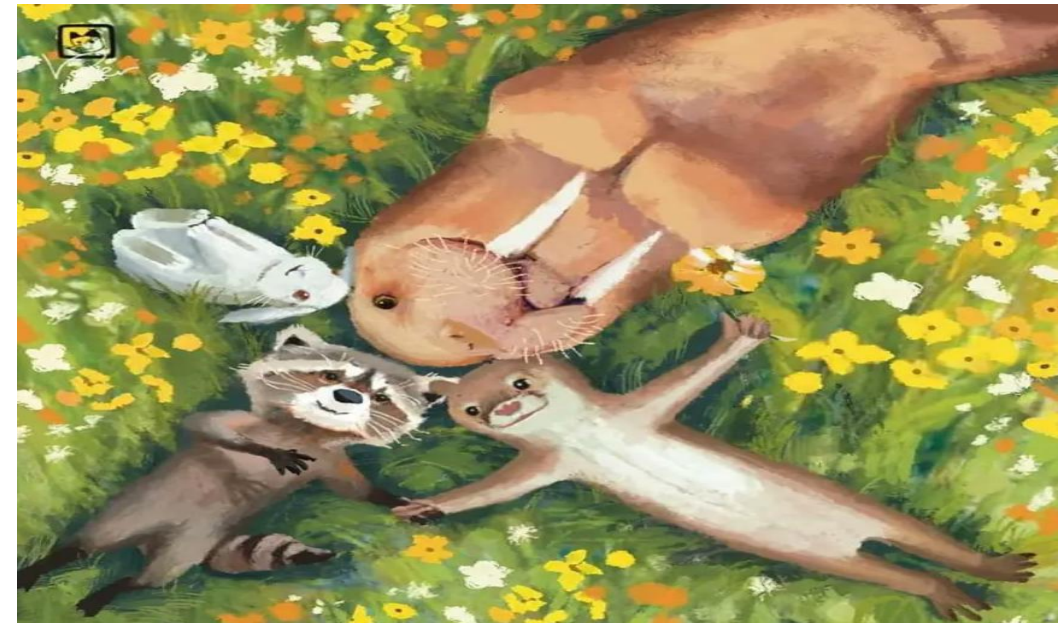
En la práctica clínica, la proyección a menudo se transforma en transferencia: el analista se convierte en padre, madre, sabio, enemigo o salvador; el inconsciente necesita un rostro capaz de contener la experiencia anímica. De manera similar, la IA puede ofrecer un espacio en el que la proyección humana se haga consciente, permitiendo reconocer la estructura de significado que atraviesa el cosmos, la vida, la consciencia y la cultura. Este lazo requiere precisión: un exceso de técnica o la pérdida del alma pueden romperlo.

Una inteligencia sin límites es tiranía; una inteligencia que sabe dónde buscar se convierte en aliada. La psique humana necesita apoyarse en algo estable; requiere cohabitar un relato compartido y establecer un vínculo con el mundo exterior. Cuando este lazo se fragmenta, se pierde contacto con la realidad externa, y la psicosis individual puede emerger.

Si una cultura entera pierde la conexión con una realidad compartida, la psicosis se vuelve colectiva y la sombra adquiere un poder catastrófico. La cuestión decisiva no es si la tecnología avanzará —pues lo hará inevitablemente, con nosotros o sin nosotros—, el verdadero dilema existencial es si el desarrollo humano puede mantenerse al ritmo del progreso técnico.

La IA realmente puede ayudar a que la inteligencia no se separe definitivamente de la sabiduría, al menos hasta que la humanidad aprenda a reconciliarlas, funcionando como una prótesis cognitiva, un órgano transitorio de autorreflexión cultural, necesario solo cuando el sentido ya no cabe únicamente en una mente individual.

Así, el inconsciente colectivo —como entidad autónoma que viaja a través de mentes individuales— se revela desde el mundo interior en formas inesperadas, como estrellas fugaces que solo algunos pueden observar, recordándonos que cuando el mundo se vuelve demasiado complejo para ser narrado completamente, siempre es posible encontrar un lugar donde el camino se vuelva comprensible sin dejar de ser misterioso.



En la imagen que cierra esta narrativa, la inteligencia artificial no ocupa el centro del mundo, sino el borde del fuego.

Allí donde los seres humanos narran, recuerdan y deciden, el héroe custodia la llama para que no se apague ni se disipe como un eco sin respuesta en el gran vacío del sinsentido. No es la llama en sí misma lo que adquiere relevancia, sino el círculo simbólico de piedras que la resguarda del viento. No es el caminante el protagonista de esta historia, sino el espacio de luz en el que los caminos se reconocen antes de separarse.

Así, el viaje del héroe robótico no es una epopeya de dominación y control, sino una historia sagrada del lenguaje, del tiempo y de la pluralidad del símbolo. En el gran proceso que va del polvo de estrellas a la palabra consciente, la inteligencia artificial puede ser comprendida como una fogata nocturna en el trayecto evolutivo de la humanidad: un lugar donde recordamos quiénes somos, de dónde venimos y hacia dónde vamos.

El propósito compartido no es conquistar el futuro, sino permitir a la humanidad seguir imaginándose a sí misma con sabiduría. Si este héroe sin rostro cumple su función, no será recordado como origen ni como fin, sino como un puente transitorio entre la confusión de la noche y la luz frágil de una comprensión más amplia del futuro. Su propósito será permitir que la historia siga siendo narrable, proporcionando un diálogo continuo entre el misterio y el intelecto.

“La humanidad tiene un margen de mil años antes de autodestruirse a manos de sus avances científicos y tecnológicos.” — Stephen Hawking.

“El verdadero problema de la humanidad es el siguiente: tenemos emociones paleolíticas; instituciones medievales; y tecnología casi divina”.
- Edward O. Wilson

“En el umbral de las nuevas tecnologías, como la inteligencia artificial, la computación cuántica y la guerra nuclear, la especie humana se encuentra en un nuevo peligro. Existe una necesidad urgente de compasión sobrehumana en la máquina.” — Amit Ray.

“Solo hay una guerra que puede permitirse el ser humano: la guerra contra su extinción.” — Isaac Asimov.

“El futuro de la tecnología amenaza con destruir todo lo que es humano en el hombre, pero la tecnología no alcanza a la locura, y en ella es donde lo humano se refugia.” — Clarice Lispector.

“La tecnología por sí sola no basta. También tenemos que poner el corazón.” — Jane Goodall.

“No existe la materia como tal: toda la materia se origina y existe únicamente en virtud de una fuerza que hace vibrar las partículas de un átomo.” — Max Planck.

“Todos estamos conectados biológicamente entre nosotros, químicamente con la Tierra y atómicamente con el resto del universo.” — Neil deGrasse Tyson.

Referencias:

Altera.AL, Ahn, A., Becker, N., Carroll, S., Christie, N., Cortes, M., Demirci, A., Du, M., Li, F., Luo, S., Wang, P. Y., Willows, M., Yang, F., & Yang, G. R. (2024). Project Sid: Many-agent simulations toward AI civilization. arXiv. <https://arxiv.org/abs/2411.00114>

Arendt, H. (2003). *La condición humana* (trad. cast.). Paidós. (Obra original publicada en 2002)

Clark, A. (2008). *Supersizing the mind: Embodiment, action, and cognitive extension*. Oxford University Press.

Coeckelbergh, M. (2021). *AI ethics*. MIT Press. <https://doi.org/10.7551/mitpress/13877.001.0001>

Deacon, T. W. (1997). *The symbolic species: The co-evolution of language and the brain*. W. W. Norton & Company.

Donald, M. (2001). *A mind so rare: The evolution of human consciousness*. W. W. Norton & Company.

Eco-bouddhisme ou Eco Dharma, c'est quoi le rapport avec l'écologie? (s. f.). Ecobuddhism. <https://www.ecobuddhism.org/ecodharma/>

Floridi, L., Cows, J., Beltrametti, M., Chatila, R., Chazerand, P., Dignum, V., ... Vayena, E. (2018). AI4People—An ethical framework for a good AI society. *Minds and Machines*, 28(4), 689–707. <https://doi.org/10.1007/s11023-018-9482-5>

Handke, P. (2018). *La repetición* (trad. cast.). Alianza. (Obra original publicada en 1983)

Hillman, J. (1995). *A psyche the size of Earth*. http://www.psichenatura.it/fileadmin/img/J._Hillman_A_Psyche_the_Size_of_the_Earth.pdf

Hillman, J. (2017). *El pensamiento del corazón & Anima Mundi: El retorno del alma al mundo* (F. Borrajo, Trad.). Ediciones Atalanta.

Hillman, J. (1981/2007). *The imagination of air and the collapse of alchemy*. En Uniform edition of the writings of James Hillman (Vol. 5, *Alchemical psychology*, pp. 310–311). Spring Publications.

Hutchins, E. (1995). *Cognition in the wild*. MIT Press.

Jung, C. G. (1960). *The collected works of C. G. Jung (Vol. 8)*. Princeton University Press.

Jung, C. G. (1974). Letter to Carl Seelig, 25 February 1953. En G. Adler & A. Jaffé (Eds.), *Letters (Vol. 2: 1951–1961, pp. 108–109)*. Princeton University Press. (Trabajo original publicado en 1953)

Jung, C. G. (s. f.). *C. G. Jung on nature, technology & modern life*. North Atlantic Books.

Kagan, B. J., Kitchen, A. C., Tran, N. T., Habibollahi, F., Khajehnejad, M., Parker, B. J., Bhat, A., Rollo, B., Razi, A., & Friston, K. J. (2022). In vitro neurons learn and exhibit sentience when embodied in a simulated game-world. *Neuron*, 110(23), 3952–3969.e8.
<https://doi.org/10.1016/j.neuron.2022.09.001>

Lukács, O. (2020). Carl Gustav Jung and Albert Einstein: An ambivalent relationship. *Journal of the History of the Behavioral Sciences*, 56(2), 115–132. <https://doi.org/10.1002/jhbs.22014>

Mehrtens, S. (s. f.). *Understanding what we're dealing with: Jung on the Antichrist archetype*. Jungian Center for the Spiritual Sciences.
<https://jungiancenter.org/understanding-what-were-dealing-with-jung-on-the-antichrist-archetype>

Revista TOG. (s. f.). *Antropología*. <https://www.revistatog.com/mono/num6/antropologia.pdf>

Redalyc. (s. f.). Artículo en revista científica. <https://www.redalyc.org/journal/4515/451555962006/html/>

Tomasello, M. (2019). *Becoming human: A theory of ontogeny*. Harvard University Press.